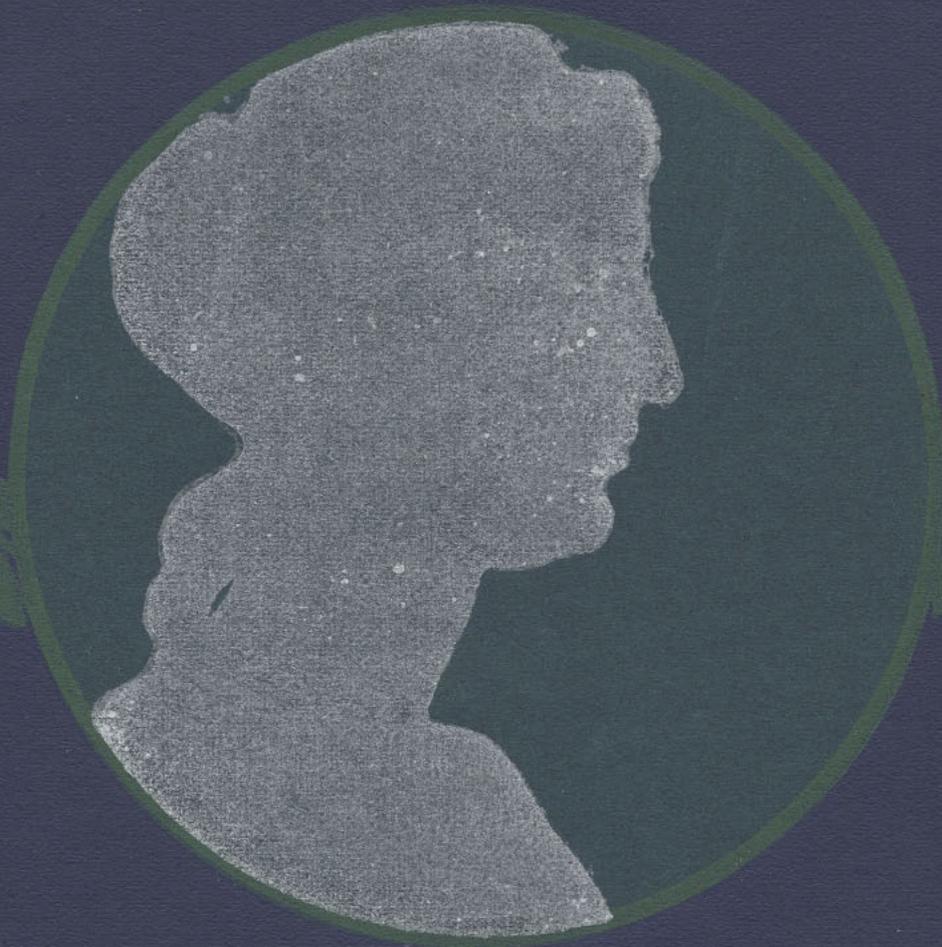


SELECTA

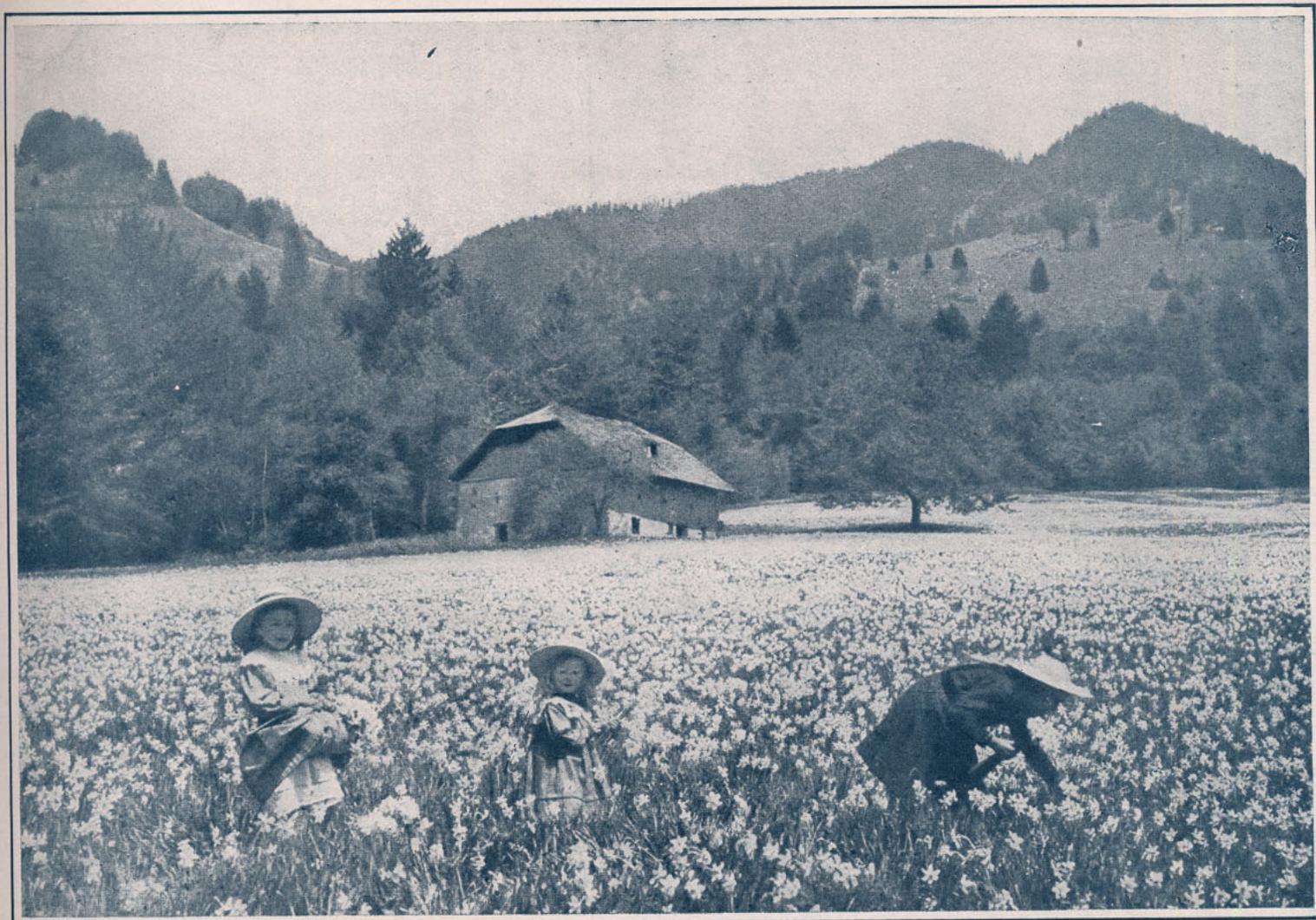


REVISTA MENSUAL

OCTUBRE

AÑO II-N.º 1

1 PESO



SUMARIO

	Pags.		Pags.
TEXTO			
Hechos y notas, Luis Orrego Luco.....	250	Las ignoradas, cuadro de B. Rebolledo Correa.....	256
El viejo árbol, F. Santivan.....	251	El descendimiento, escultura de Arias.....	259
El tiempo, George Sydney.....	255	Paisaje de otoño, cuadro de Eugenio Guzmán O.....	267
Las ignoradas (poesía), Miguel Luis Rocuant.....	257	El rincón de los carboneros, célebre paisaje de Th. Rousseau.	268
Las Blancuras Sagradas, id.	260	Antiguo puente de Cal y Canto, cuadro de Ramón Subercaseaux	269
Conversando sobre arte, Richon-Brunet.....	261	El biombo dorado, cuadro de Willard L. Metcoll.....	271
Poetas colombianos de hoy, Luis Cano.....	263	Cortando modelos, cuadro de Edmundo C. Tarbead.....	272
Cuento, Ga'verra.....	267	Una belleza de Francia, dibujo del célebre pintor inglés G. C. Wilmhurst	273
Sin querer, La Condesa de Pardo Bazán.....	268	El mártir de San Sebastián, cuadro de Lemoine.....	274
El abate Gaffre, Fernán Ruiz...	270	Cacería de lones, cuadro de Delaroix.....	275
La Exposición Internacional de Bellas Artes, P Lira.....	271	Retrato de José Miguel Carrera.....	277
La Intoxicación amorosa, G.....	274	La Emperatriz consorte Luisa, esposa del Emperador Leopoldo II, cuadro de H. Fuger.....	279
El Húsar de Galicia, B. Vieuña Subercaseaux.....	277	Primavera, cuadro de Rosland.....	281
La Exposición del Coloniaje en 1873, Anticuario.....	282	Ruca de araucanos, paisaje de Mochi.....	285
El Topón, Antonio Orrego Barros.....	286	Cabeza original, cuadro de A. H. Zañartu.....	286
Idilio roto, E. Rodríguez Serra.....	289	La archiduquesa Maria Rainer, cuadro de E. M. Peter.....	287
GRABADOS			
Miss. Gabrielle Ray, una grande artista dramática.. . . .	249	La fundación de Buenos Aires, por Juan de Garay, en Febrero de 1580, cuadro de F. Moreno Carbonero.....	288

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 7

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Octubre de 1910

DIRECCION
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



MISS GABRIELLE RAY.—UNA GRAN ARTISTA DRAMATICA INGLESA

HECHOS Y NOTAS

Acaban de terminar las fiestas del primer Centenario de la Independencia de Chile, celebradas con un esplendor y un brillo que han sobrepasado, sin duda, nuestras más halagadoras esperanzas. Santiago presentaba el aspecto de las ciudades encantadas de los cuentos orientales, con sus iluminaciones feéricas, sus guirnaldas de luces de colores que aparecían como prendidas en las gasas de la noche, con destellos de brillantes. La Alameda era como un encaje luminoso, una visión de ensueño, con extrañas perspectivas de aurora boreal y con las realidades encantadoras de un sueño realizado, como si después de un siglo se hiciera la apoteosis de los héroes que alzaban el bronce de sus estatuas en medio del triunfo definitivo, la hora de justicia había sonado para ellos. Siempre se necesita el transecurso de largo número de años para que el alma, como el mar, se tranquilice, y tome, por un momento, la suprema calma sin la cual no es posible entrar en las propias entrañas de la vida.

Una multitud inmensa recorría las calles y las avenidas iluminadas de manera sorprendente; animábanse los rostros con la alegría del vivir, con la conciencia del progreso realizado, con la esperanza de la fortuna, con el ansia de algo nuevo que viene, que está cerca, que ha llegado y que también nos ilumina interiormente. Los uniformes brillantes del ejército chileno se mezclaban, en esta ocasión, con los uniformes históricos de los granaderos de Maipo, de los soldados argentinos, como lo hicieron hace un siglo, en los campos de batalla. Los diarios parisenses referían hace poco la emoción extraordinaria que les embargaba al presenciar el desfile por las calles de París, de esos mismos Granaderos, con los uniformes llevados por los soldados del gran Napoleón durante el primer Imperio; no era inferior, sin duda, la emoción de los nuestros al contemplar la resurrección de aquellos tiempos, y al ver surgir, como al golpe de varilla mágica, los antiguos soldados de San Martín, con sus viejos morriones de otras épocas desvanecidas, casi muertas en las lejanías de la historia. Es tal el mágico poder de evocación de las cosas viejas que hacen revivir á nuestros ojos, con absoluta intensidad, las épocas ya muertas, desaparecidas y lejanas. Por eso, precisamente, la Exposición Histórica del Centenario ha tenido una importancia excepcional; ha sido como la evocación de un siglo entero, del siglo XIX; más aún, la evocación del período colonial con todo lo que aún subsiste entre nosotros de los tiempos de dominación española, de colonia y de conquista.

La Exposición nos hace volver la vista hacia el pasado, nos muestra de manera gráfica las costumbres, en lo que tienen de más íntimo, los detalles de la vida, del vestuario, de la casa, las prendas que por sí solas nos revelan en toda su extensión las maneras de vivir y de sentir de un pueblo. Allí aparecen los varios accidentes, las formas ordinarias en las cuales se deslizaba la vida de familia, y luego, hasta las direcciones peculiares de la vida del espíritu, con la influencia que en él tenían los acontecimientos religiosos y las aspiraciones aristocráticas, el vano deseo de ostentación, la aspiración á las riquezas y al lujo, peculiares á las familias linajudas. Vemos desfilar la colonia, y antes que ella, la conquista, con sus colecciones de armaduras, de cascos, de mosquetes; la vijísima cota de mallas encontrada en las ruinas de Imperial, el casco abollado que las tradiciones atribuyen á don Pedro de Valdivia, las cortas espadas toledanas de ancha hoja, semejantes en todo á las espadas romanas de los tiempos heroicos. La conquista fué, en todo, una leyenda grandiosa, una epopeya incomparable, escrita con su sangre por un puñado de aventureros que no sabían leer ni escribir. Al ver esas reliquias memorables sentimos una especie de estremeamiento en el espíritu, convencidos ya, por el testimonio de nuestros sentidos mismos, que esos personajes casi mitológicos existieron positivamente y lucharon de á uno contra ciento, en los campos de batalla de Arauco.

Precisamente en esos días se inauguraba el monumento consagrado á la memoria de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el inmortal poeta y cantor de las glorias araucanas, no llegado á nuestras playas en busca del oro codiciado, como Francisco Pizarro, ni de la fuente de juventud como Ponce de León, sino arrastrado por la sed insaciable de gloria y renombre, por el mismo espíritu que movía á Cervantes en la batalla de Lepanto. Eran aquellos los tiempos de la edad de oro del heroísmo español, y era también de gloria incomparable para las cosas del espíritu. Ercilla vino á buscar gloria donde era más difícil encontrarla, en las selvas oscuras y lejanas, en las encrucijadas peligrosas, bajo un cielo adverso, con un clima terrible, de lluvias torrenciales. Y no escogió para contrarios á los indios mansos y sumisos de las regiones tropicales, sino á los más bravos, á los más indomables, á los que se mantenían siempre con el arma al brazo, á esa gente

"Tan soberbia, gallarda y belicosa
que no ha sido por Rey jamás rejida
ni á extranjero dominio sometida".

Ercilla ponderaba el heroísmo de los araucanos, sus virtudes, su fortaleza en los padecimientos, su mansedumbre, su constancia en la desgracia, su fuerza física y su resistencia moral. Era para él

un gran pueblo, ó más bien una gran raza, que se encontraba en la cuna de la civilización y que con sus condiciones morales equilibraba las ventajas positivas que la superioridad de civilización procuraba naturalmente á los hijos de España. Y mientras el bronce inmortalizaba la imagen del gran poeta de Arauco, de Ercilla, en una de nuestras plazas, el Museo nos mostraba los retratos de los capitanes y gobernadores que dirigieron esa guerra sin término, esa lucha de trescientos años, no concluída todavía.

Existen retratos en extremo interesantes, como el del gobernador Gómez de Silva, el del primer Marqués de Cañada Hermosa, el de don Ambrosio O'Higgins, Marqués de Vallenar, y otros igualmente representativos de la época. Allí, bajo la urna de cristal se encuentra la casaca del famoso Presidente y padre del gran general de la patria vieja; es una casaca de color blanco, tiene bocamangas rojas y los bordados de oro le dan el más brillante realce; diríase que su dueño acaba de quitársela, y sin embargo, ha transecurrido ya más de un siglo desde que O'Higgins abandonó la tierra de Chile para ir al Virreinato del Perú.

Los recuerdos históricos se amontonan: yelmos y corazas que sin duda, pertenecieron á los conquistadores de la tierra de Arauco, viejas cotas de malla, y yelmos, uno de los cuales, encontrado en las ruinas de Imperial, es atribuído al propio don Pedro de Valdivia. Hemos visto, igualmente una espada atribuída á los primeros conquistadores, más, dudamos de su autenticidad, comparándola con otras auténticas que hemos tenido ocasión de contemplar fuera de aquí.

Las momias indígenas y en particular los objetos exhibidos por el doctor Oyarzún, despiertan el mayor interés, llevándonos á los primeros tiempos de la historia patria. Por todas partes vemos armas, culebrinas de la época de la independencia, viejos y pesados fusiles que sirvieron á nuestros antepasados en los campos de batalla de la patria vieja, cañones de bronce, y, entre todas esas cosas, el estandarte de los Talaveras, el famoso batallón cuyo recuerdo se encuentra en todos los espíritus, con sus colores desvanecidos por los años, las lluvias, el humo de la pólvora y las huellas del combate. Honda emoción despierta la gloriosa bandera que peleó en las titánicas guerras de la península española, y que vino luego, en defensa de su rey, á los campos de batalla de la América del Sur. Muchos años han transecurrido desde entonces, muchos y variados acontecimientos se han realizado en la madre patria y en sus antiguas colonias, se han borrado por completo las pasiones que nos dividieron y solo un recuerdo cariñoso liga á los que ayer no más se combatían encarnizadamente. Por eso, la inscripción colocada en el monumento de Maipo aparece uniendo con lazos comunes á los que vivieron combatiéndose, en cumplimiento de una ley sagrada, la del supremo amor á la patria.

En el Museo se encuentran los retratos de casi todos los gloriosos generales que dieron libertad á Chile, de sus primeros Presidentes, de grandes capitanes, como el vencedor de Yungay, el mariscal de Aconcagua, don Manuel Bulnes, y de soldados como el general Baquedano, vencedor de Chorrillos y Miraflores. La casaca del general Prieto, y la de Freire, los viejos morriones de los granaderos de la patria vieja, y las espadas de otros héroes que parecen trazar una línea continuada, entretejida de laurels.

La Exposición Histórica nos muestra otro interesantísimo aspecto, acaso el más importante de la historia, el que se refiere á las costumbres, al modo de ser íntimo, a la vida casera, á la existencia que se llevaba de puertas adentro. Los abanicos de antaño, usados por nuestras tatarabuelas dan la expresión exacta del lujo que se gastaba entonces en las casas de tono: su estrecho país, las prolongadas y cinceladísimas varillas de marfil ó de nácar, labreadas como si fueran encajes, las enormes pintas de teja, los quitasoles cubiertos de encajes preciosos, las mesas incrustadas en marfil ó en carey, las cajuelas talladas ó incrustadas en carey ó marfil, las telas riquísimas, recamadas en seda con dibujos y colores de armonía exquisita, de tonos de vieja rosa ó de verde pálido, todos nos hace creer que la existencia de las familias opulentas de aquellos tiempos era de lujo y de boato incomparable, y que las familias de los emigrantes vascos arribadas á las playas de Chile eran de origen noble y de procedencia hidalga. No necesitamos acudir á los pergaminos ni á los libros genealógicos para reconstituir la fisonomía de la sociedad chilena del siglo XVII y XVIII; el moviliario, por sí solo nos procura suficientes datos para hacerla. Una falange de anticuarios, entre otros, los señores Javier L. Larraín Irrázaval, Joaquín Figueroa, Luis Demarco Vergara, Eduardo Guzman, Carlos Cruz Montt, Ignacio Ugarte, y algunos otros, han consagrado su tiempo y sumas considerables de dinero á esa reconstrucción gráfica de la vieja sociedad chilena, acaso la más valiosa documentación para los historiadores futuros que intenten hacer las épocas desvanecidas en lejana penumbra.

La Exposición de Bellas Artes merece estudios especiales que le consagrarán en estas mismas páginas los mas autorizados críticos de arte.

LUIS ORREGO LUCO

EL VIEJO ARBOL



De nuevo un intervalo de silencio más pesado que el primero...

EN torno de la mesa redonda de una pequeña sala de recibimiento se agrupan cuatro personas. Sobre el antiguo sillón de brazos de marroquí verde oscuro, ancho y blando como si fuera de corne viva, se abandona el cuerpo delgado y robusto del dueño de casa, de fisonomía endurecida por el trabajo, tostada por el sol, como uno de esos peñascos solitarios que suelen erguirse en la vasta soledad de la campiña. Su mirada fría y fija, como la de los buitres, y su voz bronca, ceceada y floja, revelan sus hábitos campesinos, uno de tantos de nuestros viejos hidalgos que viven en contacto de la naturaleza, robándole a la tierra sus frutos escondidos. Todo en él es sano y sencillo; desde sus bigotes canosos que ocultan la boca y que solo dejan ver el ligero brillo de sus largos dientes superiores al sonreír, hasta sus mejillas rapadas sobre las que se adivinan las rojas venillas capilares y su cuello grueso de piel floja, que hace exclamar a un literato amigo que es grande su semejanza con el insigne don Benito Pérez Galdós...

Frente al caballero está la dueña de casa, un tipo completamente diverso al del marido; es gruesa, de constitución recia; pero de carnes blandas y fofas. Viste con la pulcritud y sequedad de una puritana inglesa y se yergue derecha sobre el blando asiento como si la rigidez fuera para ella la suprema elegancia. Su rostro ancho, amarillento, de tonos verdosos, surcado en todas direcciones, su nariz corta, sus ojos claros de mirar inseguro, levantados en ángulos hacia las cejas desteñidas, el cabello cuidadosamente recogido hacia arriba, de color dudoso, rubio quizás algún día, empolvado y sucio hoy por los años, sus manos chatas y secas, todo, en fin, predisponía a no amarla, a retirarse de ella por natural repulsión que aumentaba aún cuando se la escuchaba hablar, emitir ideas, cuando fruncía los labios, modulando con suave y estudiada facilidad las palabras, procurando hacerlas delicadas y cultas, dándoles vivacidad e indulgencia, con toda la estirada, correcta y musical etiqueta de las damas inglesas.

Los otros dos personajes son una dama elegante, madura, sanguínea, de pomposo sombrero de plumas, y una gentil muchacha, esbelta y rubia, de hermosa fisonomía de muñeca, sombreada por las alas inclinadas de un gran sombrero de paja clara.

Hablan de la última recepción que se dió en casa de los dueños de casa, pues han venido a hacer la visita que prescribe la etiqueta.

—¡Oh, pero qué fiesta tan lucida!—exclama musicalmente la joven, clavando los ojos al cielo y apoyando la sombrilla con ambas manos sobre las rodillas.—Si esa señora es un prodigio, si parece, cuando ella ejecuta, que es un hada que pasa rozando el teclado...

—¡Oh, sí, es una artista!—afirma su madre...

—¡Pero usted no perdió el tiempo, tampoco!—exclamó dulce-

mente la dueña de casa dirigiéndose a la niña. ¡La ví a usted muy preocupada, picarueta, sobre todo durante sus paseos por el corredor!...

La joven se sonrojó ligeramente al recordar el dulce flirt iniciado con un arrogante oficial de marina en aquel balcón-terraza con vista a las cordilleras, pálidamente iluminadas por el fulgor de una noche clara; pero no dió muestras de mayor confusión y se limitó a responder con naturalidad:

—Se estaba muy bien allí, entre las plantas; era fresca la noche y los asientos muy agradables...

—Ya lo creo,—insistió la dueña de casa,—como que junto con usted toda la alegre bandada es esfumó por toda la noche.

—Oh, exagera usted un poco... fueron apenas unos minutos... pero, dígame, ¿qué se ha hecho el joven artista, el señor Gálvez, que me extrañó no encontrarlo aquí esa noche?

Se hizo un corto silencio embarazoso ante esta brusca salida de fuga, un poco atolondrada. Un observador experimentado hubiese podido observar en ese intervalo un juego de sonrisas, de muecas, bajo el sencillo ropaje de la etiqueta, que revelaban un fondo de tormenta, de drama oculto, profundo y doloroso.

La voz ruda del caballero dijo:

—El señor Gálvez está enfermo...

La madre de la joven preguntó con interés:

—¿Enfermo?... ¿de qué?...

—Tiene un principio de enajenación mental—replicó brusca-mente el caballero.

La señora se asombró con el tono frío de una fórmula que oculta apenas su indiferencia:

—¿Loco? ¡qué desgracia! ¿y lo han puesto en la casa de Orates?

—¡Sí, lo han puesto!

—¡Pobrecito!

De nuevo un intervalo de silencio más pesado que el primero. Sin embargo se podía leer claramente en el rostro de la madre de la joven una cantidad de pensamientos, irónicos, malévolos, como si toda la mezquindad, la crueldad, la insignificancia, la hipocresía del juicio mundano se hubiese concentrado en él, en su fina y vulgar sonrisa, en las rayas veladas de sus ojillos vivaces, en la brillantez de sus mejillas regorietas, pero en un hecho ya conocido y comentado en las charlas a la sordina, entre risas y chistes picantes. Se trataba nada menos que de un flirt que se atribuía a la vieja dama dueña de casa, que se consideraba hasta entonces como un tácil reproche, como una figura agría e insolente ante la liviandad mundana. ¡Ella, ella! ¡Y con un jovencito!...

El rostro del caballero adquirió en cambio rigideces pétreas. Sólo sus ojos de buitre fulguraban con fiereza, como si indicara

que podría dar un zarpazo al que intentase mancillar la pureza de su hogar, á la vez que expresaba cansancio y molestia por la actitud de su mujer, que daba motivo á tales murmuraciones.

La jovencita escuchaba jugueteando con su sombrilla, con expresión de picardía y curiosidad, todas estas cosas semi veladas, semi confusas que comenzaba á vislumbrar en el misterioso campo de la vida y que saboreaba con golosa fruición de novicia...

Pero todo el drama de la situación estaba concentrado en la fisonomía de la dueña de casa, en su rostro aparentemente apacible y por el cual pasaban hondas sacudidas interiores, estremecimientos vagos, ocultos por la piel amarilla, convulsiones de angustia, toda la ansiedad y el terror de un alma que sufre con grande y secreto dolor contenido. Sin embargo, tuvo fuerzas para murmurar con voz suave, sonriendo bondadosamente:

—Pero yo creo que no hay motivo para alarmarse... Este joven padece solamente de una enfermedad pasajera... He oído decir que antes de dos meses puede quedar completamente curado.

—¡Dios lo quiera!—exclamó la señora.

—¡Ay, pobre joven!—murmuró soñadoramente la joven que recordaba sin duda en este momento la dulce expresión del artista, cuando la dijera cierta vez que había nacido ella para realzar la ilusión de un poeta.

Pocos momentos después, las visitantes se pusieron en pie y se despidieron con efusivos besos de la dueña de casa, quien las acompañó hasta la puerta.

—¡No sean ustedes ingratas! ¡Vuelvan pronto!

—¡Lo mismo usted!

Y las voces se confundían en risas, recomendaciones y efusivas palabras que demostraban un hondo afecto.

II

Cuando la señora Amelia volvió al salón, se desplomó peshecha sobre el primer asiento que encontró por delante.

Su marido la esperaba sentado en la misma actitud en que lo dejó momentos antes.

—Todo esto te pasa por tu condescendencia excesiva...—murmuró el caballero sin mirarla al rostro.

La señora se llevó desmayadamente el pañuelo á los ojos y suplicó en voz baja, contenida:

—¡Por favor, Guillermo!

—¡Es que si tú me hubieras hecho caso!...—insistió el caballero.

—¡Tú no sabes... tú no sabes!

Suspiró ella dulcemente, dejando correr las lágrimas á lo largo de las mejillas.

—¡Qué cosa no sé?—exclamó violentamente el caballero, poniéndose bruscamente de pie,—lo que sé es lo que sabe todo el mundo... que ese muchacho te pone en ridículo repitiendo á quien quiere oírlo, que te quiere, que tú le correspondes, y el mundo, como yo, como cualquiera... tiene derecho para pensar que "cuando el río suena..."

—¡Tú también!—exclamó desoladamente la señora, llorando con mayor fuerza.

El marido se serenó ante este gran dolor, y dulcificando la voz, dijo:

—Es que tú comprenderás...

—Sí, comprendo, comprendo... que estoy sola, que todos me acusan, que todos se burlan, que todos son crueles...

Se enjugó las lágrimas y respirando con mayor desahogo se irguió sobre el asiento.

—Hace tiempo que deseo hablarte...—murmuró.

—¿A mí?

—Sí, á tí... he querido que conozcas todo lo que pasa en mi interior... para que comprendas muchas cosas... escúchame un poco... ven... siéntate cerca de mí.

El se acercó, confuso, casi tímido. Pocas veces en la vida habían tenido una explicación larga. En la rutina de su existencia en común, casi nunca el alma vibraba hasta el punto de salir de su habitual repliegue, sino en momentos fugaces, casi imperceptibles.

—Bueno, te escucho—murmuró sentándose á su lado.

Ella suspiró profundamente, se enjugó los ojos y comenzó á hablar con pausa, con voz estrangulada, estrujando el pañuelo entre sus dedos sufrientes.

—Quiero recordar toda nuestra vida pasada desde que vivimos juntos... más aún: desde que nos conocimos... En estos últimos días he sufrido tanto, tanto... y he pensado... he hecho una especie de balance de mi vida interior, de la vida de mi corazón... ¡Ay! qué miseria de balance!... Más aún, quiero hablarte de mi vida entera, desde que tengo uso de razón... No te encojas de hombros, nó... es preciso que me escuches, que tengas un poco de paciencia... es preciso que te lo cuente todo para que me comprendas, para que comprendas lo que he sufrido con este asunto... ridículo, como dicen todos... pero que para mí no es ridículo, nó... (Inclinó la cabeza, exhaló un suspiro y se enjugó las lágrimas, para empezar de nuevo con voz apagada, sorda, débil, su relato de miserias)... Tú sabes lo que fué mi niñez... La educación inglesa de cierta clase social, su estrizada etiqueta... A las jóvenes se les enseña á reír con discreción, á modular las palabras musicalmente... abrir los ojos y levantar las manos en signos de admiración: "¡Oh, oh!"... Se nos enseñó á bajar la vista cuando se nos dirigiese la palabra, adoptar siempre una compostura honesta... se nos enseñó á respetar las órdenes de nuestros superiores... á darle confort á la casa... á preparar el té y á servirlo con gracia... Pues bien, en aquella época reglamentada, de una normalidad rectangular, monótona como el tic-tac de un péndulo de reloj, entre las limpias paredes y los pisos barnizados, en aquella casa en que se

sentía un olor apetitoso á roast-beaf á la hora de las comidas, creció en mi alma un vago deseo de cambiar mi vida, tan sosegada y blanca, por otra no tan normal, pero más íntima, más tierna, en que se oyera de vez en cuando el rumor de besos y el suave alejarse de un corazón amado junto al mío... ¡Oh, eran deseos muy vagos, que sólo ahora que pienso en ellos vengo á explicármelos!... ¿De dónde provenían?... Todos mis ascendientes eran anglo-sajones, criaturas sanas y rectas, sin ninguna de las complejidades del alma latina, sin ninguna de estas débiles ternuras de la pasión... Quizás el ambiente de este suelo cargado de perfumes y de tibios estremecimientos... quizás el contacto con algunas amigas de colegio que tenían otra índole que la de nuestra raza... ¡qué sé yo!... Pero sólo puedo decir que en el fondo de mi alma había muy escondido una sed de amor que me hacía tender los brazos hacia el vacío como si quisiera estrechar con ellos una forma imprecisa que huía delante de mí... hubiera deseado llorar... hubiera deseado reír. Entonces iba donde mi madre y me colgaba á su cuello, y me besaba en las mejillas, en la boca, hasta que ella me alejaba con ligera incomodidad: —¡Pero, niña... ten cuidado con mi traje!—me decía espantada al ver que yo la hacía perder su correcta, su rígida compostura británica.—Los niños deben besar á sus padres con más respeto... así...—añadía besándome en la frente con la punta de los labios,

con un beso que se me imaginaba frío, que no satisfacía mis etusiones de ternura. En cuanto á mi padre, me infundía un respeto parecido al terror... Ni siquiera tuve amigas. Yo no era simpática, no les inspiraba cariño, no sé por qué...

(Se detuvo. Un golpe de lágrimas y sollozos, la enmudeció por un instante. Su marido la escuchaba, inmóvil, con los ojos fijos:—¡Oh, no te alteres! ¡Prosigue!)

—Sí, esa ha sido mi desgracia toda la vida... Hay seres que tienen el don especial del agrado... Saben exteriorizarse. Fluye de sus bocas, de sus ojos, de su cuerpo, una atmósfera especial que atrae y fascina. Hay otros cuya atmósfera interior no tiene la fuerza suficiente para salir á luz... Tal vez pertenezco á esa clase de seres... cada vez que he deseado manifestar mi simpatía por alguien, existe en mi cuerpo, ó no sé dónde, algo que me es hostil, una especie de demonio orgulloso que me contiene el gesto efusivo y mis palabras resultan inexpresivas, incoloras...

(Nuevos sollozos. El marido dijo, por decir algo:—¡Oh, tú exageras!...)

—¡Cuánto he tenido que sufrir por esta causa!—prosiguió la señora.—Pero todo fué poco, hasta el día en que llegué á la edad de las ilusiones, cuando las muchachas se convierten en mujeres y comienzan á pensar en el matrimonio, en el amor... ¡Entonces si que sentí mi horrible inferioridad respecto á mis



Llegábamos en ese momento al bosque de peumos. Algunas aves silvestres emprendieron el vuelo...

compañeras. Ellas refan en la plaza del tennis, ellas recibían el incienso de las secretas adoraciones, mientras yo, agriada, huraña, no sólo no era cortejada, sino que formaba el vacío donde quiera que me acercase, con mis respuestas duras, mis ademanes bruscos... Un sólo afecto tuve en aquella época y este es el sol que aún entibia mi alma á través de los años:— Mi abuelito. El pobre viejo sin duda me veía bella á través de su mirar de cariño y de bondad... y yo me sentía bella ante él, y me sentía graciosa, deseable... y tenía para el anciano coquetterías, gestos, miradas profundas y maliciosas, todos los encantos que una alma femenina puede vaciar en otra alma amada... ¡El pobre viejo! Murió...

(Con voz estrangulada.)

...Murió bendiciéndome, llamándome por mi nombre...

(Reaccionando sobre sí misma:)

—Después vino nuestro matrimonio... Yo no sé bien cómo fué aquello... mis padres y los tuyos lo arreglaron todo... pero yo fui muy feliz en aquella época: tenía una esperanza. Yo quería apoderarme lentamente de tu espíritu, hacerme indispensable, penetrar en tu vida de tal modo que yo llegara á ser la mujer amada por excelencia, tu compañera, tu colaboradora...

...Tú eras bueno, sencillo y trabajador... Hubo un tiempo en que fui muy feliz. Debes recordar lo mismo que yo, aquella época en que juntos trabajábamos para conquistar la fortuna que hoy tenemos... Luego el nacimiento de nuestro único hijo... Tus ambiciones políticas... ¡cuántas cosas!... Pero mis esperanzas fueron apagándose lentamente á medida que nuestra vida en común nos aproximaba más y más... Tú eras bueno; pero no me comprendías. No me dabas lo que mi alma necesitaba. Tu espíritu honrado y simple, no tenía ninguna sed de ternura, de ese algo indefinible que constituye el verdadero amor, el amor que completa y sacia una existencia entera. Me refugiaba entonces en mi hijo... pero no, no... es otra cosa que cariño maternal lo que necesitaba... Y además, era tan poco de mi hijo lo que me dejaban sus estudios, sus gustos, sus amorcillos... Un hijo es otra vida distinta á la nuestra, es otro mundo más joven, que para nosotros ya no tiene interés... Y pronto se casó y formó otro hogar, y el nuestro quedó vacío, y quedaba aún más helado cuando los años y el mismo bienestar material colocaba nuevas barreras y frialdades en nuestro espíritu.

¡Cuántas lágrimas desoladas no he llorado en el silencio de estos vastos salones; sola, completamente sola... porque ni amigas tengo... porque no poseo la fuerza para retenerlas, para hacerme amar...

Entonces fué cuando se me ocurrió embotar mi sensibilidad y dar salida á la fuerza expansiva que bullía en mí y acepté la presidencia de una Liga Protectora de Animales... Mi ternura, mi ansia de amor no encontraba otra salida que prestarle todos mis desvelos á esos pobres seres indefensos que caen bajo la rudeza y la brutalidad humana. ¡Con cuánto entusiasmo no me he puesto á la tarea! ¡No parecía sino que se trataba de hermanos míos de sufrimiento al verme cómo hacía toda clase de sacrificios por los perros vagabundos y hambrientos, por los caballos heridos que la ingratitud colocaba fuera de las leyes de la compasión, de los bueyes que caían agobiados bajo el peso de un trabajo superior á sus fuerzas!... ¿Y quién me dice que no son hermanos míos de sufrimientos?... No llevan ellos un mundo de dolor y de incompreensión en el fondo de sus almas embrionarias, dolor que no podrán jamás exteriorizar, como yo, á causa de quien sabe qué fatalidad común que nos viene de lo Alto?

Pero no, no encontraba tampoco en este trabajo desinteresado el alivio de mi angustia de soledad, como no lo encontraba en las relaciones vanas del mundo. Comencé entonces por buscar la compañía de los artistas, de los jóvenes que se inician en el arte, llenos de fe en el porvenir... Yo los escuchaba hablar de sus ambiciones con deleite, y ellos, más ingenuos y más comprensivos que las demás gentes, llegaban á estimar á esta pobre mujer que procuraba serles útil á medida de sus fuerzas, que no pedía más, en cambio, que alegraran con sus voces impregnadas de extrañas calideces, este ambiente frío y severo dentro del cual se consumía una vejez solitaria. Desfilaron por esta casa, muchos... Poetas, delicados prosistas, maestro en el buen gusto, músicos de largas melenas y manos blancas, pintores, simples aficionados; y todos vaciaban aquí un poco de su alma y se iban contentos de nuestra hospitalidad... pero todos al irse dejaban en mí un vacío, siempre el mismo vacío, el vacío enorme que nunca se podría llenar... Y fué así como llegó un día ese niño, un artista como los otros, más ingenuo, más inteligente...

(Se detuvo para enjugar los ojos y meditar un instante).

—Tú lo conoces—continuó—para qué te he de hablar de él... Tú sabes qué alma tan delicada adorna su cuerpo débil, animado por sus grandes ojos verdes, inmóviles y como desorbitados de curiosidad y extrañeza ante el mudo misterio de la vida que lo rodea... ¡Y tan suave en su trato! ¡tan dócil y tímido!... tan mesurado y exquisito en sus ademanes!... Desde los primeros días que comenzó á venir á casa, una mútua simpatía pareció despertarse entre nuestras almas... Usted perdóne, —me decía.—Pero me siento tan bien en esta casa!... el reposo, el misterio, la pátina que forma el ambiente de estas habitaciones parecen creadas para mi espíritu...

¿Y qué le iba á decir yo?... A mí también me agradaba verlo cerca de mí y lo animaba á que volviese... "Está en su casa, Donato,—le decía—venga usted cuando quiera..." Se sentaba en ese ángulo, en ese viejo sillón de brazos, que él encontraba amable y cariñoso, y hablaba de cosas delicadas, de tantas cosas

nuevas y extrañas que yo no había oído hablar sino muy pocas veces en mi vida. Hablaba de sus viajes por el extranjero... De ese París inmenso y seductor en el cual vivió la vida humilde pero intensa de los artistas pobres que luchan denodadamente para enriquecerse en cultura... ¡Pobre niño!... Créeme que se me llanaban los ojos de lágrimas cuando me contaba de sus días de hambre, de cómo él y su compañera, una pobre niña desamparada que se unió á él para consolarse en sus mutuas miserias, pasaban semanas comiendo arroz y unas cuantas docenas de "pommes" que venden por un "sous" en cualquier venta de los arrabales de París... El frío, la angustia, por no poder dedicarse al trabajo amado... Luego los viajes por el oriente con un amigo que le costeaba el pasaje, su hartazgo de fantasías en aquel país soñado durante largos años... Y yo la escuchaba maravillada... yo, que he llevado una vida sedentaria, tranquila, sentía sonar sus palabras como una música extraña, atormentada y perturbadora, que inflamaba por instantes mi imaginación, mi pobre imaginación dormida quizás en qué repliegue de mí ser.

Aunque él no lo decía claramente, de sus conversaciones se desprendía que estaba solo, que su familia, su hogar, no satisficía sus ansias de íntimo amor... y yo lo imaginaba, débil, caminando inseguramente por una vida para la cual era demasiado puro y delicado. Su sensibilidad exquisita lo hacía buscar otras sensibilidades de su temple y en todas partes no encontraba sino la dura incompreensión de los vulgares ó de los tortos... Yo hubiera deseado protegerlo con mi ternura, darle siquiera una sombra de ese hogar tibio que le faltaba, pobre planta de invernadero, ya que yo era casi una anciana, y también sentía la necesidad de tener junto á mí el calor de un afecto... Yo que estaba sola, desamparada...

(Se detuvo. Hundió el rostro en las manos y contuvo una convulsión de su cuerpo dolorido. El marido murmuró:—Te quejas sin motivo. Tú tienes tu hogar. Tienes tu hijo!

La señora se limitó á mover lentamente la cabeza y replicó débilmente:—No me comprendes, no me comprendes!...

—Pensé muchas veces hasta proponerte que lo adoptáramos como hijo...—continuó.—No te asustes!... No pensaba que lo adoptáramos legalmente, no... Pero sí que fuera en nuestra casa una especie de niño mimado, el regocijo de nuestras veladas tristes... Pero después vino todo aquello. ¡Dios mío! ¡qué desgracia!

(Por un momento permaneció ensimismada, sonriendo sin duda á un recuerdo agradable).

—El día de mi cumpleaños fué el primero que vino á saludarme... parece que lo veo venir... traía un gran ramo de lirios. Los lirios—me solía decir—no sé qué semejanza tienen con usted...—¿Conmigo? Una anciana fea?—No,—replicaba él sonriendo con dulzura.—Usted no es fea para mí... Ya lo veo con los ojos del alma, y usted es bella... Y me miraba con ternura, casi diría con amor, y yo sentía, lo leía en sus ojos, que era sincero, que me estimaba bella y delicada como un lirio... Tú comprenderás, Guillermo... cuánto agradece una mujer una respetuosa admiración, sea de quien sea, y sobre todo, una pobre mujer como yo, tan poco acariciada por la vida... Entonces, para él, yo me embellecí interiormente; mi alma recobraba perfumes desvanecidos, mi voz se hacía dulce y blanda, mis ojos adquirían brillos de caricias y de juventud... ¡Oh, qué agradablemente palpitaba mi corazón cada vez que él venía á verme, cuando sentía de cerca su voz de ternura!

Un día, en el curso de una conversación, como se quejara de cansancio, ¡trabajaba tanto para ganar su subsistencia! le ofrecí llevarlo á una de nuestras propiedades á pasar una temporada. ¡Oh, se alegró tanto! Algunas semanas más tarde iba yo á reunirme contigo al fondo de "Los Peumos" y muy pocos días después, él me seguía. Me hice muchas ilusiones de aquel paseo al campo. Allí, en medio de la augusta tranquilidad de la naturaleza, conseguiría que mi pobre amigo y yo enlazáramos una serena intimidad, en la que yo sería algo así como su madre y confidente, una persona que velara por sus creaciones de artista, ahuyentándole las rudas tempestades de la vida. Había que comenzar porque restableciera su salud... sabía yo de serias perturbaciones de espíritu, cuestiones de familia... que lo tenían quebrantado... No dormía por las noches, pensando... El sufría, sufría intensamente... y yo me prometía calmar todos sus dolores á fuerza de materiales cuidados.

Al segundo día de estar en "Los Peumos" lo noté un poco extraño. Estaba muy pálido, y profundas ojeras le hacían brillar inusitadamente sus grandes ojos verdes... Hablaba mucho, se dirigía á mí con gran ternura y hasta creí vislumbrar en sus palabras ciertas alusiones de amor... Pero era aquello tan raro, tan anormal, tan monstruoso casi, que preferí creer que me engañaba!... Pero al día siguiente, amaneció más alterado. Ese día, tú te ausentaste para Santiago, y como insistiera en ciertas frases galantes que yo echaba á broma, creí conveniente contenerlo:

—¿Por qué me habla de tales cosas, amigo mío!—le pregunté.

—Porque las siento,—me replicó él con tono serio y convencido.—Usted es mi hada, la inspiradora de todos mis sueños de belleza, mi hada "des yeux de clarté"...

Añadió que sin mí no podía vivir. Que no se separaría jamás de mi lado, que yo le era tan necesaria como el aire para la vida.

—Usted—me decía—es la única persona que me comprende y yo el único que comprendo á usted. Hasta hoy estaba usted sola; de hoy en adelante tendrá constantemente mi alma que vijile junto á la suya...

Yo en el fondo no tenía fuerzas para refrenar aquellas expre-

siones apasionadas. Reponía tan profundamente á secretos anhelos de mi alma, que más bien me sentí aterrada y asombrada de la exactitud con que leía en mí. Es necesario pensar que **ningun hombre en la vida** me había hablado de aquel modo tan íntimo, tan cariñoso y tierno... yo, loca, sugestionada, me preguntaba por momentos:—¿Por qué no?

Por qué no podría ser amada? ¿Por qué no podría él amarme? ¿Por qué?... El fondo mismo de la vida es tan incierto, tan misterioso para nuestras miradas ciegas, que todos los desequilibrios no son más que nimios y pasajeros detalles que no alcanzan á remover apenas su insondable abismo! ¿Por qué ha de ser lo normal lo que impulse la vida? ¿Por qué no lo anormal? ¿Y qué es lo anormal ante el tiempo infinito?... Yo fui débil por un momento y cedí á la tentación de conocer á ciencia cierta lo que pasaba por aquella alma perturbada... Un día en que tú habías salido de una hacienda vecina, lo invité á que saliéramos á dar un paseo por los alrededores de la casa. Traspasamos el parque y nos dirigimos por el camino hasta el bosquecillo de peumos que queda á algunas cuadradas de las casas. La tarde estaba hermosa, serena. El hablaba, hablaba febrilmente. Hablaba del amor, de misteriosas coincidencias que contribuyen á la aproximación de seres que se aman. Yo apenas lo escuchaba, pensando cómo conocer su secreto.

—¿Y por qué habla de amor?—le pregunté con dulzura. ¿Por qué no habla de tantas otras cosas agradables? Mire, ¡qué lindo crepúsculo!—añadí, señalando el sol que se perdía tras de las lejanas cumbres de los cerros.

—Hablo del amor—dijo él—porque es lo único que me interesa en la vida.

—¿Y quién es ahora el objeto de su amor?—le pregunté bruscamente.

Llegábamos en ese momento al bosque de peumos. Algunas aves silvestres emprendieron el vuelo al sentir nuestros pasos. El bosque estaba silencioso. Llegaban desde muy lejos los ruidos de la vida que debía de bullir en otras partes... Créeme que en ese instante me latía el corazón como si de su respuesta dependiera mi vida ó mi muerte...

El se detuvo asombrado y mirando con unos ojos extraños, que me dieron miedo, dijo:

—¡Bah! ¿entonces usted no lo sabe? ¿Por qué se hace la que no comprende?

—No comprendo nada—le repliqué.

—¿Es curioso!—dijo, como si meditara.—¿Entonces no sabe que yo la amo á usted?

—Sí, ya sé que usted me quiere como puede querer á una madre ó á una tía vieja...

—Pero no—interrumpióme bruscamente.—Yo la amo á usted con amor de amante, yo la amo...

—No lo dejé continuar.

—¿Está usted loco? ¿No vé usted que es ese un sentimiento que me ofende? ¿No ve usted que soy una vieja, una abuela?... Yo no puedo, no debo permitir que usted me ponga en ridículo de ese modo, que usted se burle de mí tan cruelmente. ¿Y es ese el modo con que me paga todo el cariño que yo le tengo á usted?... Créame que yo voy á tomar inmediatamente serias medidas...

Me detuve porque tenía una expresión tal de angustia, de sufrimiento, de consternación, en sus pálidas facciones, que me causó espanto y remordimiento haber sido tan dura para él. Ví que quiso balbucear algo y que no pudo... Yo volví la espalda y me alejé con pasos rápidos hacia la casa. Pensaba, sencillamente, guardar silencio y desentenderme de todo lo ocurrido, con la seguridad de que con este sistema lo haría volver al verdadero camino, ya que consideraba simplemente desviado su afecto debido quizás á qué misteriosas auto-sugestiones. Pasaron las horas y yo estaba más ó menos tranquila imaginando que muy pronto volvería á recobrar el tranquilo afecto de ese niño para mí ya tan querido. Pero llegaste tú, cerrada la noche, sonó la campana que debía de reunirnos en el comedor y Donato no apareció. Se le hizo buscar por la sirviente y no se le encontraba por ninguna parte. Entonces tú me preguntaste:

—¿Qué será de este niño?

Yo respondí, fingiendo indiferencia:

—No sé... no lo he visto en toda la tarde, desde la hora del almuerzo...

—¿Cómo es eso?—me dijistes con cierta dureza.—Tienes en tu casa un huésped y no te preocupas de él para nada... ¿Y si le ocurre algún contratiempo? ¿Y si está enfermo?

La idea de que pudiera haberle ocurrido algo, me llenó el alma de espanto. Hasta cruzó rápidamente por mi espíritu la idea de un posible suicidio. Lo ví flotar en las aguas muertas del estanque con el rostro pálido, las mejillas desencajadas, iluminado débilmente por la luna.

—Tienes razón—te dije—voy á ver yo misma lo que ocurre. Hazte servir mientras tanto la comida y no te alarmes sin motivo.

Corrí desolada al cuarto de Donato. La puerta estaba cerrada.

Golpeo. Nadie respondió. Entonces, empujé y penetré en la pieza. Estaba completamente á oscuras.

—¿Donato?—pregunté.

Una especie de gemido sordo partió desde el fondo del lecho.

—¿Donato!—volví á repetir con voz de terror. Encendí luz y miré ávidamente en el lecho. Allí estaba... ¡y en qué estado, Dios mío!... Tenía la cabeza oculta bajo las ropas y su cuerpo se ovillaba, insignificante, estremecido por un temblor loco, como uno de esos perrillos á quienes se les arroja á la agua y suplican humildemente con sus ojillos húmedos que no se les vuelva á arrojar...

—Pero que le pasa, Donato—le dije, procurando descubrirle el rostro y acariciándolo con ternura en los cabellos.—¿Está enfermo?...

Tenía el rostro cubierto de lágrimas y sollozaba á grandes sollozos desgarradores. No respondió, no pudo hablar. Se limitó á cogermé una mano y apretarla contra sus mejillas. Yo guardé silencio esperando que pasara esta crisis de nervios. Poco á poco los sollozos y los estremecimientos se hicieron más lentos, más suaves, hasta que concluyó por un llanto tranquilo.

—¿Pero diga qué le pasa?—le pregunté de nuevo.

—¿Está usted enojada?—preguntó, á su vez.

—¿Pero por qué?

—Por lo de esta tarde... ¿Y don Guillermo, qué dice?

—¿Pero, qué quiere usted que diga?—la pregunté con fingido asombro.

—¿No me matará? ¿No me arrojará de su casa?

En ese instante sintió el sonido de tu voz en el corredor, que preguntaba á no sé quién si habían visto á Donato.

—¡Ve usted!...—me dijo con espanto.—Me busca para matarme! ¡No se vaya usted de mi lado, por favor! ¡Dejándame usted!

—Pero si nadie piensa hacerle nada á usted, si no ha pasado nada!...—repliqué, procurando reír.

—¿Entonces no le ha contado!... ¿Pero está usted segura que no me matará!

Al cabo de un momento logré tranquilizarlo un poco y salí para hacerle traer su comida. Recordarás que te dije que Donato estaba enfermo y decidimos que al día siguiente saldría contigo para Santiago por temor de que se agravara, y después fuera imposible trasladarlo y atenderlo por buenos médicos...

Y eso es todo lo que tenía que contarte... todo lo que ha pasado... Después vino, tú lo sabes, su primera crisis de locura declarada... el ridículo para mí ante el mundo. El pobre proclamaba á gritos, á quién quería oírlo, que yo era su hada, que él me amaba, que yo lo amaba, que juntos nos completábamos!... ¡qué sé yo!... Y el mundo tuvo una diversión, rió de la aventura dolorosa en que la peor parte la he llevado yo... no tanto, no lo creas, por el ridículo que me atrae, como por los sentimientos delicados que pisotea inconscientemente, mi ilusión de cariño, de un sentimiento tierno para mi alma solitaria; tan solitaria en este mundo de banalidades y egoísmos...

(Guardó silencio. El marido se despezó con lentitud en su asiento y se limitó á decir con indiferencia:—"En fin, todo ha terminado. El pobre está ya en la casa de Orates...") Ella se mordió los labios y quedó silenciosa, con la vista fija, dura, obstinada. Al cabo de un momento se abrió la puerta y la voz de la sirviente anunció:)

—La señorita secretaria de la Liga...

La señora contestó con ademán ausente.

—Hágala pasar.

La sirviente dijo:

—La espera á usted en el escritorio...

—Bueno, voy.

III

Pocos momentos después, en el pequeño escritorio, severo, casi monacal, se oía la voz de la señora presidenta de la Liga de Animales que dictaba á su secretaria:

—Es preciso que el Supremo Gobierno conceda fondos para atender la suerte de los pobres animales desvalidos...

La señorita secretaria se detuvo, y dijo:

—¿Sabe que esta pluma escribe mal?

—¡Pues, cámbiela por otra!—replicó la voz fría y austera de la señora presidenta.

La secretaria cambió la pluma y siguió escribiendo...

—Es preciso, señores, que... los pobres animales...

Por un momento no se oyó en la estancia nada más que el ruido de una pluma sobre el papel. La señora había quedado ensimismada, con la vista más dulce, como si sonriera á una visión lejana en la que estuviese sumergida su imaginación.

F. SANTIVAN

Santiago de Chile, 1910.



EL TIEMPO



UDAMOS mucho de que exista algo que sea más digno de estudio y más fecundo en curiosas observaciones que la actitud del espíritu humano ante la expresión tiempo. Ocurre con la "noción del tiempo" lo que con tantas otras cosas de la vida". Vemos pasar un acompañamiento, nos quitamos el sombrero automáticamente y continuamos nuestro camino despreocupados, si el muerto nos

es extraño, le dedicamos algunos minutos en nuestras reflexiones, si era amigo; pero no se nos ocurre pensar que estamos próximos, ó quizás inmediatos, á seguir el mismo camino, si no evitamos incurrir en las faltas, causa de tan fatal desenlace; en un 90 por ciento de los casos evitables. Asimismo presenciamos la lucha verdaderamente titánica de la humanidad con el tiempo, en la marcha de aquella hacia el "progreso" (que ella considera sinónimo de "bienestar"). Para este fin escudriña los misteriosos arcanos del Cosmos; le arranca sorprendentemente alguna de sus leyes y con verdadera fruición los aplica á la sustitución del hombre por la máquina. Ha conseguido algo. Ha reducido el gasto del tiempo y aumentado su productividad. Y bien; no sería justo que individualmente nos enorgulleciéramos de este buen éxito ya que son muy pocos los que contribuyen á él, los que verdaderamente trabajan, muy pocos son que se preocupan de investigar qué es realmente el tiempo, cuál es su valor y cómo podemos obrar para vencerlo, cooperando así á la "Gran-Obra de la Humanidad" recibiendo en pago los beneficios conseguidos al esfuerzo bien dirigido. "Aquel que conoce el valor del tiempo y sabe emplear todos sus instantes en ventaja y perfección propias, duplica su existencia y obtiene, por ello sólo, una gran superioridad sobre los demás; adquiere una riqueza real y personal, independiente de la fortuna y de los acontecimientos.

Vemos que "muchos" pierden lastimosamente el tiempo (con esta expresión corriente avaluamos el considerable perjuicio que el desconocimiento de la "noción del tiempo" irroga á los intereses de los que la pierden), y, sin embargo, no pasa por nuestra imaginación la idea de que nosotros mismos hacemos otro tanto; y no tratamos de evitarlo.

II

Franklin ha dicho: "El tiempo es la tela de que está hecha la vida" y la vida misma es un bien fugaz y frágil que se nos escapa incesantemente", agregó Bello. ¡Extraña consecuencia del corazón humano! continúa este último; nos quejamos de la corta duración de la vida y nosotros mismos contribuimos á abreviarla y á perderla por una dilapidación deplorable de todos nuestros instantes. Hé aquí una melancólica reflexión que, en forma verdaderamente obsesiva, se impone á nuestro espíritu. ¡Qué derroche de horas, días, años, hacemos nosotros los mendigos del minuto y aún del segundo, en el curso de nuestra vida. Si, al nacer un niño, algún padre tuviera la exéntrica idea de colocar en su morada un gigantesco reloj de arena con capacidad para vaciarse por completo en un larguísimo número de años, digamos ciento, ¿cuál sería el resultado de esta experiencia? No vacilamos en creer que sería altamente saludable para ese niño, que ha de ser hombre; pues, materializando así, en cierto modo, las partículas preciosísimas del polvo de "su" vida se vería él materialmente obligado á asignarle mayor valor y á restringir su desperdiciamiento. ¿Puede dudarse del saludable efecto que produciría la punzante sensibilización de la fugitividad del tiempo? Podría él apreciar cómo, á su vista, se iban acumulando en el cono inferior del reloj de arena los minutos, las horas, en un montón creciente é incontenible, y se formularía á sí mismo esta inquietante pregunta: ¿cuántos de estos granos de arena representan para mí un valor efectivo? ¿qué tanto por ciento del total he vivido, esto es, he aprovechado? Y ante la dolorosa evidencia de la desproporción entre el tiempo invertido inútilmente y el malogrado, reaccionaría y trataría de aprovechar en su máximo el resto de vida que sería en el globo superior. Escuchemos á Lubbock: "No empleéis el tiempo de manera tal que más adelante hayáis de estar pesoroso de ello. No hay pensamiento más desconsolador que el de: ¡demasiado tarde! ó ¡aquello habría debido ser! "El tiempo es un depósito que se nos ha confiado, tenemos que responder del empleo de cada instante. Sed económicos de sueño, como de alimento; pero, sobre todo, económicos de tiempo".

Cuántas veces no os habrá ocurrido encontraros en la calle con un antiguo amigo, compañero de estudios acaso, y, enhebrada la conversación, lanzar exclamaciones como éstas: "¿Con qué tan bien estás? ¡Cuánto me alegro, hombre! ¡Mis felicitaciones! Y mucho que las mereces, chico"; ó bien: "Veo que no te ha tratado muy bien la suerte. Siento mucho, pues, hombre. Que mejores situación", etc., etc. Y en un aparte filosófico: "¿Quién lo hubiera creído! ¡la suerte de algunos! ¡qué bien se ha sabido "manejar" este badulaque". (Tradúzcase con más lógica: "como ha sabido aprovechar las oportunidades, una fracción divisionaria del tiempo que yo he malogrado", ó bien: "muy justo" lo merecía; ya lo prometía así con su cotracción al estudio, criterio

sano, etc., durante el tiempo que fuimos amigos; resultado natural de esfuerzo bien utilizado". Y en el caso inverso: ¡Pobre muchacho! en qué situación lo vuelvo á encontrar! ¡qué lástima de energía tan malograda! ¡y pensar que fué mi compañero de estudios! ¿qué le habrá pasado? no era mal alumno; talvez algún vicio... falta de carácter... etc.; ó bien: natural, no se esperaba otra cosa: malas condiciones de estudiante; peores de carácter: resultado lógico".

Sí, éstas ú otras reflexiones pueden agolparse á nuestra imaginación, según el caso; y todas ellas se refundirían, si tenéis criterio lógico, en la fórmula siguiente: "natural consecuencia del aprovechamiento ó pérdida del tiempo". Porque, bueno es decirlo una vez por todas, la suerte no existe, sólo existe la ley del trabajo, ley natural de nuestra existencia que, consecuentemente con la finalidad de todos los principios generales reguladores de la vida, tiende á asegurar nuestro bienestar impulsándonos siempre adelante, formando nuestro carácter, disciplinado y perfeccionando nuestro intelecto, dándonos salud y vida. El trabajo pone en ejercicio todas nuestras virtudes y aptitudes físicas y psíquicas; biológicamente, nos pone en condiciones de gozar de una vida más completa; materialmente nos permite aprovechar todas aquellas oportunidades que dejamos pasar por falta de preparación, (que no son pocas en la vida). Hé aquí la clave del buen éxito, ó de lo que se llama vulgarmente la suerte. El trabajo (el aprovechamiento del tiempo) es la realización del sueño dorado de los antiguos alquimistas: es la piedra filosofal, que todo lo transforma en oro. Si quisiéramos dar una mirada retrospectiva á los más grandes hombres, á aquellos que más influencia han tenido en los destinos de la humanidad, nos veríamos obligados á citar hombres dotados de condiciones excepcionales de trabajo, esfuerzo, tenacidad, método (condiciones estas últimas que están íntimamente relacionadas con la primera). Entre los innumerables casos que se conocen del provechoso resultado de la tenacidad, merece mencionarse el de Sarmiento, quien, siendo capitán de una mina, aprendió en dos meses el inglés y pudo traducir, tomo á tomo, los 72 de las obras de Walter Scott.

III

Y bien, ¿cómo aprovechar siempre en tiempo?

Para este fin, no podemos pasar en silencio las preciosas indicaciones que nos ha dado Mr. Jullien en su trabajo "L'emploi du temps": Mr. Jullien considera dividida la vida de cada individuo en dos partes bien distintas. La una se dedica á asegurarse uno mismo los medios de existir, de ejercer su profesión, de desempeñar las funciones que le corresponden ó los deberes que impone la sociedad; de satisfacer, en fin, las diversas necesidades de la naturaleza que están enlazadas con la conservación del hombre. Es como un fondo destinado al consumo inmediato. La segunda porción se deja á la libre disposición de cada persona, quien puede hacer de ella el uso que mejor le convenga. Esta porción es perdida por muchos hombres que las conumen en acciones inútiles, frívolas y perjudiciales; pero para aquellos que la consagran á conservar y desenvolver sus fuerzas físicas, á instruirse y perfeccionarse, constituye una especie de capital pasivo, destinado á rendir utilidad, llegada la oportunidad; y que proporciona también goces, y muy puros, en los momentos mismos en que se emplea. Del acertado empleo de estas dos porciones depende la suerte de cada cual. Para este fin, es muy conveniente preguntarse uno siempre: ¿cuí bono? (¿con qué objeto? ¿cuál es la utilidad de esto?) Si ejercitamos nuestro espíritu en reproducir en todas ocasiones esta rápida reflexión (tarea más fácil de lo que parece á primera vista), robusteceremos nuestras virtudes morales, acostumbrándonos á distinguir claramente lo útil de lo inútil, evitando lo segundo y, con ello, muchas indiscreciones, pasos precipitados y el consiguiente perjuicio y pérdida de tiempo. Si á esto agregamos la utilísima práctica de hacer todas las noches, antes de entregarnos al sueño, un ligero examen del "Debe y Haber moral intelectual y físico de nuestro día", y aún dedicarnos unos quince minutos todas las mañanas á dejar constancia en forma sintética, en una especie de registro ad hoc, de lo que hicimos, oímos ú observamos el día precedente, tendremos una idea muy compendiada de las valiosas indicaciones que nos da Mr. Jullien en su interesante obra precitada. (*)

Es de suma utilidad, siempre que ello sea posible el hacer por escrito, cada mañana, la distribución del día, procurando consultarlo todo y dar utilidad hasta los minutos; el colocar á la cabecera de la cama una pizarrita y anotar en ella todas las ideas útiles que pudieran ocurrirnos durante el tiempo que permanecemos en el lecho, las que todas las mañanas trasladaremos á un memorándum.

GEORGE SYDNEY

(*) De esta manera la vida entera es un viaje agradable é instructivo en el cual no se olvida ninguna lección, no se pierde ningún ejemplo; antes bien se convierten todos los momentos en beneficio de la salud, de la instrucción y de la perfección.





LAS IGNORADAS
CUADRO DE B. REBOLLEDO CORREA

"Y luego esas flores cerned sobre aquellas
" incógnitas almas perdidas sin huellas,
" sin dar una chispa de luz inmortal".

M. L. ROCUANT

Las Ignoradas

CERRO SANTA LUCÍA

I

Cubriendo peñascos enormes y grises,
al borde del cerro colgaban tapices
de leves, ligeros rosales en flor;
la red delicada del suelto ramaje,
suil y silvestre, formaba un encaje
de rosas nevadas y obscuro verdor.

Al sol matutino, de lo alto prendidas,
bajaban cubriendo, las ramas floridas,
la parte del cerro cortada en talúd,
y hacían con sombras y luz arabescos
si por sus dibujos, livianos y frescos,
pasaba una brisa del norte ó del sud.

Al tímido soplo de esa hora de estío,
sus lágrimas tenues dejaba el rocío
correr por la hoja, la fibra ó raíz;
algunas brillaban, caían al suelo
teñidas de rosa, de púrpura, cielo
ó envueltas en iris de claro matiz.

Pero otras, como esas tan leves y puras,
bajando ligeras por guías oscuras,
pardíanse al fondo del blanco rosal;
de aquella ondulante cortina de flores,
caían dispersas, sin luz ni colores,
al légamo oculto, sombrío y letal.

El mismo capricho risueño del viento
que hizo al ramaje mecerse un momento
y dar un murmullo de vaga fluidez,
rasgó la pureza del claro rocío
cerniéndola en gotas, ya al sol del estío,
ya sobre la negra, la húmeda hiel!

II

Así, cada vez que algún soplo impregnado
de fé, de ideal ó de amor ha pasado
moviendo lo humano, con voces de augur,
las almas del lado radiante caídas,
se fueron de luces gloriosas ceñidas,
orladas de blanco, de grana ó de azur.

Más cuántas, como esas tan grandes y puras,
rodaron secretas, calladas y oscuras,
¡oh, cuántas no fueron al lodo á caer!
Allí para siempre quedaron perdidas
y nunca un matiz de las otras caídas
al sol de la gloria, pudieron tener!

Cayeron al soplo del aura ondulante
que hizo á lo humano moverse un instante,
cual lágrimas puras de fe ó de pasión:
las unas al día, de cielo irisadas,
las otras, al fondo sin luz, ignoradas
como esas que ruedan sobre el corazón...

III

Vosotras, mis Rimas, ardientes, padiosas,
que amáis á quien va sobre espinas ó rosas
buscando la sombra que cierne el laurel,
moved vuestras plantas, aligeras Rimas,
cruzad las llanuras, las cumbres, las simas,
en suelto, ligero y sonoro tropel.

Romped el azul de la bruma distante,
buscad con mirada vivaz, anhelante,
las flores más blancas de todo el confín;
cargad vuestros brazos de tiernos albores,
volved con los frescos, los niveos colores
del lirio, la rosa, la dalia, el jazmín.

Y luego esas flores cerned sobre aquellas
incógnitas almas perdidas sin huellas,
sin dar una chispa de luz inmortal;
abrid vuestros brazos, verted en lo hondo
del lóbrego olvido, allá, sobre el fondo,
cual rayos gloriosos la lluvia floral.

Cubrid de perfumes el negro rocío
donde ellas se hundieron heladas de frío
y no las recuerda ni un brazo de cruz;
cubridlo, mis Rimas, con mano expiatoria:
¡tan pura es un alma caída sin gloria
cual lo es una lágrima caída sin luz!

MIGUEL LUIS ROCUANT

Las Blancuras Sagradas

ARIAS.—El Descendimiento
de la Cruz

¡Qué largo escalofrío de placer estético sentimos ante este grupo la primera vez que admiramos la silenciosa grandeza de su dolor! Hay tal movimiento en sus líneas tranquilas que nos detuvimos, desorientados por sus variadas y múltiples ondulaciones. El instante definitivo del drama está modelado ahí por las sombras y las blancuras de la piedra. Jesús, descendido del madero, exánime, con la cabeza caída, los brazos colgantes y las piernas flácidas, va á ser posado en tierra por José de Arimatea y San Juan Evangelista. Detrás, cubierta por ligero manto, María está inmóvil, perdida en su angustia, y á un lado, al izquierdo, Magdalena, seductoramente desnuda, se arrastra por el suelo, llorosa y ungiendo por última vez, con sus cabellos ondulados, los pies heridos y exangües de Jesús. Es el más doloroso de los momentos del poema cristiano. Se siente el aire cálido de la tierra sagrada; se ven perspectivas de olivares y de montañas, y la belleza de la pecadora desnuda recuerda las alegrías del idilio... La armonía moral del grupo tiene una grandeza alucinadora. Las blancuras narrativas de piedra dicen más que un episodio de la teogonía cristiana; dicen la victoria inverosímil del ensueño sobre la materia. El rumor de las formas sollozantes y tumultuosas de la cortesana se extingue cuando sopla la significación espiritual del momento evangélico. Las formas oscilan; se desvanecen los contornos, se pierden las alternaciones plásticas de claridades y sombras, y ausente casi de nuestros ojos la visión del mármol augusto, nos sentimos envueltos por las silenciosas divagaciones de las líneas abstractas del episodio. El soplo es suave pero vasto; es un soplo de la misma tibia y consoladora brisa de primavera que, hace veinte siglos, bajó de la cumbre holocáustica, se internó por la selva enmarañada de las almas y la meció con tan dulce ritmo de renovación floral, que en ella se abrieron, leves, las rosas purpuradas de los primeros labios en éxtasis, y se levantaron, temblorosos, los lirios blancos de las primeras manos en oración.

En el grupo domina la figura de Jesús. La acción de los cuatro personajes circunstantes converge con absoluto rigor al centro escultórico, á Jesús. Ninguno de los cuatro inicia ó termina movimientos que dispersen la unidad armónica. La figura de José de Arimatea se equilibra con la de San Juan Evangelista, y la de María, de pie, con la de Magdalena, postrada. El balance de las masas escultóricas se mantiene grave y solemne, sin ninguna desproporción; sus grandes líneas oscilan envolviendo el cuerpo del mártir. El artista, sabiendo que la representación de la belleza moral es más difícil que la representación de la belleza plástica, dedicó la sabiduría de su cincel al cuerpo que evoca el alma de Jesús. Para esculpir un cuerpo bello, el escultor tiene sus normas, dispone de la inmovilidad ejemplar de las figuras clásicas que muestran las más estrictas ondulaciones miológicas y las más correctas proporciones estructurales. Educa la pupila, puede aguzarla recorriendo, en lo antiguo, desde la sencillez de las formas inmóviles, trazadas de un sólo rasgo, á las estatuas que hoy indican en el movimiento de sus miembros el movimiento de su ánima. Pero si la experiencia visual señala fácilmente los modelos óptimos para esculpir una belleza corpórea, no halla muchas obras que demostrar á la pupila, que busca en los mármoles la revelación rememorativa de un alma ausente. Porque Arias no intentó cincelar sólo un cuerpo muerto, sino también algo del soplo espiritual que lo animara... Como un lirio agostado por la fuga de su aroma, el cuerpo del mártir está agostado por la fuga de su alma. En cada pliegue de la piel, en cada desprendimiento de las articulaciones, hay una supervivencia del dolor de la agonía. A pesar de la cabeza caída, de los

músculos parciales lacios y hundidos, de la depresión angustiada del vientre, y de las manos de largos dedos colgantes, sentidos con tanto acierto en la estructura de las falanges desunidas ya, el cuerpo de Jesús guarda no sé qué restos de vida, parece que circulara aún por sus blancuras el recuerdo de los sueños que lo consumieron.

Escultóricamente, la figura del apóstol es una obra triunfal en su descenso. El abandono de los miembros, la doblez de la cintura y el alzamiento de los hombros por la suspensión piadosa, tienen una línea de laxitud tan intensamente dada, que la piedra parece liviana ante el peso con que el cuerpo cae.

Una de las más áridas luchas del escultor es la empeñada por conseguir que desaparezca el peso específico del mármol, por aliviarlo, por hacer que no se sienta su pesadumbre; que se perciba ligero, unido al gesto, porque se vea, bajo el relieve, el latido de la savia que levanta, que vivifica sus formas expresivas. En el cuerpo de Jesús, Arias tuvo que cincelar lo contrario; tuvo que dar la sensación de la materia inanimada que tiende á caer por su propio peso; pero no pudo, para ello, valerse de la pesadumbre intrínseca de la piedra, sino del modelado anatómico. ¡Qué de esfuerzos, de agregados y de eliminaciones en la búsqueda de la forma perfecta! Para sentir la magnitud de la victoria del artista sobre la inercia del mármol, es preciso recoger, con atención cuidadosa, con atención que participe de las extremas sutilidades visuales y táctiles, las infinitas indicaciones que la agonía ha dejado en el cuerpo del mártir, desde los toques levísimos que ponen en su boca un resto de aliento tibio, y en las manos y los pies un resto de escalofrío de la transición, hasta el ritmo de la expresión total que divaga entre la plasticidad y la espiritualidad de las blancuras dolorosas.

Si hubiera conocido los descendimientos que se han hecho, nos decía una vez Virgilio Arias, no habría trabajado en el mío: ¡son tantos! El artista tenía razón. ¿Quién podría enumerar las obras inspiradas en la tragedia de la cruz, las obras que van, en pintura, desde Perogino á Rubens, y en mármol, desde Buonarroti á Rodin? Sin embargo, por su verdad humana, el grupo de Arias es superior á todos. La obra del cincel hiperbólico de Miguel Angel tiene un carácter demasiado concreto. Aparte del modelado asombroso del cadáver de Jesús, que María sostiene en su regazo, la obra está reducida á la expresión de la angustia materna, centro de la armonía estética del grupo. Sólo el grupo de Rodin tiene alguna similitud de concepto con el de Arias. Sobre un amplio trozo de piedra, que esboza el árbol de la cruz, Cristo, abierto los brazos, clavadas las manos, cayó el cuerpo lánguido, inerte, apoya la cabeza en el hombro de Magdalena que, desnuda, se enlaza á su cuerpo en un postrer arranque de adoración. El desplome de las formas dolientes, lamentables de Jesús, contrasta con la belleza de las formas juveniles y voluptuosa de Magdalena. La suavidad de las líneas de la espalda, de la cintura, de los muslos y de los brazos, y la delicadeza votiva de la intorsión amorosa indican que el pulgar de la artista debe haber pasado por la arcilla modeladora en la inconsciencia deliciosa de un ensueño... Hay en esa desnudez genfílica, púdicamente enlazada al cuerpo agónico, un soplo de calor. Los brazos se levantan como una aspiración; la cabellera cae desgreñada y el latido de las venas parece buscar desesperadamente la perdida resonancia de la sangre silenciosa de Jesús. En otras obras de Rodin, en la que simbolizó la idealidad de la primavera y en la que eternizó la fugacidad del beso, la línea que sube se une armónicamente á la que desciende, formando un conjunto de actitudes regidas por la savia de un mismo anhelo de placer; pero en este grupo



EL DESCENDIMIENTO

ESCULTURA DE ARIAS

doloroso, nó: el cuerpo desnudo de la cortesana abraza el cuerpo desnudo del soñador; lía sus brazos al cuello lánguido, deja caer su cabeza sobre la cintura plácida; mas la onda de recuerdos temblorosos que la eleva, no halla en las formas exangües otra onda que se le úna para rodar deliciosamente. La ansiedad sollozante de Magdalena muere en la frialdad inerte de Jesús. Es la ola enlazada á la roca.

En el grupo de Virgilio Arias, la figura de Jesús, por su perfecto modelado, muy superior á la del grupo de Rodin. Además de la grandeza dramática con que lo envuelven los otros personajes, el artista no ha hecho circular por las venas del crucificado un fluido divino, una sangre ideal. Jesús está humanizado. Sus elevadas proporciones corporales parecen indicar, más que la excelstitud moral de su vida, la estatura propia para la magestuosa predicción del ensueño redentor... Así como algunos artistas del Renacimiento humanizaron los cuerpos hétricos de las figuras religiosas de los primitivos, vigorizándolos con la vívida carne florentina, Arias humanizó el alma de Jesús y cinceló en la piedra eternizadora de sus formas, los estragos del dolor y la agonía. No hay un solo rasgo de insensibilidad divina, de olvido de la tierra. No corrió el cincel por la línea leve de los frescos de Volterre, sino por la vehemente de los óleos de Rubens. Pero al esculpir el cuerpo en las congajas últimas y presentárnoslo sombreado de cabidades profundas y de relieves eminentes, nos hace recordar sus perdidas formas de salud, superiormente organizadas para una vida de sacrificio errante. El cuerpo descien-de consumido por la agonía; pero el alma del soñador vaga sobre las blancuras candentes de la piedra. Aniquiladas, miserables en su flacura, las formas cadavéricas se desploman en el silencio de la atención estética, como en el espacio auditivo los restos desmayadamente sonoros de una melodía. Son las cenizas de un ritmo augusto.

El motivo plástico desarrollado por Arias en la figura de Jesús se complementa la figura de Magdalena. Jesús no anduvo solo en sus peregrinajes, no estuvo solo en sus grandes diálogos con la inmensidad; en torno suyo se levantaron los aromas gentílicos de Magdalena. Eran la adoración ambiente de un sér atormentado por el amor; los emisarios vaporosos de la vida, de las turbadoras insinuaciones de la tierra... Sus divagaciones sugerían las divagaciones de las formas corporales de la cortesana. Esta debería, pues, estar en el grupo. Además, era necesario un término fresco y hermoso para valorizar por contraste, en la perspectiva escultórica, las formas dolorosas de Jesús. ¿Cómo obtener este contraste sin perturbar la armonía moral del grupo? Las indicaciones del pensamiento organizador son, á veces, enervantes. La filosofía de la escultura no rige, no domina fácilmente las transformaciones sucesivas de una insegura visión estética. El artista, orientándose, fué al fondo humano de la pecadora. Si en Magdalena se había refugiado la claras sonrisas del animalismo griego, su significación debería salud pagana, si ella fué en la áspera tierra judía una de las más revelarse, escultóricamente, en la alegría de sus formas desnudas. Ella no conoció, como conocieron los helenos, a cuya influencia se debió talvez su hetairismo, la idea del espíritu considerado como un principio moral independiente de las formas corporales. Su historia es su psicología. El amor fué en ella el placer, hasta la tarde de Jesrael, en que Jesús dejó caer sobre su seno desnudo una mirada severa, una mirada que azotó y puso en fuga los lebreles acezantes de sus sentidos... Desde entonces no se la vió más en las terrazas, recostada en tapices orientales, mostrándose como en un mercado opulento, aromada por los efluvios del óleo que ella misma extraía de los carnosos nardos de la India. Pero, á pesar de esta transformación, su naturaleza apasionada y vehemente, tendría que revelarse en sus formas. El brío de la sangre persiste al través de todos los episodios morales. ¿Cómo indicar escultóricamente sino por las formas desnudas la belleza de su sér todo ternura y voluptuosidad? ¿Cómo expresar en la piedra sus adoraciones envolventes, si no en la flexibilidad de su cintura y en los serpenteos de sus brazos? ¿Cómo sus incontenibles ansiedades de alegría, si no en los latidos anhelantes de sus senos? ¿Cómo las sutilidades tácticas de sus caricias, si no en la verdad casi ilusoria de manos? Su sér, todo frescura y aroma debería mostrarse como el lirio, desnudo. El cincel se deslizaría por la piedra silenciosamente, sintiendo que modelaba formas de corporeidad casi intangible, que iba por blancuras de tenuidad casi ilusoria; que no esculpía desnudeces para producir escalofríos de voluptuosidad sino para glorificar la hermosura de un sér acongojado por el amor. El cincel perseguiría los contornos seductores del cuerpo votivo, sin una vibración lúbrica, llevado únicamente por la visión de la frescura corporal de la cortesana. El poema de piedra equilibraría así sus dos extremos plásticos: las formas esmirriadas de Jesús, consumido por el ensueño, y las formas juveniles de Magdalena, exultadas por el amor. La oscilación armónica de estos términos sería la base del grupo escultórico.

¿Se dejó llevar el artista á una resolución definitiva por estos comentarios? ¿Pasaron por su espíritu estas alteraciones de elementos morales y plásticos? ¿Sintió los turbadores agrupamientos y desagrupamientos de esas cinco figuras dolorosas, antes de inmovilizarlas en la piedra? ¿Qué, sino una divagación reflexiva lo llevó á sentir que el desnudo de la cortesana estaría en su obra como una nota clara, gloriosa de vida? Antes que él nadie, en mármol, había llevado la desnudez pagana al pie de la cruz.

Sin embargo el desnudo tiene un elevado carácter artístico; es no sólo una revelación de la belleza animal, seductora por su euritmia, sino un resumen de las bellezas vivas; en los órdenes inferiores de la naturaleza. La esbeltez de los tallos, las intorciones de las enredaderas, las ondulaciones de las copas arbóreas, tienen en el desnudo corporal una delicada y graciosa concordancia plástica. La belleza de los movimientos animales resume la belleza de los movimientos de la flora. El ritmo síntesis está en las actitudes del desnudo. El aúna todas las líneas y las plega ó las desplega, no á impulso del instinto, ni al capricho del viento, sino al de la voluntad consciente; él es el único que puede levantarse y asirse con enlazamientos que tengan mucho del alma y mucho de la tierra. Y si es así ¿por qué no presentarlo en todo su esplendor? ¿Debe el creador de belleza temer las perversidades de las pupilas ignaras? No. Por eso el artista hizo bien en ir á su obra sin una indecisión, seguro de que al esculpir el cuerpo de la cortesana esculpía un símbolo de la naturaleza. Las formas gentílicas se desenvolverían pues puras, vívidas y luminosas. El desnudo en el mármol sería un paisaje al sol.

Dentro del triángulo escultórico de las figuras más ó menos neutras de María, José de Arimatea y San Juan Evangelista, la figura de Jesús esquelética y victoriosa, se armonizó contraponiéndose á la de Magdalena, hermosa y vencida. La una sugiere la belleza moral, la otra la material. El episodio trágico adquiere así una significación trascendente. El grupo es una representación emblemática del momento único en que la religión de la naturaleza se postró ante la religión del espíritu. La pupila, perdida en los contornos simbólicos, va más allá del instante del mármol y rememora, admirada, la grandeza del mundo muerto, del alegre mundo pagano. ¿Cómo detener el desenvolvimiento de los recuerdos históricos? La desnudez de la cortesana postrada á los pies de la cruz, nos lleva á la tierra que simboliza, á la risueña y luminosa tierra griega. Se dilatan las llanuras, se levantan las colinas y oscilan las selvas sombrías del Eurotas; luce el claro cielo de la Jonia y sueñan en el silencio de la tarde festiva los errantes tamboriles de Dionisos. Los alegres celebrantes del Dios de las viñas y de sus victorias purpúreas, coronados de hojas de abeto y de hiedra, trenzan sus danzas en torno de las vasijas enguirnaldadas de pámpanos; saltan agitando sus pieles de cervatillo, sus tirsos frondosos, sus miradas florales; tañen sus címbalos y soplan sus pífanos. Es una festividad vagabunda; una multitud coral de ménades, silenos, sátiros y panes. Las vírgenes, de muslos desnudos, dorados por el sol, llevan canastillos de frutos votivos; los oficientes, ceñida la cabeza del verde de las encinas y del azul de las violetas, medio cubierta la faz por entrelazadas hiedras, himnan al Dios de la alegría sagrada, y todos, en muchedumbre procesional, embriagada de vino y de luz, desenvuelven las ondulaciones de sus errancias litúrgicas al risueño capricho de los caminos y de las selvas. Es la ofrenda de la vida á la tierra; el culto de la voluptuosidad sana; la epifanía de la carne gloriosa. Luego, en la visión alucinadora, vemos perderse el tumulto divagante en las sombras de la noche, en el misterio de los bosques, persiguiendo las finalidades gozosas de los ritos báquicos; pero, al perderse en la obscuridad, el recuerdo visionario une las perspectivas y muestra las escenas nocturnas de las bacanales romanas, celebradas en las espesuras de la selva de Similas, junto á las aguas luatrales del Tiber. Sentimos el desenvolvimiento arrollador de las ceremonias impúdicas, el aullido de los deseos lúbricos, el grito de las bacantes desnudas, el crugido de los ramajes tronchados por el alud delirante, y vemos rayando la obscuridad, la fuga de las antorchas descabelladas, que alumbran en la selva rumorosa las últimas locuras de la orgía sagrada.

Ebrios los ojos por el vértigo, las formas arrastrantes de la pecadora desnuda nos parecen agitadas por un colozo de cansancio; su vientre palpita con jadeos febriles y sus cabellos se revuelven desgredados en la desesperación de la caída. Su cuerpo es el de una vacante postrada, rendida por la carrera gozosa, húmeda la piel por el esfuerzo alegre; es una antorcha de carne pálida, caída en el polvo, revolcando sus llamaradas ante el triunfo de las espinas dolorosas sobre los pámpanos rientes; es una tea dionisíaca, tirada ahí, sobre la cumbre trágica, como un símbolo de muriente animalismo gentílico ante el victorioso espiritualismo cristiano; es el mundo de la alegría postrado ante el mundo del dolor.



Paisaje - Cuadro de
JOSE T. ERRAZURIZ

Conversando sobre Arte

RECUERDOS DE TALLER EN PARÍS.—DON JOSE TOMAS ERRAZURIZ.—LOS RETRATISTAS EN BOGA Y LAS SEÑORAS CHILENAS.—ARTISTAS Y "AMATEURS".—UNA FAMILIA PRIVILEGIADA

Hace algunos años, tenía gran popularidad en la sociedad de Santiago, una señora muy distinguida, esposa de un Ministro diplomático, el conde de S.: todavía se recuerdan las genialidades de la condesa de S., y entre otras, la ocurrencia que tuvo cuando se presentó, el día de las carreras de Septiembre, en la tribuna oficial y diplomática con un vestido de color morado vivo. Como su aparición produjera sensación, por su popularidad, por su porte... diremos majestuoso, y también por el color... episcopal del vestido, ella se paró un rato y dijo: "¡Dios mío, creen que soy la esposa del Nuncio!"... Ahora, todos la habrán reconocido. Pues bien, esta señora que antes de ser la condesa de S. fué una de las princesas B., era uno de mis más antiguos recuerdos de niño: sus padres y los míos habían tenido relaciones tan íntimas y estrechas, que durante varios años, se puede decir, que no pasaron un día, sin verse; siendo niños, ella con sus hermanas y yo habíamos pasado horas y horas juntos, hasta que la vida, hace cerca de treinta años, separó nuestros caminos y nuestros destinos. La última vez que nos había visto, á los 14 ó 15 años, había sido en casa de su abuela, la duquesa de E..., en Versailles' y nos volvíamos á encontrar en Santiago de Chile. Por eso, cada vez que me veía aquí exclamaba: "¡Mon Dieu! que le monde est petit!"

¡Y, que está bien pequeño el mundo! Pero á este punto de vista, estaba yo curado del espanto (creo que se dice así) desde el día, que, llegando á Aneud, isla de Chiloé, en donde venía á iniciar vida nueva, entrando en una familia chilena, descubrí que el alcalde de la ciudad tenía un parentesco conmigo, porque una de sus tías se había casado con un primo de mi abuela, el conde de Briges, un normando que una aventura á lo Julio Verne, un naufrago que durante un viaje de instrucción á San Francisco, había echado á las playas de la Araucanía.

Noto que, aventajando en eso de las digresiones, al maestro del género, al exquisito Sterne, me aparto demasiado de la intención de este artículo, que es hablar de uno de los más distinguidos artistas chilenos, don José Tomás Errázuriz, pero ¿cómo podía ser de otro modo, cuando, justamente, mis relaciones con él, confirman la frase de la condesa de S. "¡Dios mío! que pequeño es el mundo!"

En la época radiante de los veinte años, estudiaba la pintura en un taller, dirigido por los maestros Humbert y Gervex: ese taller, haciendo contraste en eso, con los establecimientos similares, que son empresas comerciales, era al mismo tiempo que un lugar de estudio, un club ó un círculo, con un número reducido de miembros y un reglamento bastante severo, para la admisión. En este taller-círculo, había dos chilenos: don José Tomás Errázuriz y don Enrique Lynch. ¡Cuántas veces he pensado en esta circunstancia, oyendo la famosa frase: "¡No hay un lugar en el mundo en que no se encuentre siempre un chileno! Quién me hubiera dicho, entonces, que Chile vendría á ser para mí, como una segunda patria!"

Recuerdo que un día, apareció en el taller un caballero muy distinguido, muy correcto y al mismo tiempo muy cortés, que se puso á dibujar con la mayor calma: hasta, recuerdo muy bien, el primer dibujo que hizo, que nos llamó la atención por su ejecución sumamente fina y más propia, por decirlo así, de un dibujo á la pluma y de fantasía que de un estudio académico. Se supo que el recién llegado era un sud-americano de elevada situación social; quedó incorporado en nuestro pequeño círculo y siguió trabajando con nosotros sin llamar especialmente la atención, tan correcta era su actitud y discreto su modo de ser. Su calma y su discreción,—no hablaba nunca,—así como sus exquisitas maneras hicieron que muy pronto fué conocido en el taller con el nombre de "Le chevalier du silence"—el caballero del silencio.—Este estudioso y distinguido dibujante del taller de Humbert y de Gervex era don José Tomás Errázuriz; espero que en el caso de que estas líneas lleguen á sus ojos, por casualidad, él me perdonará que haya contado estos recuerdos de juventud y comprenderá con qué cariñosa melancolía los estoy escribiendo. Es que,—¿por qué no decirlo?—el recuerdo del señor Errázuriz, estaría imborrable para mí, aunque nunca haya tenido ocasión de conocer á Chile, por el hecho de que la primera recompensa que obtuve en el Salón de París, en 1888, una mención honrosa, fué la misma que, el mismo año, tuvo don José Tomás Errázuriz. ¡Y lo que es la primera recompensa para un pintor de veinte años! El cuadro que le valió este premio era de una fresca encantadora. Representaba, ó mejor dicho, representa un grupo de niños en un prado florido ó orilla del mar. Creo que está ahora en Panquehue,—por lo menos así me lo dijeron,—¡cuánto me gustaría volverlo á ver! Después, el señor Errázuriz siguió, con el mayor éxito una carrera tan brillantemente empezada: tengo el recuerdo de un grupo de lavanderas en la playa de Etretas, de una compo-

sición muy feliz y, de una ejecución, como todo lo que hacía el pintor, muy delicada y distinguida. Cuando se produjo en París la separación de los Salones, don José Tomás Errázuriz acompañó en el "Champ-de-Mars" á los maestros de la escuela moderna y muy pronto obtuvo el título de "associé" que es, indudablemente, el título más valioso que hasta ahora, haya obtenido un pintor chileno en París. Después de algunos años de residencia en Francia, el señor Errázuriz se dejó seducir por la Inglaterra donde se instaló definitivamente, dejando, por desgracia, de concurrir á los salones de París. Debido á esta circunstancia, no pude conocer las obras del distinguido pintor, en toda la época que siguió su marcha de Francia, hasta que aquí tuve ocasión de ver algunos paisajes de estilo y de escuela netamente inglesas, y en los cuales pude notar que las antiguas primeras cualidades de distinción y de delicadeza, se habían completado por una firmeza mucho mayor en el dibu-



INGRES.—RETRATO DEL CONDE MOLE

jo y en los valores y que las composiciones también eran mucho más sabias, serias y llenas de carácter.

Es difícil hablar de esta época de los brillantes "début" artísticos del señor Errázuriz en París, sin hacer un recuerdo, lo más discreto posible, de la sensación que produjo en los medios artísticos elegantes de la capital, la belleza y la suprema elegancia de la señora de Errázuriz. Y si me permito hacer este recuerdo, es que verdaderamente pertenece á la historia artística de esa época. No había un retratista de moda que no soñara con hacer el retrato de la distinguida señora y durante una temporada, se puede decir, que no hubo una exposición en París en que no apareciera su retrato, firmado por un nombre ilustre, y con todos los diversos procedimientos artísticos, óleo, pastel, acuarela, grabado, por Blanche, Hellen, Gervex, Machard, Boldini... Boldini, particularmente, que obtuvo con este retrato uno de sus más ruidosos éxitos. Y, á propósito de eso, que curioso é interesante es para la historia de la cultura chilena, el hecho de que dos de los pintores más en boga de ayer y de hoy, Sargent y Boldini, hayan empezado su carrera de retratistas á la moda, con retratos de señoras ó señoritas chilenas!...

...Si hay algo que no reconoce clases sociales, es el don natural artístico: lo mismo puede caer en el hijo de un trapero, como en el hijo de un príncipe; donde existe la diferencia es en el cultivo de este don natural, que no tiene nada que ver con la cultura adquirida. Es indudable que los pobres, en quienes se revelan condiciones artísticas notables, tienen en Europa mucho más facilidad para desarrollarlas que aquí, por ejemplo: allá, todo viene á ayudarlos, el ambiente general, los museos, las exposiciones, los compañeros; por eso siendo dotados ricamente por la naturaleza, pueden llegar á adquirir la cultura casi mecánicamente. Aquí, al contrario, qué de dificultades no encuentra un joven de situación modesta y de origen humilde!! Admiro profundamente á los que llegan á hacer algo en estas condiciones y me pregunto, ¿qué se podría esperar de ellos si, estos mismos dotes naturales, hubieran sido cultivados y dirigidos desde los primeros años?

Como el don natural puede ser poderoso, en un pobre, lo mismo lo puede ser en un rico y un aristócrata, y si éste tiene la voluntad, la energía y el amor del trabajo, tiene entonces mucho más facilidad para llegar á ser un gran artista. Pero, cuántos son detenidos por ciertos prejuicios sobre la "carrera" ó la "profesión" artística. Sé que estos prejuicios se van perdiendo cada vez más, pero quizás el que subsistirá más tiempo sea el que niega el título de "artista" al hombre de elevada situación social que se dedica al arte y en que la opinión pública, como la de los compañeros, no quiere ver sino un aficionado, "un amateur".

No hay nada más equívoco que estos términos: profesional y aficionado, porque ¿cuántos profesionales, artísticamente hablando, no son dignos ni siquiera de limpiar los pinceles de ciertos "amateurs"! Además, ¿dónde concluye el "amateur" y dónde empieza el artista? Porque, no son solamente personas de gran fortuna personal las que han ejecutado y ejecutan obras de verdadero mérito artístico, sino también, personas que en la vida social, ejercen verdaderas profesiones clasificadas y fuera del arte. En literatura, la lista sería inmensa: para no citar sino á los más populares y á los más cerca de nosotros, de Vigny, Stendhal eran militares: Tolstoy también, Pierre Loti, marino y marino que tenía la pasión de su oficio; pero en la pintura estos casos, aunque naturalmente más raros, tampoco son desconocidos, un paisajista célebre y cuyas



RICARD.—RETRATO DE MME. HODZE



INGRES.—RETRATO DE LA CONDESA DE H...

obras son altamente apreciadas por los refinadas, Pointelin, era profesor de matemáticas en un liceo. El delicado pintor y popular ilustrador Jeanniot, ha llegado hasta el grado de capitán de infantería y sus primeros y ruidosos éxitos artísticos pertenecen á la época en que era todavía militar; otro paisajista actualmente en plena boga, y particularmente distinguido, Billotte, ha ocupado, durante muchos años y no sé si ocupará todavía un alto puesto en un ministerio..., y sin embargo, á nadie se le ocurriera considerar estos tres artistas como "amateurs".

Insisto sobre este punto, porque, con demasiada frecuencia, he podido notar que aquí las personas que se dedican al arte sin considerarlo como un oficio para ganarse la vida son difícilmente admitidas, aunque tengan todos los dotes y la cultura más refinada, como artistas. ¡Extraño prejuicio! y extraño sobre todo en Chile en que varias familias de la aristocracia mantienen entre todos sus miembros, el fuego sagrado del arte. Entre estas familias, la de Errázuriz ocupa un lugar privilegiado; mientras tanto don José Tomás se ha conquistado en Francia y en Inglaterra la fama de pintor distinguido y refinado, don Rafael canta y explica las bellezas del arte antiguo y el sobrino de ambos, don Pedro Subercaseaux, que, siendo hijo de don Ramón, tiene por los dos lados orígenes artísticos, se impone poco á poco como el primer pintor militar é histórico sud-americano.

He recibido, hace poco, la noticia de que don José Tomás Errázuriz manda á la Exposición del Centenario seis cuadros, los que permitirán al público chileno conocer la obra artística de uno de los más sabios y refinados pintores de Chile, que viviendo únicamente consagrado á su arte, no por la popularidad y el éxito ruidoso, sino por la satisfacción de los instintos y de los gustos más elevados, no se ha preocupado nunca de la "reclame", caballero cultísimo, distinguido y discreto ha seguido siendo en su vida de pintor lo que era en el taller de París "le chevalier du silence" que el éxi o vino á consagrar como artista de indiscutible mérito, sin que él haya ido á buscarlo, ni mucho menos á violentarlo.



LA obra poética de José Asunción Silva señala los límites precisos de las dos épocas en que podría dividirse la poesía colombiana, sólo para el efecto de considerar aisladamente a los nuevos y a los antiguos, en relación á mi propósito de exponer aquí únicamente y en términos muy generales la obra de los nuevos.

Antes del advenimiento de Silva—hacia 1890—se advertía un prematuro decaimiento en las letras colombianas. Era como una cesación de poesía, originada indudablemente por las agitaciones políticas de entonces, que invadieron los santuarios de la poesía pura y comprometieron en ellas á los más altos sacerdotes de este culto ideal, que nos daba una situación preferida entre las naciones americanas en orden á la cultura del espíritu. Don Miguel Antonio Caro no pulfa ya el mármol de sus estrofas heladas, por firmar sentencias de muerte y órdenes de prisión; la lira atormentada y sonora del Dr. Núñez fué á guardarse en uno de los rincones de su magnífica residencia de Cartagena, mientras él fraguaba en Bogotá la muerte de la República; don Rafael Pombo había entrado en plena decadencia, y ya no quedaba sino el recuerdo algo borroso de los versos de Gutiérrez González, de factura imperfecta á veces, pero con tan sano olor á brisas montañosas, que no siendo los más cuidadosos, tenían una innegable superioridad sobre los mejores del fecundo parnaso de su época.

A este período de crisis siguió una especie de Renacimiento, que colmó de nuevo las fuentes agotadas de la poesía y orientó en otros sentidos el ideal poético. Silva les dió un golpe de muerte á los últimos continuadores de Zorrilla y Espronceda en Colombia, y despertó en los espíritus jóvenes provechosa curiosidad por las nuevas fórmulas del arte francés, que entonces eran casi desconocidas en América y no habían logrado invadir á España.

Las gentes sencillas, de vivir arreglado y de inteligencia corta, se alarmaron un poco con su aparición, y á no ser por la bulla que entonces levantaron las extravagancias de Rubén Darío, le habrían hecho responsable de la introducción clandestina del decadentismo enfermizo en el continente.

Pero Silva no combatía los viejos preceptos de la poética castellana. Dejó de servirse de ellos cuando fueron insuficientes para las necesidades de su estética personal, y no alcanzó á hacer escuela, talvez por lo mismo que no quiso estrecharse él en ninguna. Su obra poética corresponde á una concepción tan vasta del arte, que no admite clasificación que pudiera restringir la extraordinaria amplitud de su criterio artístico, y á la que difícilmente podrían alcanzar los que hubieran querido llamarse sus discípulos. Uno solo de ellos—Víctor M. Londoño—tiene en algunas de sus poesías mejores el poder de evocación que distingue las de Silva, y también en muchas de ellas su diafanidad de agua limpia estancada.

Hay que entender, por consiguiente, que su influencia sobre los poetas jóvenes no obró sino en el sentido de despertarlos á un nuevo mundo de poesía, sin dañarlos en su personalidad con la imposición de la suya.

Excusa mi insistencia en esta consideración el temor natural de que se entienda equivocadamente la clasificación de poetas anteriores y posteriores á Silva que he debido hacer al principio de esta crónica.

Surgieron por aquella misma época Guillermo Valencia y Julio Florez, de temperamentos en oposición y con tendencias artísticas diversas. El primero tenía la serenidad religiosa de los parnasianos y sus versos eran mármoles del Partenón que exigían para ser sentidos debidamente cierto grado de cultura artística. Virtió en versos suyos los de Mallarmé, D'Annunzio, Verlaine, Peter Altenberg, Stephane George, Bodelaire y Eugenio de Castro, cuando todos estos poetas, ahora muy conocidos, lo eran sólo de unos pocos.

Florez, en cambio, fué y sigue siendo todavía el poeta de todos, porque canta el amor, el dolor y la muerte, que son las tres grandes necesidades de la humanidad. Sin el refinamiento de Valencia, pero con mucho más dón de poesía que él, ha hecho obra perdurable, porque sus versos los saben de memoria todos los enamorados—de quienes dice la Biblia que son en número infinitos—y los cantan por la noche los serenateros al pie de las ventanas mal cerradas de sus novias.

Muerto Silva—¿quién no recuerda que se suicidó en una triste madrugada de Mayo de 1896?—heredaron Valencia y Florez el pontificado de la poesía en Colombia. Mientras vivieron los tres, no se discutía siquiera la superioridad del primero, ni se hacían distinciones, que ahora se hacen, entre el poeta de los exquisitos y el poeta popular, porque Silva era las dos cosas á un mismo tiempo.

Hoy ya no están solos Valencia y Florez, y si es verdad que han conservado su situación de preferencia, empiezan ya á perder sus figuras el relieve de antes, porque el nivel de la cultura poética se ha elevado violentamente en los últimos diez años.

Si recordara aquí los nombres de todos los poetas jóvenes de Colombia que me merecen un concepto distinguido, haría una lista larga, seguramente incompleta é inexpresiva para la mayor parte de los lectores posibles de esta crónica. Prefero recordar sólo algunos y dejar que ellos mismos se presenten á ustedes con algunas de sus poesías, las que estén á mi alcance:

Ismael Enrique Arciniegas no necesita presentación. Es un viejo amigo de Chile, y yo mismo he oído sus versos retozando en alguna adorable boca chilena.

Carlos Arturo Torres se disputa con Antonio Gómez Restrepo la sede vacante de don Miguel Antonio Caro. Sus versos suelen ser fríos, pero son de una corrección irreprochable, y es entre los traductores de otros poetas el que guarda con más fidelidad el pensamiento ajeno.

Víctor M. Londoño recuerda á Silva en sus versos diáfanos, y es su heredero legítimo, sin que sea su imitador.

En este soneto, maravilloso de sencillez, hay un poco de su personalidad sin complicaciones:

AMBICION

Quiero un cuartito blanco donde llegue
la luz del sol en tibios resplandores,
que haya delante de su puerta flores
y que tu mano las cultive y riegue.

Una modesta mesa que despliegue
libros, pinceles, cartas, borradores,
y alguna mirla trémula de amores
que entre las plantas trepadoras juegue.

Que en las atentas noches de lectura
cuando la quieta brisa de los campos
inunde el aposento de frescura,

para asustarme llegues de puntillas,
y ante la luz de soñolientos lampos
inclines sobre mi hombro las mejillas.

VICTOR M. LONDOÑO.

Francisco Valencia aparece tal como es en esta poesía. Yo me lo he figurado siempre triscando detrás de una virgen desnuda por un monte oloroso, donde van de tarde los sátiros á huronear aventuras:

AMONESTACIONES DE UN SABIO DE LOS MEJORES TIEMPOS

De los folios de un precioso pergamino ilustre de vejez, traduje las siguientes amonestaciones que un sabio de los mejores tiempos hace á un discípulo suyo que empezaba á ser poseído por una preocupación muy grave acerca de las causas y efectos ó de los principios y fines que actúan en los dominios del amor.

Si por tus caminos y por tu ventura,
en el árbol verde
que en la gran llanura
del amor se pierde,
das con la manzana
madura
sabrosa y lozana,
cógela, si puedes, con mucha finura,
y goza en los días de tu edad temprana.

Las uvas del vino
bermejo que toca
la boca
con sabor divino
y después provoca
placeres y audacias. Voces argentinas
del viento y del agua. Plafondos
sin fin de verdura
vibrantes de besos solares. Dos senos redondos
como dos colinas
de nardos y lirios. Frescura
geórgica y pura
que el pulmón abrevia. Plauta y melodía
de un pastor que guía
siete cabritillos hacia la pradera
liberal. Lo grave,
lo suave
que tienen los pasos de la media noche. La brisa
parlera
que sabe
tan dulces secretos de idilio. La risa
de unos labios locos por la primavera...

Estas son las flores
que te da la vida
para que decores
tu ruta escondida.

Recoge tu parte, y ábrete al gran viento
que viene del amplio país del Contento.
Ve siempre á las cosas
como á las preciosas
esclavas
de tu sentimiento,
y no les apliques las máquinas bravas
que el entendimiento
formó con las clavav
de filosofías
amargas, tortuosas, rebeldes, vacías.
Hé aquí la sana
fórmula pagana:
**vivir y sentir,
sentir y vivir.**

PACHO VALENCIA

Delio Seraville, á quien uno de nuestros últimos reyes confinó á las colonias penales de Caquetá por revolucionario, solía descuidar sus obligaciones de conspirador para hacer sonetos como este:

A TRAVÉS DE LOS AÑOS...

A través de los años la adivino
aún por las desiertas alquerías,
cuando al atardecer, todos los días,
me esperaba en la huerta del vecino.

Se la llevó después el torbellino
de las ciudades locas y sombrías,
conoció sus mejores alegrías,
vistió de seda y se embriagó con vino.

Hoy mi convulso labio no la nombra.
Su pálido recuerdo entre la sombra
tiene fulgores de lejana estrella,

Y aún en amorosas languideces
he tornado á besarla muchas veces,
sin atreverme á imaginar que es ella!

M. A. Carvajal, de entre los más jóvenes, labra su verso con amor de artífice. A pesar de su corta iniciación, puede decirse que ha hecho ya su estilo y encontrado su personalidad propia en el laberinto de las influencias modernas. Hay pulcritud de factura en sus versos, que respiran el encanto de los atardeceres de otoño y saturan el alma de ligera melancolía:

COPLAS DE INVIERNO

En el largo día de invierno
de una teja enmohecida
gotea el agua dolorida
con largo sollozo tierno.

Se desprende lentamente
cada gota, y se dijera
que el agua humilde lo siente.
¡Esa queja lastimera
es tan honda que no miente!

¡Qué brumoso el horizonte,
da un aspecto grave al día
y en el monte
los árboles resignados
gotean melancolía!

Piensa en los desamparados,
alma mía!
Piensa, alma, en los afligidos,
en las mustias ilusiones
que se fueron de los nidos
de los tristes corazones.

En las almas prisioneras
de los acontecimientos,
en la queja de los vientos
viudos de primaveras.

Los árboles resignados
gotean melancolía,
piensa en los desamparados,
alma mía!

M. A. CARVAJAL

Antonio J. Cano tiene el alma de Gustavo Adolfo Becquer y pule sus versos como León Dieux. Ejemplo:

HABLARON NUESTRAS MANOS

Hablaron nuestras manos... Todavía
al evocar á solas el momento,
voy soñando que siento
vibrar entre mi mano áspera y dura
una tibia blandura,
así como la seda silenciosa
de un plumaje. Latir sentí sus venas
con la inquietud de un pájaro que quiere
volar de sus cadenas...

Oímos entre tanto
romper nuestro silencio
la majestad de un canto:
era el himno de triunfo que entonaba
su sangre con mi sangre,
cual torrentes hermanos...

Y torpe el labio, y rudo,
calló, porque no pudo
decir lo que dijeron nuestras manos...

ANTONIO J. CANO

Luis Carlos López es el más original de todos; se ríe de Dios y de los hombres y no reconoce autoridad ni se sujeta á precepto alguno en moral ni en arte. No sé cómo ha podido estrecharse ahora entre los catorce versos de un soneto. Tal vez para dar mejor la idea de pasividad que lo inspira:

CANCION BURGUESA

Procura, mientras muere la miés en la cizaña,
flexible cual felino que avizora el ratón
medir el salto... Y luego que gire la cucaña
de la vida. No hay fuerza contra la tradición.

Flota como la espuma, teje tu telaraña
y sé tan multiforme como un líquido... Con
la inmemorial paciencia del pescador de caña,
subirás poco á poco de escalón á escalón.

Después atiborrado de honores y dinero,
gasta gorro y pantuflas cabe la lumbre... Pero
para hacer estas cosas sujétate á la ley

de todas las divinas y humanas tonterías,
sin asomo de pena, sin torpes rebeldías,
fingiendo la indulgente pasividad del buey.

LUIS C. LOPEZ

He guardado para cerrar la crónica dos nombres que bien habrían podido iniciarla, porque corresponden á los dos más fuertes poetas colombianos de esta generación. Ricardo Arenales y Angel M. Céspedes. El primero ha hecho ya una obra superior á sus 27 años, y puede decirse de él, parodiando á Giovanni Papini, que si no se tuerce llegará á ser el primer poeta de América: no cabe aquí un estudio siquiera muy breve de su personalidad, y lo siento de veras, porque me mortifica aventurar un concepto así, cuando no puedo justificarlo con una exposición de los motivos en que lo fundo.

Reproduzco siquiera una de sus últimas poesías, que no es, ciertamente, la mejor; acaso sea apenas la más corta:

VIRTUD INTERIOR

Llego aquí como ayer, sencillamente,
y en medio de los campos
abandono mi cuerpo
sobre la hierba fácil.

Ni voces que interrumpen la secreta
comunión de la vida,
ni libros imponentes
ni exceso de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre los valles;
el agua limpia; el césped; la inefable
sencillez de las cosas;
y yo, sin ligaduras,
buscando el rumbo cierto
á la sombra de Dios que me sustenta,

y la emoción que me darán los hábitos
del bosque, santamente,
y el éxtasis divino del silencio
debajo de los árboles...

La noche azul me cubre;
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas,
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas;

y siento hervir mi sangre,
y quiero derramarla,
y esta virtud cruenta
me va purificando...

RICARDO ARENALES

Angel M. Céspedes tiene dieciocho años y hace dos fué distinguido con el primer premio en los Juegos Florales de Bogotá.

Si no puedo reproducir aquí por su extensión inmoderada la poesía que le hizo acreedor al premio, copio siquiera el soneto que dedicó entonces

A SU MAJESTAD LA REINA DE LOS JUEGOS FLORALES

Señora: Con mi guzla que cánticos instaura
y que á su cuello un ramo de gayas flores trenza,
llego á tí, que eres una gentil Clemencia Isaura
venida de aquel valle donde nació Pubenza.

Románticas leyendas tu juventud restaura
hoy que una edad galante á revivir comienza,
en esta fiesta lírica donde á favor del aura
perfuman desde lejos naranjos de Provenza.

Así, con un cortejo de luz y de hermosura
y otorgando las gracias de tu sonrisa pura
se fijará en las almas tu prez, perpetuamente;

Pues, aunque el trono acaba y aunque el desfile cesa,
habrá un eterno emblema de tu rinado en esa
corona de oro líquido que llevas en la frente.

ANGEL M. CESPEDES.



Sé que faltan aquí muchos á quienes no he debido olvidar, y que las poesías de los otros que he reproducido no son las que pudieran dar una idea exacta del temperamento artístico de cada uno. El poco tiempo de que he podido disponer y el espacio naturalmente estrecho á que debo limitarme en esta crónica, justifican de algún modo sus deficiencias; y cuando más, podría comprometerme, si contara otra vez con la benevolencia de esta casa, á enmendar yerros involuntarios y cubrir obligadas lagunas.

LUIS CANO

CUENTO

(A Arturo y Jorge Scroggie Vergara).

VIAJABA yo, hace muchos años, por las poéticas y hermosas regiones del antiguo y casi impenetrable Arauco.

Sin más compañía que la de mi fiel indio, atravesaba aquellos impenetrables bosques de árboles seculares inmensos y sombríos, cortados por arroyos de purísimas aguas transparentes como el cristal; ó por ríos correntosos y oscuros que, con ruido atronador, arrastraban grandes peñascos y árboles enteros.

La soledad era pavorosa; de noche, las cordilleras nevadas se veían alumbradas por llamaradas de fuego que despedía el vol-

nos fijaba la vista, como diciéndose: "¿qué harán aquí esos intrusos?" Lo saludaba con el respeto que me inspiraba el heredero de esas tierras defendidas con heroico valor y regadas con la sangre de sus enemigos.

Fatigado me detuve un día, me desmonté y seguí, á pie, internándome entre los bosques. Cristiano,—que así pusieron á mi fiel indio en las fuentes bautismales para recordarle, sin duda, que lo era,—quedó guardando los caballos.

El día era precioso, la luz apenas penetraba por entre aque-



Con una pistola en cada mano recorría las ruinosas habitaciones...

cán Llaima en erupción. Durante el día, cruzábamos al galope de nuestros caballos por entre esos bosques llenos de silencio y poesía; encontrábamos, de cuando en cuando, á la orilla de los esteros, alguna ruca de indio, cuyas mujeres, ocupadas en tejer ponchos y en moler maíz, nos sonreían con dulzura mostrando sus blancos dientes.—"Mai, mai peni", nos decían con esas voces acariciadoras que son un privilegio de la mujeres de su raza.

Otras veces cruzábamos al señor de esos campos, indio, generalmente, de regular edad, de aspecto astuto y severo, que torbo

los finos encajes de hojas y los únicos ruidos que solían interrumpir el silencio eran los pasos, tranquilos á veces, rápidos otras, de los venados que á mí se acercaban sin temor, porque aún no conocían á los hombres civilizados. Me miraban con sus ojazos dulces y tiernos y ahí, á mi lado, se ponían á arrancar las hierbas que libremente crecían.

De repente se presentó á mi vista una extraña torre, construída sobre un cerrillo que dominaba apenas las copas de los árboles; lo rodeaba un extenso potrero pastoso y con uno que otro

arbustos en flor, que parecían pertenecer á la flora de un clima más templado; me recordaba todo aquello, ciertos antiguos y ruinosos edificios que aún pueden verse sobre las pendientes de las Alpujarras. De forma oblonga, con dos ó tres pisos rodeada de un foso profundo cubierto ya por la vegetación que desde largo tiempo atrás principió á brotar en él. Tenía un aspecto extraño y que atraía.

Volví sobre mis pasos, llamé á Cristián que acudió presuroso creyendo que algo me pasaba, y le manifesté mi deseo de dormir esa noche en aquella torre. Se mostró uraño, como intimidado, irresoluto, y por fin me dijo que aquel era un edificio encantado; que nunca el que entró á él volvió á salir.

—Buena ocasión es esta, me dije á mí mismo, para curar el hastío que me domina; y sin más enderezé mi caballo hacia la torre misteriosa.

El pobre Cristián me miraba con desesperación pasar el puente de madera casi podrida que atravesaba el foso y conducía á la ruinosa torre. Después de un rato de indecisión, el fiel indígena dió un alarido y á escape del caballo pasó por las tablas, que crugieron con un sonido sordo y amenazador, como de bestia salvaje á quien se sorprende en su guarida.

—Madre mía del Carmen, murmuró Cristián, poniéndose á mi lado.

Pensé yo que alguna puma habitaba allí, se lo dije al indio y juntos nos preparamos para afrontar-la. Ya iba bajando el sol, un viento frío sacudía los árboles y arbustos que, sin que nadie se los impidiera, habían crecido y dominaban ya en el patio, sobre los muros derruidos, en los intersticios de las grandes rasgaduras que los atravesaban y que los árboles protegían.

Teníamos frío, hambre y un extraño sentimiento pavoroso que parecían comunicarnos esas misteriosas ruinas.

Mientras mi fiel compañero hacía fuego y preparaba nuestra frugal comida, yo con una pistola en cada mano recorría sigilosamente aquellas ruinosas habitaciones, pronto para hacer fuego sobre la bestia feroz que creía se ocultaba en ellas.

Nada encontré, sólo bandadas de murciélagos que austeros se cruzaban torpemente, sin saber á qué atribuir aquella luz repentina que los cegaba, y daban gritos agudos como llamándose para reconocerse.

Gruesos y toscos cerrojos de fierro cerraban las puertas desvencijadas, que cediendo fácilmente al empuje, parecían lanzar hondos y profundos gemidos. Las paredes fueron blanqueadas con cal, que con el tiempo se había caído, dando al suelo un color sucio blanquecino. Se descubrían en ellas vestigios de muebles, altos y elaborados baúles con cerraduras de plata y escudos prominentes; restos, hechos tiras, de antiquísimos tapices.

Seguía avanzando con sorpresa ilimitada, hasta que me detuvo una puerta herméticamente cerrada, en mejor estado que las otras, atravesada por pesada cadena de plata; dí una feroz patada que hizo saltar la puerta en astillas y entré á una sala muy oscura con fuerte olor á vejez, á sahumero peruano, á esencia de rosa, á humedad, á encierro, que daba náuseas. Se me oprimió la garganta y quise retroceder, cuando de nuevo creí oír la irónica carcajada. . . No pude huir, una fuerza extraña parecía detenerme. Como pude, tropezando y ahogándome, llegué hasta una ventana que abrí; el viento y un rayo de sol débil penetraron juntos para darme aliento.

Pude admirar, en medio de aquel terral de siglos, los ricos objetos que llenaban esa habitación, que parecía haber servido de dormitorio á alguna opulenta dama, pues en medio había una cama de ébano ricamente tallada, con incrustaciones de nácar y de marfil, de pesadas colgaduras recamadas de oro y costosos flecos. Parecíame estar en un bazar oriental de tapices persas, de telas bordadas de pedrerías, de muebles preciosos, de armas magníficas. También podía ser habitación de un fastuoso corsario. El nido de águila, talvez, donde algún soberbio castellano ocultó sus amores.

Yo estaba transtornado y luchaba por triunfar de esa alucinación que me hacía oír ruidos extraños, murmullos, risas, profundos suspiros. Los que se mueren, ¿seguirán viviendo? me preguntaba en mi locura extraña.

Volví á donde Cristián me esperaba con aterrorizado rostro.

El crepúsculo vespertino cubría de sombras y de luz aquel recinto, haciéndolo aún más triste.

Decidimos con el indio irnos cuantos antes de aquel antro misterioso, que era, sin duda, asilo de bandidos.

Los caballos enjaezados temblaban de miedo; los tomamos de las riendas, dirigiéndonos al puente, ¡horror! había desaparecido! Nos encontrábamos sin tener salida posible y la noche helada y oscura nos impedía ver á un paso de distancia.

Con el peligro nos volvió el valor y la calma; apretámonos los cinturones, cargamos las armas, encendimos una gran fogata y nos metimos en un rincón donde pudiéramos observar sin ser vistos.

Largas y mortales fueron aquellas horas; á Cristián lo rindió el sueño, mientras yo velaba con los ojos abiertos y la imaginación despierta.

De pronto oí ruido: al resplandor de las llamas vi adelantarse una figura extraña: era una armadura que andaba sola, con la viscera calada, las manos enguantadas de acero, y cada paso que hacía mí daba era seguido de un ruido como de esqueleto que se desarma. Quise moverme, despertar á mi compañero, pero ni mi voz ni mi brazo me obedecieron. ¡Ya no tenía miedo, ya podía contemplar esa extraña visión!

Sus ojos cavernosos despedían pálidas luces; su voz, cuando cerca ya de mí me dirigió la palabra, era profunda y fría.

—Oyeme, me dijo con autoidad; hace dos siglos fui un corsario español, y espío aquí mis crímenes. . . llorando aún la pérdida de mi amada, añadió con terrible acento. ¿Quieres escucharme? continuó. Tengo que confesar mis crímenes para salvarme. . . y nadie, nadie se atreve á penetrar aquí. . . ¿Quieres oírme? repitió con profundo acento.

—¡Habla! díjeme más muerto que vivo y balbuceante.

—Nunca supe quiénes fueron mis padres. . . me crié solo entre los peñascos de las Alpujarras. Una vieja contrabandista me recogió, casi sin vida, entre las breñas, y á ella debí el vivir. . . ¡Ah! desgraciado! Era hermoso, ágil y valiente. Nadie me aventajó en manejar el puñal, nadie como yo derribaba el águila con la saeta, ni nadie me aventajaba á robarle sus nidos en los altos despeñaderos; partía por medio á los lobos hambrientos, abriéndoles sin piedad las fauces mortíferas, saltaba con agilidad sobre altísimos y profundos precipicios y mi fama creció por la comarca.

Mi corazón fiero y sañudo no conocía más amor que el de mi vieja Agueda y el de mis valientes perros que en jauría me seguían. . . ¡No tuve jamás compasión; no la conocí siquiera! . . . Por la menor contradicción hundía mi puñal hasta el puño en el corazón que se atrevía conmigo. Como lo ves, yo era una fiera bárbara y vil.

¡Perdonadme, Señor! Un doloroso gemido interrumpió esta confesión. Yo estaba mudo, anonadado, incrédulo; miraba á todos lados y no veía ni sombras de otros bandidos, pues yo creía que era presa de una farsa para amedrentarme y robarme. Cristián roncaba y yo me sentía sin fuerzas para despertarlo. La voz profunda, como trueno subterráneo, continuó:

—Los hombres me temían, las hembras me lloraban de amor; pero mi corazón era insensible: las rechazaba con desprecio! . . . Cansado de tal vida, me enrolé en un buque corsario que, camino de las Indias, iba á capturar los bajeles que venían cargados con los quintos que el Perú enviaba al Rey.

—Corría nuestro barco veloz y atrevido por aquellos mares, despojando, hundiendo, robando, matando. Horribles eran los gritos de las orgías con que ahogábamos la alegría de nuestros triunfos. La sangre de las víctimas corría, al par que el vino, enrojeciendo la cubierta, donde se tropezaba con los cadáveres y se oían las maldiciones de los agonizantes, los lamentos de los esclavos encadenados. ¡Ah! . . . ¡Ah! . . . Varias mujeres prefirieron arrojar-se al mar embravecido antes que verse mezcladas en esas escenas infernales. ¡Yo contemplaba impasible esos horrores; ya te dije que desconocía la piedad! . . . é igual á los demás, hacía saltar de un puntapié al mar al que imploraba mi clemencia.

—Cansados, ricos ya, quisimos pasar unos días en tierra, y



Al resplandor de las llamas ví adelantarse una figura extraña. . .

después de vender nuestra carga de esclavos, hicimos rumbo al Perú; queríamos conocer á la opulenta Lima, la sensual reina del Pacífico.

"Anclamos en el Callao, donde fuimos recibidos con júbilo y admiración, después de oírnos relatar nuestras valerosas hazañas para proteger los bajeles de S. M. C.

La capital estaba de fiesta, celebrando la llegada del nuevo Virrey, á quien acompañaban su esposa y su hermosa hija.

"Lujosos, alegres, ricos y dádivosos, llegamos un día á la plaza de toros. Yo iba á lidiar y me había ataviado con esplendidez; todos me sonreían... En el palco del Virrey me llamó la atención una niña encantadora, de tipo andaluz, con ojos de fuego y cabellos rubios, que fijaba en mí su mirada. Yo, extasiado la contemplaba, poseído de un sentimiento desconocido que me llenaba de una dulzura inefable. De pronto la oí dar un grito y caer como desmayada; me volví al sentir cerca de mí el rugido del toro que quería cogerme; rápido salté hacia atrás, empuñé el puñal y lo clavé en la frente de la bestia, que derribé á mis pies sin vida. La gritería era atronadora; caían cerca de mí flores, cintas, pañuelos, frutas, joyas, mientras que yo, indiferente á todo, sólo veía á la encantadora niña que me salvó... ¡bendita sea ella!... y que sonriéndome se quitaba del pecho un manojo de claveles rojos; me arrodillé ante el palco y recibí de sus manos las perfumadas flores... Ya no pensé más que en dedicarle mi vida. La pedí á su padre, el que me recibió en su palacio y quiso saber quién era yo... Toda su lujosa corte oyó con interés la mentida relación de mis hazañas, mientras él se sonreía acariciando sus barbas. Contaba mis primeros años, mis luchas con las fieras... y él, mudo, sonreía... Pajes con ricos trajes de terciopelo y raso servían licores en vasos de oro, que rehusé cuando llegó mi turno... ¡había concluído!... El Virrey reía, desparramando el licor de la copa... Después de cierto tiempo, con voz altanera y soberbia expresión, me dijo: "Eres villano, y mi hija es noble..." y sin más, señalándome la puerta, se volvió hacia su más próximo cortesano. Iba yo á arrodillarme, á implorar; de nuevo, con su brazo extendido y fiero acento, "Salid", me dijo.

Nada veía yo, me flaqueaban las piernas, me abandonaba la energía feroz que dominaba en mi vida... y así me dirigí, como sonámbulo, á la puerta. De pie en la calle, cerca del portalón del palacio de los virreyes, estaba inerte, atontado... sentí caer algo cerca de mí... alcé la vista automáticamente y vi la hermosa visión que, con un dedo en la boca, me sonreía... Me

volvió la vida, me sacudió el recuerdo de la feroz injuria y mi pecho se llenó de rencor... Lef el papel... ¡era una cita de mi adorada!... ¡Volvió á mi alma la dulzura!

"¡La vi, me juró amor, y salí creyendo en Dios, amando á sus criaturas, llena mi alma de compasión... de generosidad mi corazón!

"Pasó el tiempo necesario para levantar esta casa que engalané con lujo estupendo para mi adorada Ximena.

"Me la robé una noche... ¿por qué su padre no la guardó mejor? Apretada contra mi amante pecho la llevé en mi caballo hasta una ensenada, donde, con anclas alzadas, nos esperaba el hermoso bajel que nos condujo hasta este nido perfumado que con tanto amor le preparé... Fuimos felices.—De nuevo un silencio y un fúnebre gemido interrumpió la relación que me interesaba. Ya no tenía miedo, había perdido la noción de todo aquello que me rodeaba.—¡Fuimos muy felices! continuó.

"La leyenda de una mujer blanca y rubia que vivía entre los araucanos y era la esposa de un **huinca** valeroso, llegó á oídos de los jefes españoles... Tomaron datos, y ya no quedó duda á don Gonzalo Manríquez de Urrutia que esa mujer blanca y rubia era su prometida, la hija del Virrey que con ahinco buscaba... ¡Hombres miserables!...

"Sonó un día el grito de guerra... se cruzaron los chasques por las agrestes selvas... En un sitio lejano y desconocido se juntaron los indios en parlamento, y decidieron hacer guerra á muerte al español. Una diputación pidió al **huinca** que fuera con ellos... Latió mi corazón y en mala hora accedí á sus deseos. Ximena, por primera vez, lloró, y yo, asustado, la estreché contra mi corazón atormentado de cruel presentimiento.

"Cargados de armas, de caballos y trofeos, volvimos victoriosos á nuestros hogares...

"¡Yo no encontré á Ximena!... nuestro nido de amor desierto y solo... nuestro pequeño hijo desaparecido también!...

"Loco de desesperación, me clavé el puñal con furia en el corazón. ¡No pensé en Dios... no invoqué su clemencia!..."

Sentí que me sacudían con energía. Abrí los ojos, que, sin duda, tenía cerrados.

—Despierta, amito, me decía; ya amanece y la jornada de hoy tiene que ser larga.

Me enderezé.

—¿Y la torre? ¿y el fantasma? ¿Qué se hicieron?

—Estabas soñando, y suspirabas, me dijo Cristián.

GA'VERRA



PAISAJE DE OTOÑO

CUADRO DE EUGENIO GUZMAN O.



EL RINCON DE LOS CARBONEROS

CELEBRE PAISAJE DE TH. ROUSSEAU

SIN QUERER



CURRE en el mundo cosas así; se diría que la casualidad, inteligente, se complace en arreglarlas... ó en desarreglarlas. En el presente caso, la casualidad dispuso que Juaniño de Rozas y Culás de Bonsende, oyendo toda la vida hablar el uno del otro, contar el otro la proezas del uno, hartos de

alabanzas á la guapeza recíproca, no se hubiesen encontrado, lo que se dice encontrarse cara á cara, jamás.

Cierto que concurrían á las mismas fiestas; es indudable que allí pudieran haberse tropezado; imposible negar la hipótesis; pero fuese porque, lo repito, la casualidad es el diantre, ó porque á veces la ayudamos nosotros, hay que consignar el hecho, ya tan comentado.

Juaniño de Rozas no había cruzado la palabra con Culás de Bonced, —y las respectivas parroquias ya lo hallaban extraño, *shocking*, diríamos, si el ambiente no lo vedara.

Los que conocen tan sólo á la España superficial y epidérmica, creen que esto de la guapeza y la fanfarronería pertenece al Sur, como el sol, las naranjas y las palmeras. Los valientes, que comparten con el buen vino el privilegio de durar poco, parecen pintables en pandereta, pero no acompañables con gaita; y, sin embargo, los que hemos nacido en tierras de nublado cielo, sabemos hasta qué punto nuestros temerones achican á los majos andaluces, hasta en la hipóbole, que es la forma retórica de los guapos.

Paisanos somos de aquel soldadito, al cual se propusieron “tomar el pelo” unos cuantos del Mediodía contándole cómo el uno había

escabechado á más de 20 mambises y el otro había defendido él solo un fortín, rechazando á 400 de negrada.

—¿Y tú, qué hiciste, gallego?—preguntaron irónicos, al ver que el soldadito escuchaba sin despegar los labios.

—¿Yo?—respondió él levantando la cabeza.—Yo... ¡morrín en todas las batallas!

No sé si serían capaces de esta homérica respuesta Juaniño y Culás, pero si lo eran de repetir, á su modo, el célebre reto del Romancero:

“Y siquiera salgan tres,
y siquiera salgan cuatro,
y siquiera salgan cinco,
y siquiera salga el diablo...”

cantando en tono irónico, de desafío, al pasar de noche por el sitio más obscuro, requiriendo la garrota claveteada:

“Yo soy hombre para dos...
Esta noche ha de haber leña...”

ó cualquiera otro de los retos que atesora la musa popular.

No obstante, por muchas canciones que den al viento, es imposible probar la guapeza cantando; llega un día en que es preciso también solfear, y de firme. Los gallegos guapos, profesionales, tienen, respecto de los andaluces, la desventaja de “trabajar” para un público más escamón, crédulo solamente en lo supersticioso, y de tejas abajo, desconfiadísimo. Por algún tiempo se sostendrá una reputación sin pruebas positivas; al cabo habrá que darlas, ó caer del pedestal entre solapada burla. Juaniño y Culás llegaron á comprender que el hecho de no haberse afrontado les com-

prometía seriamente ante los mozos rifadores, los sesudos viejos petruccios, las mocías hipócritamente cándidas y las viejas medrosicas, que á todo se persignan exclamando:

—¡Asús, Asús me valga, mi madre la Virguene!

Las dos parroquias tenían su honor; el consabido honor de andar á porrazos, puesto en manos de Culás y de Juaniño, sus campeones; no era cosa de sufrir que lo empañasen no administrándose una rociada de las de padre y muy señor mío, con el fin de aquilatar cuál de las dos parroquias, la de la tierra baja ó la de la alta, la ribereña ó la montañesa, puede preciarse de tener hombres más hombres, ¡rayo!

Ya principiaba en las romerías el juego de dichos, insultillos y burletas. Como los héroes de Homero, los mozos de Rozas y de Bonsende se ejercitaban en la inventiva, esperando el instante en que Aquiles se midiese con Héctor. Había risotadas ofensivas, fumaduras de tagarrina impertinentes, escupiduras de costado y puños que apretaban mocas y cardeñas, ó que, con sentido más modernista, se deslizaban en la faltriquera, cerciorándose de que estaba allí, cargado y brillante, el revólver... Porque estos adelantos de la civilización han llegado á las idílicas aldeas, y el comercio de navajas y armas de fuego es activo y fructuoso, y cada noche, en las carreteras, resuenan detonaciones, no se sabe contra quién...

A la salida de misa, funcionaban activamente las lenguas. Se convenía en que si Juaniño y Culás no se daban prisa á despachar "aquel cuento", sería difícil, en la primer fiesta, contener á los demás mozos, impedir que se enredasen, según andaban de alborotados... Y todos convenían en que, á suceder tal desdicha, muchos emplastos habría que aplicar al día siguiente y no pocos pesos que aflojar para que se certificasen de leves y curables, en cortos días, heridas gravísimas, y evitar que más de cuatro rapaces de bien fuesen "echados" á presidio...

En vista de esto, Culás, el más vivo de los dos guapos, vió claramente que no era posible retrasar el encuentro; había llegado la hora...

Como el matador remolón en la plaza de toros, sintió la voluntad colectiva substituyéndose á su voluntad personal, y decidió, aquella misma tarde, decirle dos palabritas á Juaniño, que tornaría de la feria por el camino del crucero.

Bajo el crucero mismo se apostó, encendiendo un papel y sacando fumadas lentas, con ademán despreciativo. Lo que pensase en su alma Culás de Bonsende, eso lo sabrá Dios, pues sabe hasta lo que la policía ignora; pero el gesto era gallardo, la mano no temblaba, ni en el tostado semblante había rastro de palidez. Las patillas rojas del mozo relumbraban como hilado cobre á los últimos rayos del sol, y sus ojos verdes, de gato joven, relucían fieros.

Volvió Juaniño de la feria cabalgando un jaco peludo que aca-

baba de merear. Como era un mocetón hercúleo, las piernas casi le arrastraban, porque el "facatrús" pertenecía á la exigua y resistente raza del país.

Al oír las pisadas del caballo, Culás tiró el cigarro y empezó á silbar desdenoso, atravesándose en el angosto camino. Y como Juaniño, sin hacer caso del obstáculo, intentase pasar, el de á pie abrió los brazos y gritó ásperamente, con claridad y estridencia de gallo arrogante:

—¡Eu! ¡No se pasa! ¡Bajarse del caballo, que aquí está un amigo!

La salvaje ironía de la última frase fué bien comprendida... Juaniño pensó para su chaqueta:

—Vamos... No hay remedio... Milagro que no fué antes...

Pausado, frío, descabalgó y amarró al castaño más próximo su ridícula montura. No había pronunciado palabra, ni Culás añadido ninguna á las ya articuladas. Así que sujetó al jaco, volvióse, y preguntó lacónico:

—¿Qué se ofrece?

El ademán fué la respuesta... Culás hacía molinetes con su garrote en el aire.

Juaniño asintió. No valía aplazar. No sentía, en el fondo de su alma, ni chispa de mal querer contra Culás. No mediaba ni una rapaza bonita, ni un vaso de vino, ni una brisca mal jugada. No pleiteaban. No se habían hablado. Y era necesario que se agarrasen. Lo exigía el honor de dos parroquias. El único honor que ellos conocían.

Y cayeron el uno sobre el otro. Juaniño, especie de gigantón, parecía llevar ventaja; sólo que Culás era más ágil, más diestro. Sin sospechar ni el nombre del "jiu-jitsu", poseía sus tretas. Asestó cierto golpe al tórax ancho, y Juaniño se tambaleó, aturdido, pronto á desplomarse. Más antes tuvo tiempo de descargar, maquinalmente, el puño sobre la cabeza de su adversario, que se dobló como un muñeco de goma.

Ambos cayeron al suelo. Volvieron á erguirse. La lucha se reanudó entre sofocadas intejeciones.

Se habían propuesto no emplear armas. No era cosa para dejar el pellejo. ¡Si no se querían mal! Pero al recibir otro porrazo cruel en la cara, Culás, viendo estrellas y círculos rojos ante sus pupilas cegatas, echó mano al cuchillo... ¡Juaniño se derrumbó! No hubo sangre. La herida sangraba por dentro...

Culás se alzó. El, en cambio, estaba como un carnero degollado: por narices y boca arrojaba hilos purpúreos. Corrió á lavarse en una fuente. Y corrió más después, porque comprendía que, no se sabe cómo, había matado á un hombre, y la justicia le echaría mano... No quedaba más recurso que esconderse unos días, arreglar en Marineda el asunto y embarcar para Buenos Aires.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN



ANTIGUO PUENTE DE CAL Y CANTO

CUADRO DE RAMON SUBERCASEAUX

EL ABATE GAFFRE

En estos momentos, acuden á nuestra tierra americana numerosos conferencistas, entre los cuales se destacan las personalidades de Blasco Ibáñez, de Altamira, de Ferri, de Clemenceau y de Castany. Se habla de arte y de ciencia, de religión y de historia; se toca todos los variados tópicos de interés social y humano; se invoca ideas y sentimientos para la solución de los graves problemas que agitan al mundo moderno. Todas las escuelas y todos los sistemas se previenen para el combate, el eterno combate entre la luz y las tinieblas que desde tantos siglos viene dividiendo á la humanidad, que eternamente corre tras de un ideal que nunca se realiza.

El abate Gaffrese presenta como un cruzado de las aspiraciones idealistas y de los principios religiosos, como un paladín armado en guerra en contra de la propaganda que ardorosamente llevan adelante las escuelas del libre pensamiento y la filosofía positiva.

¿Quién es Gaffre? Es sencillamente uno de los más elocuentes oradores de la cátedra católica francesa, una de sus personalidades más brillantes; es el nombre de las más elocuentes campañas religiosas de los últimos tiempos. "El Fígaro", hablando de él decía: "Parece innecesario trazar el retrato del abate Gaffre, con motivo de una nueva campaña oratoria á la cual tantos triunfos y de la mejor ley han precedido y que garantizan de antemano su éxito futuro. El abate Gaffre me parece en el momento actual, el más elocuente y el más completo de los oradores de nuestro clero y entre sus conferencistas. Es, por otra parte, el más aceptado y el más de moda. Es preciso renunciar á oírle en las iglesias en las cuales se presenta, si de antemano y con previsión no se toma el asiento y con gran anticipación á la hora fijada".

"En Santa Clotilde, en donde predica regularmente desde hace cierto número de años la cuaresma, el eminente cura de esa parroquia, M. Gardey, no pudiendo privar á sus feligreses de tan valioso concurso, les permitía estacionarse en las sillas desde la una hasta las cinco, hora en que el abate debía iniciar sus conferencias.

"En América, en donde se sabe apreciar las cosas en su justo valor no habrá, sin duda, de manifestarse menor solicitud. Para llevar adelante su obra el abate Gaffre deberá renunciar á sus vacaciones. En cambio los americanos podrán escuchar una de las voces más elocuentes de la cátedra y del púlpito moderno, una imaginación extraordinaria y una palabra candente que remueve las almas hasta lo más íntimo, y las más delicadas de sus fibras.

"Lo que me han propuesto al llamarme á América, decía el eminente orador, es hacer oír á la parte intelectual y cristiana de esos países una palabra capaz de contrabalancear la influencia de otros conferencistas que han ido á sembrar al nuevo mundo

teorías y doctrinas que, no por estar muy esparcidas en el viejo, dejan de ser menos corrosivas y menos perniciosas.

"Y la mejor prueba de ello es que han tenido cuidado de indicarme temas que correspondan á las preocupaciones y las discusiones de la parte más ilustrada y adelantada de la opinión. Trataré, por supuesto, esos asuntos, más reservándome el derecho de adaptar mi programa á las circunstancias, después de haberme puesto en contacto con mi auditorio. Ya varias sociedades, sabiendo mi próxima llegada, me han escrito pidiéndome discursos. Pero las condiciones aceptadas por mí me dejan la absoluta libertad de mis movimientos. Distinguiré mejor *Servatis servandis*, en el terreno cuales sea las que haya de aceptar y cuales conviene que no acepte".

De acuerdo con sus propósitos, el abate Gaffre tocará las mas altas cuestiones de la vida y de la estética modernas, los problemas que agitan á las multitudes y que traen agitados los ánimos del mundo moderno. Hablará del fin superior del arte en la educación de un pueblo.

Tocará también las reivindicaciones del feminismo moderno, precisamente uno de los puntos que más han apasionado á nuestra sociedad con motivo de las bulladas conferencias de Ferri, que ha colocado á las mujeres en puesto subordinado respecto del hombre. Gaffre estudiará la cultura intelectual de la mujer y la ampliación de los lazos del matrimonio dentro de las tradiciones católicas y las exigencias de la vida contemporánea.

Otro asunto no menos interesante, será el de los conflictos entre la ciencia y la fe, investigando los diversos elementos de solución de esos conflictos. Aquí se entrará de lleno en las más arduas cuestiones levantadas por la ciencia, y en los problemas morales que con ella se relacionan.

Lo que la religión puede decir respecto de la democracia, y también lo que puede hacerse en favor de la democracia y de las clases menesterosas.

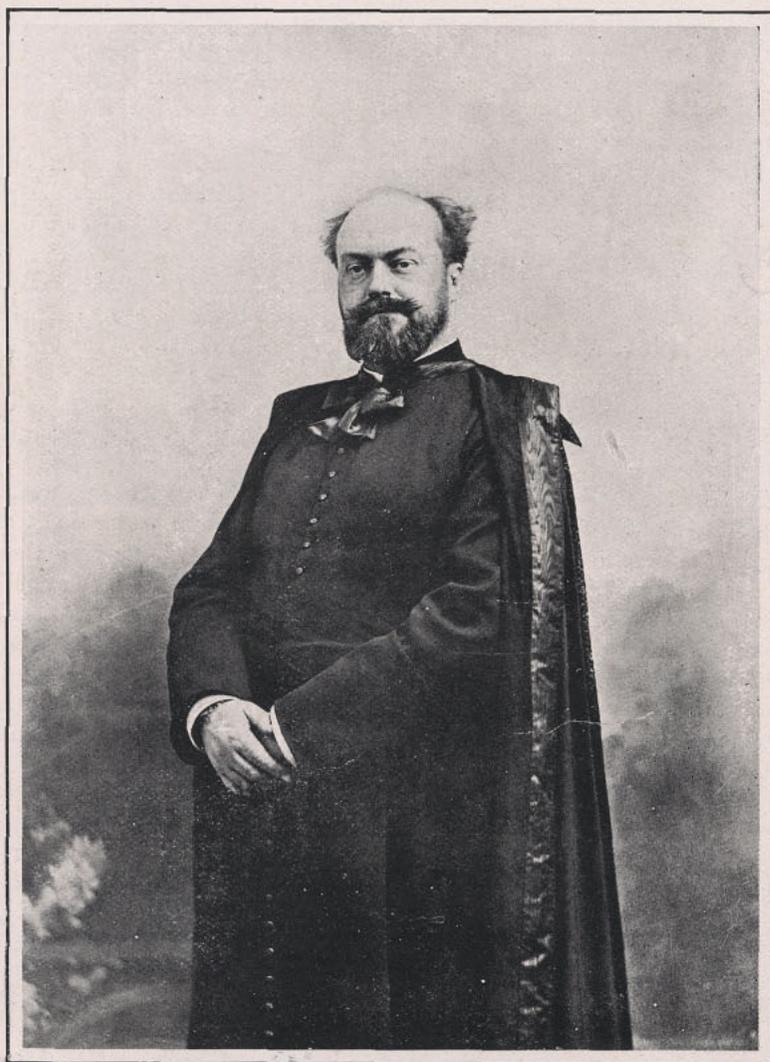
El corazón de la mujer caritativa como elemento de solución de las crisis so-

ciales. La idea de patria, su constitución y su porvenir.

También pensaba tocar el abate una idea que no sería muy bien recibida entre nosotros los chilenos, el principio, en otro tiempo formulado por los argentinos, de que la victoria no da derechos. Eso, en estos momentos no sería oportuno y estamos ciertos de que no se escapará al tacto del gran orador sagrado.

En suma, la llegada de Gaffre será un grande acontecimiento para el público de Chile, que desea escuchar todas las frases de los grandes problemas del día, tratados por los grandes pensadores de nuestra época.

FERNAN RUIZ



La Exposición Internacional

de Bellas Artes

Mi espíritu vacila y la mano me tiembla al tomar la pluma para escribir esta sumaria revista de la Exposición de Bellas Artes, la más incomparablemente grande, rica y variada que haya podido admirarse en Chile hasta la fecha presente.

Agradeciendo á SELECTA el honor que me ha hecho al encomendarme esta difícil tarea, he debido solicitar la valiosa cooperación del señor Richón Brunet, para que, dividiéndonos el trabajo por secciones, podamos estudiar más detenidamente las que á cada cual nos correspondan. Las notas consignadas en estos artículos serán históricas é ilustrativas mucho más que de crítica pura, al menos por lo que á mí toca, pues juzgaría ridícula presunción de mi parte la de emitir fallos sobre las producciones europeas de pintores mucho más talentosos que yo, y que, en el mundo artístico, ocupan situaciones hartó más elevadas.

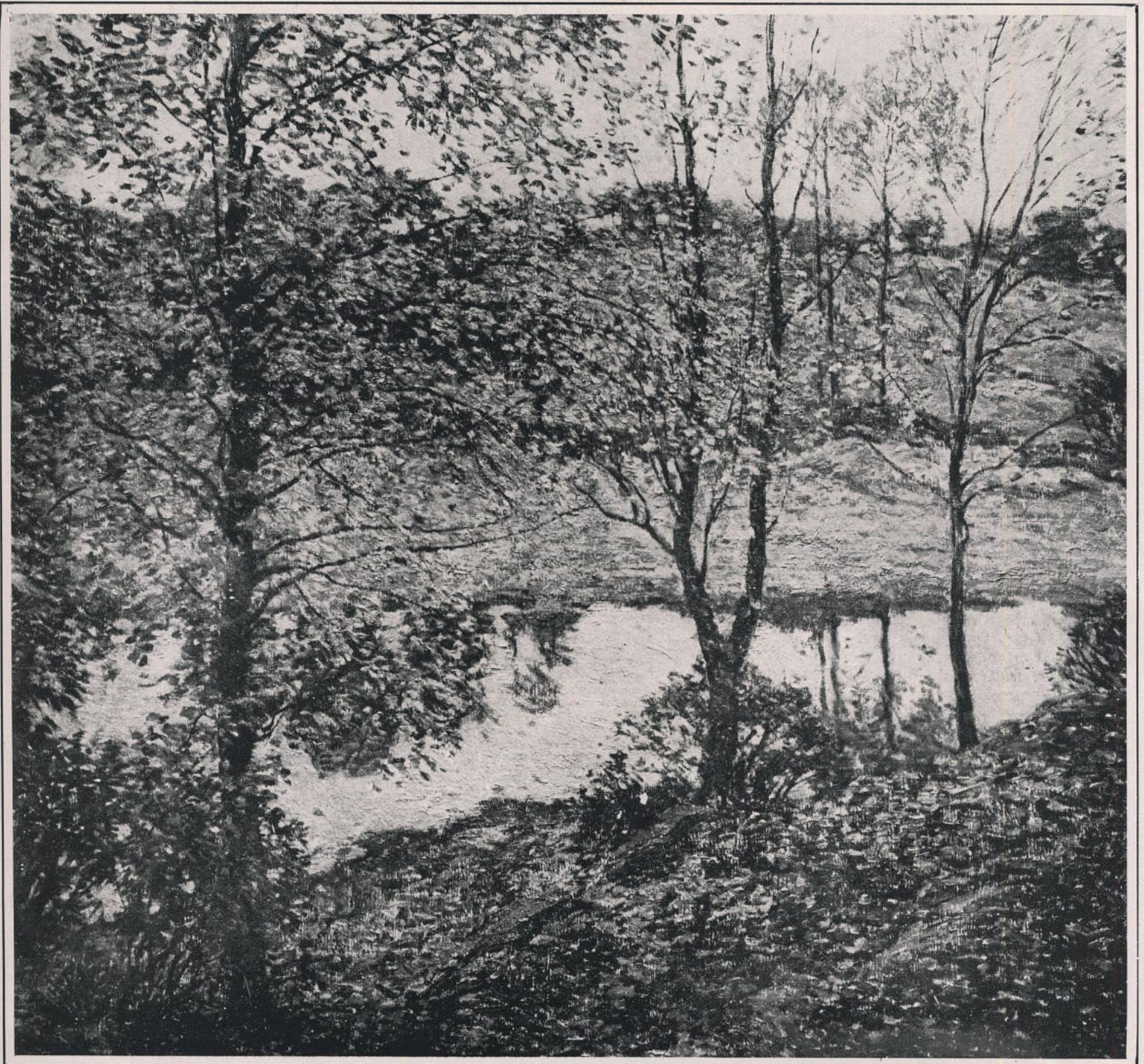
No me detendré á elogiar la obra arquitectural del Museo y de la Escuela de Bellas Artes. El distinguido creador de ese soberbio palacio, don Emilio Jequier, ha sido objeto de las más justas y entusiastas ovaciones, á las que nada agregaría el eco de mi personal admiración. Monumentos como el que él acaba de levantar y como el Palacio de los Tribunales que construye el señor

Doyère, elevan el espíritu, educan el gusto y honran á nuestra capital.

Sería una punible omisión la de no recordar en este momento la poderosa iniciativa del Consejo de Bellas Artes, y su empeño perseverante en la conclusión de esa gran empresa, que ha venido á coronar la espléndida exposición internacional que deslumbra nuestra vista. Tributemos también nuestros elogios y agradecimientos al señor Alvarez de Sotomayor, que fué el primero en concebir y lanzar tan generosa idea.

• •

Sin más preámbulo que lo anterior, entremos ya decididamente en materia; y, después de recorrer con avidez y premura las salas numerosas que encierran ese complicadísimo resumen del arte mundial, saludemos desde luego á la gran república de los Estados Unidos, por sus sorprendente adelantos, que la autorizan á colocarse dignamente al lado de las grandes escuelas europeas. Saludemos también á nuestras hermanas de Sud América, el Brasil, el Uruguay y la Argentina, que se inician con lucimiento en la vida



EL BIOMBO DORADO

(Sección norte-americana de la Exposición Artística del Centenario)

CUADRO DE WILLARD L.



CORTANDO MODELOS

CUADRO DE EDMUNDO TARBEED

(Sección norte-americana de la Exposición Artística del Centenario)

del arte; y reconozcamos, con cariñoso sentimiento nacional, el honroso puesto que nos corresponde en este florecimiento artístico.



Entrando á las salas europeas, las grandes naciones exhiben, cada una de ellas poco menos ó poco más de cien pinturas al óleo, con excepción de la Inglaterra, que expone un número mucho más crecido y fuera de proporción con los envíos de los demás países. Las naciones pequeñas, como Bélgica, Holanda y Portugal, presentan, como es natural, mucho menor número de obras. Por excepción, el Austria se halla apenas representada; y la Rusia no figura absolutamente.

Sin hablar de estas dos, podemos formarnos una idea de las diversas escuelas modernas con lo que tenemos á la vista.

Esta idea no será completa, sin embargo, porque en la representación de cada país nos faltan muchas firmas de primer orden, particularmente entre los artistas franceses. Otros, en todas las secciones, se encuentran tan insuficientemente representados, que equivale á no tenerlos.

Tomándolas á todas en conjunto, podemos verificar desde luego que en esas secciones prevalecen estas tres intenciones dominantes: el realismo en la elección é interpretación de los asuntos; el estudio preponderante del color y del medio ambiente de la atmósfera que envuelve los objetos; y finalmente el estudio de la técnica pictórica.

La pintura literaria y la pintura moralizadora, preconizadas por Diderot, han muerto de una manera definitiva. Ha desaparecido también la escuela romántica, que tan grandes artistas produjo á mediados del pasado siglo. Los ensayos de una vuelta hacia el siglo XV, poniendo en honor la escuela prerrafaelista, no han podido triunfar en país alguno, ni aún en Inglaterra, que es

donde su adeptos, encabezados por Dante Gabriel Rossetti, Burnes Jones, sostenidos por la pluma genial de Ruskin, alcanzaron á abrir una brecha más ancha y á cautivar más profundamente la atención pública.

En cuanto á la llamada escuela *impresionista*, no ha crecido el número de su afiliados, si bien muchos pintores ha aprovechado sus investigaciones prolijas sobre la luz y la descomposición de los colores. Acaso tenga razón el conocido crítico francés, R. de la Sizeranne, cuando dice que "el impresionismo no es una escuela, sino un invento que ha de beneficiar á todos los pintores".

El estudio del desnudo, la pintura simbólica y el cuadro de imaginación, los encontramos en todas las escuelas; pero en nuestra época no figuran en ninguna de ellas sino á título de excepción; son como flores y frutas exóticas, de aquellas que solo se desarrollan en la atmósfera artificial de los conservatorios. Hay esto de particular, sin embargo, que, aunque exóticas en todas las latitudes, en todas las zonas se las cultiva y aprecia. ¿Por qué? Sin duda por que corresponden á una necesidad persistente del espíritu humano. Así es como vemos aparecer el desnudo, lo mismo en las exposiciones de la nebulosa Albión, donde no escandaliza á las furibundas ladys, como en las de la ardiente y clásica tierra italiana.

Pero esas ramas del arte, lo repetimos, no dan la característica de ninguna escuela moderna. El rasgo dominante siendo, muy al contrario, el realismo, los géneros predilectos de las escuelas contemporáneas han debido ser y son en efecto, el retrato, el paisaje y las escenas de la vida actual.

Oponiendo el documento pictórico al documento literario, y dando á aquel la preferencia, se ha ido hasta el punto de pintar algunos personajes antiguos (particularmente los de la historia de Jesús) con los trajes de hoy, en habitaciones de hoy ó en los campos que el pintor tiene á la vista, ya sean de Inglaterra, Francia ó Italia.

Es verdad también que para proceder de ese modo han podido los artistas escudarse con ejemplos tan altos como los que dieron en su tiempo Pablo Veronés, el magnífico, y Rembrandt, el divino misterioso.

Por doquiera que estendamos nuestras miradas, encontramos pues, visible y dominante la tendencia realista, hasta en las escenas bíblicas del alemán Uhde y las que han pintado los franceses Lhermitte y Cazin, notable este último por su ternura sencilla y por su poesía en lo humilde.

En la vida real, tropieza el artista con dos obstáculos para su obra, cuando se dirige á las altas clases sociales: la primera es la dificultad para procurarse modelos vivos; y la segunda, las perpetuas variaciones de la moda, que hacen parecer ridículo hoy lo que fué hermoso y elegante ayer.

Así, aún sin remontarnos á las extravagantes formas del traje femenino que ha pintado el inmortal Velásquez, ¿á quién parecerá hoy graciosa la deforme y tiesa crinolina de hace poco más de cincuenta años? Ni ¿qué decir de estos grandes canastos que, á guisa de sombreros, acaban de usar nuestras bellas damas, sin sospechar acaso hasta qué punto parecían sus extrañas siluetas desproporcionadas y ridículas á cualquiera que cultivara gustos estéticos?

En cambio, el obrero y el campesino viven libres de modas y son de fácil acceso. El primero ha tenido, entre otros intérpretes, al holandés Israels; y, ante que éste, al gran Millet había pintado al campesino y la vida rústica con un sentimiento, una sencillez y una penetración incomparables. Estos nobilísimos artistas ennoblecieron el género que cultivaban y abrieron con sus obras una ancha puerta á los pintores que se sintieran tentados de seguir sus huellas.

Algo habría, sin embargo, que decir de las vastas proporciones que dan á sus figuras muchos de estos autores. Los maestros del género, muy atinadamente á nuestro juicio, han preferido de continuo las pequeñas dimensiones; y sólo por rara excepción han dado á sus figuras las proporciones del natural. El gran tamaño de éstas proviene á nuestro entender, en los más de los casos, de la necesidad de hacer ver en las exposiciones, donde el interés se halla solicitado por todas partes, y en las cuales podría fácilmente pasar desapercibido un cuadro pequeño. Pero de ese modo no quedan para tales obras más compradores que los museos, cuando, en un tamaño reducido, podría disputárselas todo el público; fuera de que no hay objeto en escribir un libro para lo que pudiera decirse en un simple artículo de prensa, ni para qué elegir una tela monumental cuando el tema habría estado mejor en un cuadro modesto.

En un artículo de introducción, como es éste, y no hallándose terminado todavía el catálogo que servirá de guía al visitante, nos ha parecido más útil discurrir sobre consideraciones de un orden general, como las que preceden, que entrar en apreciaciones particulares sobre las diversas escuelas, mucho menos aún ocuparse de autores determinados.

Veamos primero los conjuntos; tratemos de percibir las grandes líneas del vasto problema que tenemos ante la vista; empecémosnos por conocer el campo donde vamos á operar; y una vez que sintamos nuestro espíritu preparado para ello, pasaremos más adelante, con fundados motivos de acierto en nuestras apreciaciones. Seamos humildes y aprendamos á desconfiar de nuestra primera impresión. Persuadámonos de que se aprende á ver, como se aprende á hablar, á leer, como se aprende todo.

P. LIRA



UNA BELLEZA DE FRANCIA.—DIBUJO DEL CELEBRE PINTOR INGLES G. C. WILMHURST

La Intoxicación Amorosa



OS escritores y artistas de todas las épocas se han preocupado vivamente de estudiar la pasión del amor, y han emitido al respecto los más variados juicios que son otras tantas manifestaciones de la diversidad de influencias sociales predominantes. No hay poeta que no haya sentido el impulso de arrancar á su lira frases vibrantes, para cantar el amor, ni filósofo que en los momentos de más honda meditación no haya dirigido su mirada escrutadora hacia este tiránico dominador de los espíritus.

Pero ahora son los médicos los que invaden el terreno que hasta hace poco hubiera parecido infranqueable para la ciencia positiva, y los que reclaman el derecho de ocuparse del problema con preferencia á los artistas y filósofos puramente sentimentales.

Nadie podría discutir esta pretensión de los médicos si en verdad el amor fuera, como sostiene Pierre Janet, una enfermedad del espíritu que se apodera de nosotros cuando atravesamos estados depresivos, de agotamiento nervioso, y que evoluciona del mismo modo que las demás psicosis. ¿Es el amor, como asegura el célebre profesor francés, una de las tantas formas de perturbación mental?

M. Maurice de Fleury, que ha dedicado al asunto un interesante capítulo de su libro "La Médecine de l'esprit", sostiene que la pasión del amor, de ordinario fisiológica, se convierte en mórbida cuando se desarrolla en un terreno neuropático, en un individuo de sistema nervioso enfermo. Y hace al mismo tiempo interesante, observaciones respecto de la similitud que existe entre la pasión amorosa y el proceso patológico que puede observarse en los alcohólicos, morfínicos, etc. He aquí, poco más ó menos lo que dice:

Estar apasionadamente enamorado significa no poder vivir lejos del sér querido, experimentar el deseo imperioso de verle á cada

instante, de tenerle siempre al lado y de sentirse cada vez que llega el momento de la separación, por más corta que ésta sea, más enamorado que antes, más intoxicado que nunca.

Otro tanto sucede al morfímano que no puede vivir sin su amada droga, que no encuentra la felicidad sin ella y que más enferma á medida que más abusa. El debilitamiento de la voluntad, el círculo vicioso son los mismos en ambos casos. Entonces, primera conclusión: algunas enfermedades morales evolucionan de análoga manera que las que se estudian en la Facultad. El amor sentimental, principalmente, debe ser catalogado entre las intoxicaciones pasionales con igual título que el alcoholismo, la morfínomanía, la cocainomanía, etc.

¿Asimilar el amor á un veneno? ¡Qué singular paradoja! ¡El amor, lo que hay de más noble en la tierra, la que nos da la vida y nos perpetua, el Santo Amor, fuente de toda dicha.

Pero, enendámonos y precisemos los términos. Tenemos el buen vino que despierta instintos salvajes, feroces y brutales. ¿No creéis también que hay dos amores? Y no me refiero al amor platónico y al amor carnal, pues no conozco otra distinción más arbitraria que esta. Hay dos amores que se diferencian de otro modo: el uno alegre y sano sin remordimientos ni pesares, el amor joven que es el encanto de la vida; el otro, triste, enfermizo, en que hay más lágrimas que risas. Amar es siempre bueno; estar enamorado es otra cosa.

El estar enamorado apasionada ó platónicamente, es un envenenamiento del alma en todo comparable á las intoxicaciones llamadas voluntarias. Este veneno no pertenece á la química mineral ni á la química orgánica, pertenece á la psicología; pero es, en todo caso un veneno y produce los mismos efectos que un veneno. He aquí como M. Henry lo demuestra.

Veamos cómo se comporta un intoxicado voluntario, sea alcohólico, morfímano, fumador de opio en China ó de tabaco en París. Comienza sin entusiasmo. Al principio, el tabaco da náuseas y la primera vez que se abusa de los licores se padece horriblemente del *mal... aux cheveux*. Pero el neófito ya porque oye decir que aquello es bueno ó por hacer como los demás, vuelve á las mismas. Y ya no encuentra en ello tanto desagrado como antes. Lentamente van apareciendo los encantos. El alcohol produce un dulce alegría, la morfina, una beatitud exquisita y el cigarro lleva al ensueño y facilita el trabajo. No se encuentran todavía delicias incomparables, pero sí una agradable pereza, el sentimiento de no responsable y de ceder á algo más fuerte que la propia voluntad. Y como una no es ninguna... En este momento no falta quien se acerque para decirnos:

—Cuidado, amigo, usted sabe muy bien a donde llevan estas cosas.

Se le responde con un encogimiento de hombros. Y á partir de este día, el enfermo se hace embustero. Fuma escondido, se pone sus inyecciones donde nadie lo ve y bebe cuando está solo. Aguza su habilidad para quitar el cuerpo á los que dan consejos, á esos importunos que nada comprenden y que se meten en lo que no les importa. ¿Acaso no, se tiene voluntad para apartarse de ese camino cuando se quiera?

Y ya el hábito se adueña de la víctima. ¡Qué dulce ensueño estar lejos de los hombres groseros con la amiga fiel, la amiga consoladora que jamás se hace rogar, la buena pipa ó la jeringa de Pravaz, la hermosa jeringa de plata que nos espera en su estuche de terciopelo entre sus dos agujas aceradas.

Pero he ahí que la dosis de ayer no basta. Para lograr la embriaguez, el delicioso momento del olvido, hay que aumentarla cada vez más. Entonces comienza la inquietud. Se toma la resolución de renunciar al hábito, no hoy, pero sí mañana. Y la fecha se posterga de día en día. Y cuando llega el momento de decirse, el valor falta, ya no hay voluntad. Vienen los remordimientos, pero no se pierde la esperanza de tener algún día la fuerza de carácter necesaria para libertarse. Pero el veneno llega á convertirse en la grande, la única necesidad de la existencia. Lejos de él no se es bueno para nada. Para comer, para dormir, para despertar la inteligencia, para trabajar es indispensable fumar, beber ó morfínizarse. Mientras tanto, la víctima enflaquece, se pone pálida y triste, no duerme con tranquilidad, no vive, vejeta lánguidamente.

En este momento, tratad de libertar al intoxicado de su veneno. Esto le pondrá horriblemente enfermo. El fumador sin su cigarrillo no es más que un enervado irritable; el alcohólico sin alcohol sufre de "delirium tremens", de alucinaciones, de crisis de furor y de verdadera locura. ¡Y los pobres morfímanos! Hay que haberlos oído llorar suplicando por su querido morfina. Os imploran de rodillas, con las manos juntas y son capaces de hacer todo género de bajezas.

Y todo concluye lúgubramente: la muerte en el hospital, el suicidio ó el asilo de alienados.

¿El remedio? No hay otro que el aislamiento en una casa de salud, lejos de la familia y de los amigos, bajo la vigilancia de



EL MARTIR DE SAN SEBASTIAN CUADRO DE LEMOINE



CACERIA DE LEONES

CUADRO DE DELACROIX

un médico que regule las dosis y las disminuya poco á poco. El tratamiento es duro y largo. Con el aislamiento y las duchas, el médico os devuelve la voluntad. Volvéis sano al mundo..., para recomenzar lo más á menudo, seis meses después.

Ahora, tomemos el caso de un enamorado y decidme si no es poco más ó menos la misma cosa. El "flirt" comienza sin entusiasmo. Ella no es muy admirable ni su conversación tan encantadora. Os sorprendéis de verla tan festejada, de que otros le hagan la corte ó se hayan arruinado por ella. Más tarde el azar os aproxima. Conversáis nuevamente con ella por curiosidad ó por hacer como los demás. Todavía no comienza la embriaguez, pero todo se tolera mejor. Ella es interesante y menos tonta de lo que se hubiera creído. Lentamente comienzan á aparecer sus encantos. Una intimidad progresiva os une y ya se crea el hábito. En este momento, alguien se os acerca para deciros:

—Cuidado, amigo, usted sabe dónde llevan estas cosas.

Contestáis con un encogimiento de hombros porque estáis seguros de no dejaros dominar. A partir de este día... Habría que repetir palabra por palabra lo dicho más arriba, y los versos de Emile Augier, puestos en música por Gounod, se aplican tanto á la jeringa de Pravaz como á la mujer que os domina:

...Elles me viennent, d'ou ma vie
pend désormais
de celle-là pour qui j'ouvrie
ceux que j'aimais.

Sí, el primer tiempo es delicioso. Se goza la dulzura de una intimidad que comienza. Después, se sueña cuando se está solo. se reviven minuto á minuto los momentos pasados cerca de ella

y comenzáis á poner os inactivo, triste, monómano. Sufrís si estáis lejos, os es necesario verla á cada instante y cada nueva entrevista os deja más enfermo, más intoxicado. Queréis romper porque sentís miedo, pero tratad de hacerlo!

Lejos de ella nada vale vuestra existencia; lloráis por estar á su lado y mientras tanto os ponéis pálido, flaco, triste y mal humorado. Y ya es tarde para romper, la separación es un suplicio atroz. Reced en "Safo", la novela de Daudet, la muerte de Aliea Doré y la conmovedora escena del adiós en el bosque de Chaville. Médicamente, Fanny Legrand es casualmente la intoxicación voluntaria de Jean Gaussin.

La forma como esto se termina difiere un poco en la mayoría de los casos. Es cierto que hay "ratés", alienados, asesinos y suicidas por amor; pero á Dios gracias, la proporción de estos es mínima en relación con el número de enamorados que hay en la tierra. Generalmente se sana del amor. Un viaje, un acontecimiento importante de la vida ó el aburrimiento constituyen una terapéutica eficaz. El aislamiento y el alejamiento son los mejores remedios, sin que haya inconveniente para agregar á éstos la ducha. Por lo demás, cuando se está sano, sucede también que á los seis meses se comienza de nuevo con otra, muy raramente con la misma.

Así, pues, termina M. Fleury, puesto que he podido hacer este juego de servirme de las mismas palabras, de repetir las mismas cosas á propósito de la morfina y del amor, el amor sentimental es del mismo orden,—causas, comienzos, síntomas, curso, terminación, diagnóstico y tratamiento,—que las intoxicaciones voluntarias descritas por los médicos.

Solo que entre los venenos el amor es uno de los más benignos, uno de aquellos cuya acción nociva se debilita más fácilmente.





El Husar de Galicia

Don JOSE MIGUEL CARRERA

CUANDO malas estaban las cosas en Chile,—cuando la revolución sólo podría continuar si resultaban felices los esfuerzos de Martínez de Rozas en el sur, quedando, de otro modo, como la manifestación de un deseo de los inteligentes y los oprimidos, pronto aplastado por el egoísmo y el peso de la tradición,—desembarcó en Valparaíso del navío "Standard",—29 de Julio de 1811,—un chileno de veinticinco años que venía de España, donde se había educado y servido con brillo en los ejércitos peninsulares que defendieron de los franceses el suelo español y lo reconquistaron.

El imberbe arribano se llamaba José Miguel Carrera. Nacido en Chile, criado en sus campos como joven centauro, volvía de España educado como un *gentleman*, y con el cerebro, de una admirable inteligencia, lleno de ideas de cuanto había visto y penetrado de la evolución liberal á cuyos fenómenos había asistido en el Viejo Mundo. Venía sediento de gloria. Ya había probado su embriagante copa venciendo, á la cabeza de un cuerpo de húsares, esas falanges napoleónicas que se las daban de haber dominado al mundo. El niño salvaje de los campos chilenos volvía convertido en paladín de ideas nuevas, en héroe de épicas jornadas, con la frente pura y heroica rebalsando ensueños...

Estaba en España, siguiendo una carrera militar poco común, con promesas de rápida fortuna (organizador y jefe de los Húsares de Galicia), cuando le llegaron noticias de la efervescencia de los pueblos americanos, del movimiento liberal, de las aspiraciones de reforma y hasta de independencia que reivindicarían la dignidad de América ofendida por el vasallaje. Uno de esos pueblos era el suyo: Chile, su tierra natal, en el recuerdo de cuyos admirables paisajes evocaba las dichas y los amores de la niñez. Ese pueblo aspiraba á levantarse, romper las cadenas, ser libre, regirse por sí mismo, figurar entre las naciones y las razas que marchan hacia el porvenir. Ya algunos hombres habían emprendido la obra gloriosa. El propio padre de Carrera, y sus hermanos, estaban en el centro de la revolución iniciada. El quiso compartir con ellos esa gloria, contarse entre los libertadores de Chile. Esa fué su noble ambición, la que lo hizo ser, sin duda, el hombre más grande y genial de nuestra independencia, el verdadero fundador de nuestra República; y la que lo hizo ser también, por haber sido demasiado grande, el más culpable y el más desgraciado.

Desde que supo Carrera lo que ocurría en Chile, sólo pensó en venirse, despreciando los galones de jefe español por el fusil de insurgente chileno.

Llegó á Santiago en los primeros días de Agosto de 1811. El error político de Martínez de Rozas y de su círculo, encarnado en el Congreso, estaba dando sus frutos: la reacción, la pérdida de todo el terreno ganado desde la caída de García Carrasco.

Carrera, por su carácter, por sus ideas, por sus ambiciones, no era hombre que venía á servir una reforma más ó menos ventajosa del régimen colonial: venía á ayudar la independencia de Chile, á hacerla á toda costa y contra todos, á ser de ella el jefe.

Las circunstancias no podían ser más favorables: los elementos conservadores y reaccionarios en el Congreso, habían tomado fuerza y cohesión; el partido de la independencia, vencedor el 1.º de Abril, estaba cohibido, deshecho, ante la avalancha reaccionaria que ese Congreso,—pensado y hecho para todo lo contrario,—tuvo la fatal propiedad de producir; Martínez de Rozas en Concepción hacía algo por volver á la lucha; O'Higgins estaba enfermo; ambos habían perdido mucho de su prestigio con los últimos acontecimientos. Era el momento en que la revolución de la independencia tenía que ser hecha de nuevo. Era lo que Martínez de Rozas estaba haciendo en Penco.

La mirada de águila de Carrera lo vió todo de un golpe. El futuro caudillo debió decirse á sí mismo: "La hora es mía".

Hacer de nuevo la revolución de la independencia, hacerla antes que Martínez de Rozas en el sur, y quitarle con eso el puesto que tenía,—que era el primer puesto,—tal fué el plan que Carrera concibió desde que, llegado á Santiago dió el primer vistazo sobre los acontecimientos.

Para realizar el plan, la suerte puso en sus manos los elementos militares de la ciudad. Los Granaderos que mandaba Luco, en realidad obedecían al segundo jefe que era su hermano Juan José. El ingeniero Mackenna, revolucionario ardiente y probado, con Luis Carrera,—el hermano menor,—mandaban la artillería. Esos dos hombres, Mackenna y Luis Carrera, que iban á ser los

símbolos y los mártires de las rivalidades entre los patriotas, comenzaron, unidos por el mismo entusiasmo, bajo el mismo uniforme.

El objetivo de José Miguel Carrera era claro. Su golpe no podía dirigirse á otra cosa que al Congreso, puesto que el Congreso era la reacción. Pero el golpe no lo daría directamente, no lo daría sin uno de sus manejos geniales que, repitiéndose más tarde, nos dan la característica de una naturaleza compleja, en la cual á las crueldades del soldado no dejaban de mezclarse los refinamientos de la inteligencia. Antes de dar el golpe de muerte á la víctima elegida, quiso conocerla, atraerla, enamorarla, con su palabra y su figura bellísima de joven héroe.

El recién llegado,—que contaba con todas las simpatías, las admiraciones y las curiosidades,—le pidió al Congreso una audiencia á fin de imponerle de esos acontecimientos de España que tanta influencia habían tenido en América y en los cuales él mismo había tomado parte.

El trámite era inusitado. Un Congreso constituido no da audiencias de esa clase. Pero la persona de José Miguel Carrera tenía ese don de atraer irresistiblemente, ese don de los caudillos, de los hombres nacidos para imponerse á los hombres. Entre los genios y los héroes de nuestra independencia fué el único que tuvo este don, por lo cual su vida, junto con ser la más desgraciada, es la única verdaderamente maravillosa.

Accedió el Congreso á la petición del joven Carrera, juzgando que había ventaja en tener nuevos informes sobre las cosas de España, pero más bien porque todos estaban ansiosos de ver y oír á ese hombre que ejercía la atracción del talento, la belleza y el heroísmo.

Una tarde del mes de agosto,—una de esas tardes en que la primavera de Santiago dá su primer anuncio con luces deliciosas y alegóricas,—el Húsar de Galicia, héroe de Bailén, elegante, fantástico, montado en brioso corcel de pelo oscuro, recorrió las calles de la ancha y monótona aldea (que Santiago era entonces) y fué á detenerse en las puertas del Congreso (Plaza de Armas), entregándole ahí su bridón á un ordenanza.

Nunca el pueblo de Santiago había visto un oficial más hermoso, más gallardo, con uniforme más brillante, y uniendo en sí á las expresiones varoniles las galas de una exquisita simpatía. Tal era José Miguel Carrera, el hombre admirable, el verdadero genio de nuestra revolución y de nuestras primeras guerras, el único capaz y digno de conducir al pueblo como héroe de leyenda antigua, y el único que, por lo mismo, empujado por su insaciable ambición,—hija de su propia grandezza,—cayó más abajo que ninguno y murió en el patíbulo como un bandido.

Esa aparición fué un paseo triunfal. En el joven arribano el pueblo y la sociedad aclamaron á César. El Senado y las galerías lo recibieron con aplausos. Vino, vió y venció.

Con su natural y varonil elocuencia, y demostrando conocimientos nunca oídos en Chile, don José Miguel Carrera pintó la situación de España y la guerra en que todavía estaba empeñada; refirió las campañas en que él mismo había tomado parte contra el Ejército de Napoleón, habló de esos famosos mariscales de Francia á los cuales hiciera morder el polvo con sus Húsares de Galicia en la tarde de Bailén. Con estudiado atrevimiento, que á todos dejó atónitos, habló de la corrupción de la Corte de Fernando VII, de la incapacidad personal de éste y de la culpa de ambos en la ruina de España. Hizo el elogio de la revolución americana, recordó con entusiasmo el ejemplo de la revolución francesa, florecimiento de ideales políticos y filosóficos elaborados durante un siglo de inteligencia y de crítica. Mostró los Estados Unidos, país de democracia y libertad, como modelo á que debía aspirar toda raza digna. Finalmente, con sonrisa felina, en la cual los reaccionarios sintieron un filo, fingiendo creer en el carácter revolucionario de la Asamblea, le ofreció á ésta, para seguir adelante, su espada en cuya empuñadura ya se atajaban coronas de laurel.

El extraordinario muchacho dejó en el Congreso una mezcla de fascinación y de miedo. Era un ser admirable, atrayente. Al mismo tiempo, era un demonio... Desde ese momento se tuvo la sensación de que no se le podía resistir. Carrera en el Congreso de 1811, hace recordar á Bonaparte en el Consejo de los 500, á su vuelta de Egipto. Iba á obrar á su antojo. Era el amo que había llegado. Para los revolucionarios era un esperanza. O'Higgins



salió enfermo á mirarlo y aplaudirlo, con ese calor hermoso y sin reservas que emanaba de su alma heroica y sana.

Da pena ver á los hombres tan absolutamente desprovistos de previsión, tan ciegos sobre el porvenir. O'Higgins, destinado á ser el implacable enemigo y el verdugo de Carrera, lo levanta ese día en sus fuertes y cariñosos brazos; lo aclama el elegido de la revolución chilena. Qué sabemos del porvenir!... Como las hojas secas lo son del viento, somos el juguete del misterio...

Para los reaccionarios, Carrera fué como uno de esos abismos que atraen y pierden. El discurso del joven militar en el Congreso fué un programa, una declaración de los principios de todo ese partido del cual, en ese momento, á lo menos en Santiago, Carrera era ya el jefe. Los reaccionarios quedaban notificados. Si no se avenían á la revolución, á la independencia, ya verían de cuánto era capaz el elegante oficial que acababa de saludarlos con tanta cortesía.

Al efecto, como la reacción continuara haciéndose sentir en el Congreso, el 4 de septiembre de 1811, José Miguel Carrera apostó frente al edificio la culebrina de su hermano Luis,—la que iba á ser la célebre y temida culebrina de los Carrera,—y con los Granaderos de su hermano Juan José, desalojó violentamente la sala de sesiones.

Ese simple movimiento, apoyado por las armas, le devolvió su perdida influencia al partido revolucionario. Fué como una segunda independencia (la primera había sido el 1.º de abril).

Se puso en la Presidencia del Congreso al canónigo Fretes, viejo y exaltado insurgente. Se formó una nueva junta, compuesta de Marín, Encalaca, Mackenna y Rosales,—la flor del partido avanzado. Se mandó preso al coronel Reina, que, mal que mal, era todavía "jefe español". El mando de las armas quedó por completo á la familia Carrera.

Fué el 18 Brumario de nuestra revolución. Como en esa fecha la revolución francesa, la revolución chilena renació el 4 de septiembre. Allá obró Bonaparte sobre Sieyès; aquí Carrera sobre Martínez de Rozas. El movimiento democrático, allá iría á parar en el imperio del que lo había hecho renacer; acá, del mismo modo, pararía en la dictadura de Carrera. La historia ofrece, así, en distintos pueblos y á grandes distancias, sorprendentes similitudes.

† †

La espada de los Carrera, el 4 de septiembre de 1811, le devolvió su fuerza y su impulso al movimiento ya iniciado de la independencia de Chile. Esto colocó á José Miguel Carrera en la primera fila de los hombres de la revolución, pero no en el sitio completamente excepcional que él quería. Era ambicioso. Este sentimiento, justificado por sus condiciones personales, fué el gran defecto de ese hombre superior. Por él la Patria se verá envuelta en mil desgracias y alternativas; por él los Carrera irán á la muerte y más tarde al patíbulo, dejando por más de medio siglo un rencor sanguinario en la familia chilena.

Recobrada la marcha de la revolución, después del centratamiento del Congreso, aparecieron otra vez sus iniciadores y hombres dirigentes: Martínez de Rozas en Concepción,—donde al mismo tiempo que Carrera en Santiago desconocía la autoridad de la mayoría del Congreso,—O'Higgins restablecido de sus dolencias, Mackenna ejerciendo su inteligente y vigorosa iniciativa. La autoridad de estos hombres y su legítimo prestigio incomodaban al húsar brillante y orgulloso. Este tenía la conciencia de haber hecho renacer la independencia ó sea la Patria. Vea que de su acción, eficaz y oportuna, tanto como él, más que él, los prestigios antiguos disfrutaban.

Sea por amor inmenso á la patria y á su obra de libertad, sea por ambición y egoísmo,—que estas cosas siempre anduvieron revueltas en el carácter de Carrera,—el hecho fué que no tardó en manifestarse descontento y rehusó con algún desprecio los altos puestos que se le ofrecieron.

Por otra parte, existía, desde los comienzos de la revolución, cierta noble rivalidad entre las dos familias que formaban su núcleo, entre los Larraín y los Carrera.

Con el golpe del 4 de septiembre, José Miguel Carrera creyó establecer definitivamente el predominio de los suyos. Luego vió que la influencia de los Larraín, con el resurgimiento de la revolución, continuaba omnímoda. Estos, los "ochocientos",—que, según un dicho de la época en todas partes formaban mayoría,—colocaban por encima de Carrera á O'Higgins y á Mackenna.

El caudillo del 4 de septiembre no tuvo elevación ni tranquilidad; en su alma se sobrepusieron el orgullo y la turbulencia. O'Higgins, en igual caso, habría abdicado,—O'Higgins siempre abdicaba,—bajando generosamente del solio gubernativo al rango de soldado. Carrera por naturaleza superior á O'Higgins, no tuvo esta virtud. Por esto, Carrera, que pudo ser el sol de nuestra historia, no pasó de ser un astro de luz intercendente que se hunde temprano en ensangrentado y melancólico crepúsculo.

Fué grande el descontento de los Carrera. Los españoles, que por ellos estaban aplastados, esperaron valerse de ese enojo para resurgir. Les hicieron proposiciones. Eso fué, de los godos una presunción de villanía que jamás tuvieron los Carrera; ambiciosos, temerarios, pero nunca desmentidos en patriotismo.

El éxito del 4 de septiembre dejó á los Carrera llenos de fe en la eficacia del motín. Eran jóvenes,—demasiado jóvenes,—audaces, y por lo mismo, no muy respetuosos de los principios. Lo fundaban todo en la culebrina...

Viendo que no habían obtenido el absoluto predominio á que aspiraban, dieron otro golpe militar, el 14 de noviembre. Con ese anulaban la junta que habían creado el 4 de septiembre...

El año 1812 fué tranquilo y les perteneció por completo á los Carrera. Los rivales se alejaron. José Miguel tuvo campo para desarrollar su genio de gobernante y fundador.

Ninguno de los hombres de la independencia de Chile, ninguno, tal vez, de la revolución americana, dió muestras de tener, como José Miguel Carrera, tantas facultades de soldado y de jefe político á la vez. En Santiago, en 1812, más tarde en su viaje á los Estados Unidos, y, por fin, en su odisea de los ríos argentinos y de la Pampa, Carrera realizó prodigios de talento político, de recursos personales, de dominio sobre los hombres. Por esto, en ese tiempo de epopeya, tan prolífico en grandes naturalezas humanas, del Pacífico al Atlántico, del Alto Perú al Neuquén, Carrera se destaca como el más alto. Tal vez influye en esto, en darle á su recuerdo un carácter casi fabuloso, el hecho de haber sido su vida un drama de orgullo y patriotismo. Es un héroe que, como San Martín (pero éste de distinto modo), recuerda personajes de Plutarco. Tenía de Pompeyo el doble genio del soldado y del gobernante. De César, tuvo el pensamiento y la atrayente simpatía. También, como César, fué orgulloso y fué mártir.

¡Cuánto interesa y hace meditar la novelesca y trágica figura de este hombre! Fué, durante medio siglo, el emblema idolatrado del liberalismo chileno, el grito de combate de nuestras guerras civiles. Cuánto se le ha amado y cuánto se ha esperado de él!... Cuánto, por otra parte, se le ha aborrecido y tenido miedo, como si el húsar simpático y audaz hubiese podido levantarse de su tumba, romper los grillos con que sus verdugos lo enterraron, y llegar á Chile levantando los pueblos á su paso! Hasta 1858,—cerca de cuarenta años después de su muerte,—los Gobiernos conservadores se desvelan creyendo sentir el estrepito de la llegada de los Carrera.

José Miguel Carrera, hasta hoy, sólo ha sido juzgado con pasión. Como nuestros historiadores, ó han sido liberales, revolucionarios, ó han sido conservadores y de Gobierno, Carrera es elevado á las nubes como un semi-dios, ó es arrastrado como un bandido.

Cicatrizadas ya las heridas políticas, lo propio de la presente generación será dar sobre esos hombres y cosas juicios imparciales. Se evaporaron las apasionadas nubes que, durante medio siglo, impidieron ver claro. En los liberales de hoy día no existe ya el ardor que, cuarenta años antes, los habría hecho ver en José Miguel Carrera sólo un ídolo y un mártir. Del mismo modo los conservadores ya ven en él otra cosa que un montonero del cual sólo el patíbulo debía dar cuenta.

Esto constituirá el único mérito de este trabajo: ser escrito desde mayor altura y distancia, lo cual permite abatear mejor los conjuntos y ver á los hombres más en sí mismos.

No me sospecho, ni me vigilo a mí mismo, cuando llego al nombre de José Miguel Carrera, que fué tanto tiempo un nombre perturbador. No temo que un lejano influjo de la tradición política á que pertenezco, un atavismo, ó bien la poderosa simpatía del heroico, noble y trágico recuerdo de ese hombre me induzcan á seguir viendo en él un héroe inmenso y calumniado.

José Miguel Carrera fué orgulloso y vehemente. No quiso soportar á nadie encima de él, con lo cual fundó y arraigó nuestras rivalidades civiles. Dicen sus enemigos que fué un soldado libertino é ingrato, bochinero, absorbente, capaz de todos los achaques morales de que el hijo del hombre es capaz.

Esta no puede ser una afirmación categórica: Carrera dió demasiadas pruebas de haber sido un penate intelectual y un hombre de corazón. Su vida de esposo y de padre, en medio de la tragedia en que sus días transcurrieron, ofrece los caracteres de un poema moral.

Lo acusan de haber suspendido el sitio de Chillán (1813), malogrando todos los esfuerzos del Ejército patriota cuando ya iban á dar excelente resultado, por quitarle á Mackenna el honor que en eso le iba á corresponder. Lo acusan de haberse dejado dominar, en los alrededores de Rancagua, por el dominio de la malquerencia con O'Higgins, causando ese día la ruina de la Patria.

Todo es controlable. Hubo error militar en su apreciación del sitio de Chillán. Hubo impotencia suya sobre la desmoralización de su tropa en los alrededores de Rancagua. Recordemos que, junto con O'Higgins, á quien se dice que Carrera quiso sacrificar ese día de gloria y de muerte, estaba su hermano Juan José.

Sea como sea, esos momentos de su vida son oscuros. Pero hay en ella otros tan luminosos! Recordemos un documento escrito de su puño y letra, en el cual, después del combate de El Roble, reconoce en O'Higgins al primer soldado de Chile. Y luego, cuando comenzaron los reveses, en 1814, á la primera insinuación de la Junta de Santiago, lo llama á O'Higgins, y le entrega el mando del Ejército.

No siempre, Carrera, fué incapaz de abdicar; tuvo grandes generosidades. En esto, al menos, su alma se mostró contradictoria y sigue siéndonos misteriosa.

Si es verdad que los liberales lo endiosaron, no es menos verdad que los conservadores y gobiernistas han sido injustos con él. No han querido convenir que á José Miguel Carrera le fuera dable equivocarse como soldado y como hombre. O'Higgins pudo equivocarse y mirar impasible desde las alturas de Quilo (marzo de 1814) la destrucción de la brigada de Mackenna en el Membrillar. Eso, sin la prodigiosa energía del oficial irlandés habría sido para la Patria lo que fué Rancagua poco después. O'Higgins podía equivocarse; Carrera no: Carrera sólo podía traicionar...

Ahora, de todo eso, Carrera está vindicado. Ahora goza no de una de esas apoteosis exageradas y sangrientas que le hacían los liberales en sus horas de triunfo,—á las cuales correspondían las reacciones conservadoras con nuevos autos de fe,—pero sí de la altísima fama de haber sido el salvador de nuestra indepen-

dencia y el hombre de genio que echó las bases de nuestra administración. Sus culpas, que fueron muchas, las lavó de sobre con su heroico patriotismo y su honda desgracia. Hoy día, ni los más apasionados, ni los más acerbos herederos de la tradición enemiga de los Carrera, dejan de encontrar cierto el verso de Guillermo Matta que se grabó en el pedestal de su monumento:

De ese noble soldado el patriotismo
Vivirá cuanto viva esa montaña...

✦ ✦

Si la actitud de José Miguel Carrera puede ser discutida, su genio no puede serlo. En nuestra historia, él y don Diego Portales, son los dos hombres que nos muestran del modo más palpable la facultad de pensar y de hacer. ¿Quién hizo lo que José Miguel Carrera? ¿Quién sacó de la nada mayores cosas? En 1812, de los pocos elementos políticos dejados á la revolución por Salas y Martínez de Rozas saca los fundamentos de una vasta organización nacional. Como hombre de guerra (con razón Bolívar lo admiraba) sólo San Martín lo igualó en concepción de planes vastos y seguros. San Martín tuvo la suerte de llegar cuando ya la guerra de la independencia de América se había hecho digna de grandes capitanes. A Carrera, ilustre general, le tocó el primer tiempo, cuando todas eran montoneras, choques

de guerrillas, sin jefes ni ideas tácticas, con el solo ardor de pelear á espada limpia, aquí con Eloreaga por el Rey, allá con O'Higgins por la Patria. No había campo para un talento estratégico como el de José Miguel Carrera. En 1815, en su viaje á Estados Unidos, cuando sin un real en el bolsillo, organizó una expedición por más de 500,000 pesos, y se impuso en ese país como la personificación misma de la independencia del Hemisferio Sur, su genio pudo verse; así como pudo verse más tarde cuando, metido en el fragor del caudillaje argentino, se apodera dos veces de Buenos Aires, habiéndolos vencido á todos: á Puirredón, á Soler y á Dorrego, con la pluma y con la espada. Y, por fin, en la última jornada de su vida, la más novelesca y melancólica, cuando sólo le quedaban como campo de acción y de esperanza las pampas salvajes, y como únicos soldados los indios querandíes, todavía saca recursos y vuelve á hacer temblar á los poderosos detrás de las murallas de Buenos Aires y de Santiago. A la cabeza de un puñado de indios, derrota á los ejércitos que encuentra á su paso, hasta que, ya en las puertas de Mendoza, donde venfa á vengar á sus hermanos para seguir á Chile á vengar su causa, una traición lo entrega amarrado á una partida de muleros. Sólo una páfida traición pudo vencerlo.

José Miguel Carrera en todas las facetas de su vida fué un hombre de genio. En un campo más propicio que el que se le ofreció, talvez hubiera asombrado al mundo.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX



LA EMPERATRIZ CONSORTE LUISA, ESPOSA
DEL EMPERADOR LEOPOLDO II

CUADRO DE H. FUGER

Señora Marcó del Pont de Rodríguez Larreta





PRIMAVERA
CUADRO DE ROSELAND

La Exposición del Coloniaje en 1873

y la Histórica del Centenario



UANDO las ciudades ó los pueblos van en rápido progreso, les gusta mirar hacia atrás: ver cuánto camino se ha recorrido, experimentar el placer de la transformación, noble placer de los pueblos civilizados, hecho de curiosidad y veneración por lo antiguo y de orgullosa satisfacción por lo nuevo. ¿Cómo mirar para atrás, cómo producirse la sensación de un pasado muerto, de manera más intensa y general que la que las obras históricas pueden producir? Buscando las cosas materiales que quedan del pasado, aquello á que el pasado dió vida, dejando en ello algo de su vida, de sus amores, de sus bellezas, de sus odios, de sus talentos y virtudes: esto es, retratos de hombres y mujeres,—los retratos donde se leen novelas que no fueron escritas,—armas, vestidos, utensilios de interior, adornos, cuadros, escrituras, máquinas, grabados, mapas, libros, autógrafos, espejos,—en los cuales, bajo la delicada neblina que el tiempo ha puesto, como una bruma sobre un lago, se adivina la sombra de las figuras que vieron,—cajuelas, que guardan secretos en sus pequeños cajones misteriosos; imágenes religiosas, objetos de iglesia, que nos demuestran como hay algo que no cambia al través de los siglos, algo que no muere: la ilusión de un Dios justiciero y reparador de nuestras miserias, la esperanza de una eternidad á la cual llegar en supremo bien y descanso después de vida tan cambiante, tan fugitiva, tan efímera...

Esto es una exposición histórica ó retrospectiva: mirada hacia atrás que gustan dar los pueblos cuando van al galope por la interminable vía del progreso.

I

La ciudad de Santiago en 1873—año en que hizo crisis el fermento de civilización que veníamos acumulando y pasamos de un golpe de lo antiguo á lo moderno,—quiso tener una exposición histórica, algo que le diera la sensación de ese pasado que amaba,—como debe amarlo todo pueblo de noble origen,—y que iba dejando atrás, perdido en la polvareda del tiempo. El Intendente Vicuña Mackenna,—el amante de la ciudad de Santiago que supo realizar magníficamente sus deseos y caprichos,—le hizo, con su actividad y su talento de historiador, una exposición de cosas antiguas que fué un acontecimiento, una alta lección de nuestra historia, llena de revelaciones y confidencias pintorescas. El Intendente no dejó nada por rastrear: sacó todo lo que había en los museos, en los edificios públicos, en las iglesias y conventos, en las casas particulares de las familias de la vieja aristocracia chilena. Así, el 17 de Septiembre de 1873, en el antiguo palacio de los capitanes generales de la colonia,—edificio que

ocupa la Intendencia de Santiago,—se abrió con el nombre de "Exposición del Coloniaje", una admirable exhibición de más de seiscientos objetos de interés histórico ó artístico, pertenecientes á la época anterior á la Conquista, á la Conquista, la Colonia, la Independencia y los primeros treinta años de la República.

Puede decirse que el público dentro de esa exposición vivió "moral y materialmente" los siglos pasados. La puerta de entrada era la misma del Presidente Ustáriz en 1717. La boletería era una calesa del siglo XVIII. Se veían en orden cronológico, en graduación histórica, que daba la idea del transcurso del tiempo, los huacos y las platerías indias de la América, anterior á la Conquista; luego ese retrato de Carlos V atribuído á Ticiano (galería de Panquehue); en seguida el acta de fundación de la ciudad de Santiago con la firma de Pedro de Valdivia (1541),—el venerable **Libro becerro** de la capital,—y lanzas, espadas, corazas, cascos, arcabuces, en medio de todo lo cual brillaba la diminuta y adorable Virgen del Socorro,—muñeca divina del siglo XV, con rostro esmaltado en fina, dulce y dolorosa expresión, que el capitán extremeño trajo en su montura como patrona que lo haría realizar el milagro de la conquista de Chile. Era el desfile de la Conquista, aventurera, creyente, poética.

Se pasaba á la galería de retratos de reyes de España, desde Felipe II hasta Fernando VII; eran todos distintos y todos iguales, sin embargo, por un sello de cansancio, de fanatismo, de tristeza sombría; y los legajos de la colonia: libros místicos con iluminaciones de paraísos, objetos del culto religioso inspirados en pompa asiática, la miniatura del jesuita Lancunza por el fraile Varela, el quitasol de los Virreyes del Perú, que San Martín regaló á su ayudante O'Brien; muebles tallados, cajuelas, trajes de odores, títulos nobiliarios, retratos de damas ensortijadas y metidas en basquiñas, el bastón del abate Molina, cosas de la Quintrala y del corregidor don Luis de Zañartu, pinturas quiteñas, un restaurant ó casino á la moda del siglo XVIII, donde se vendían coronillas, chocolates y mistelas,—delicias del paladar de aquellos marqueses y de aquellos prelados,—treinta retratos de obispos, y, por fin, cerrando la era colonial, el gran retrato del coronel don Tomás de Figueroa, jefe de las milicias del Rey, en cuya cabeza el patriota Martínez de Rozas, el 1.º de Abril de 1811, cortó para siempre el dominio de España sobre Chile.

Entramos en la epopeya de la Independencia. Primero los retratos de los precursores: Rojas, Salas, Martínez de Rozas y los demás. Son aristócratas de un tiempo de ignorancia y de fuerza. Pero ya tienen en la mirada,—y ello se sorprende en las imperfectas y desteñidas pinturas,—el rayo de una luz interna, esa luz del saber y del amor á la libertad que habían acumulado, á hurtadillas de los mandones de España, y con la cual creaban una patria de derecho y de progreso. Después son los recuerdos de la guerra, larga y cruenta, por medio de la cual nuestros héroes admirables rompieron la cadena: retratos de militares, con favoritos y el pelo traído sobre las sienes, muy rígidos en sus uniformes abigarrados,—que no de otro modo supo pintarlos el mulato Jil, artista americano hijo de la supina ignorancia dejada por la Colonia; y sombreros apuntados, banderas, medallas y armas puestas en vitrina; las conmovedoras reliquias del General Carrera,—el héroe más grande, el más desgraciado y el más culpable,—fásiles que conservan en las cazoletas la pólvora de Chacabuco y de Maipú; sables de granaderos, afilados en el molejón de Mendoza; espadas de abordaje que nos dieron el dominio del Pacífico,—objetos de una heroica simplicidad: cuchillos envueltos en cordel;—el terrible corvo de don José María Benavente, el lugar-teniente de Carrera; la bandera del Burgos arrebatada en Maipú, manchada con sangre, quemada por las balas; y diez banderas más, preseas de otras tantas victorias, hasta que se llegaba, como al capítulo final, al marco que encierra el acta original de la declaración de nuestra independencia, puesto sobre la bandera con que San Martín la proclamó el 12 de Febrero de 1818.

Se llegaba, finalmente, á los primeros treinta años de la República, desde la expedición libertadora al Perú hasta el severo advenimiento de don Manuel Montt (1851). Vicuña Mackenna quiso detener ahí la exposición histórica, estando, en 1873, los acontecimientos posteriores á aquella fecha demasiado próximos. Lo que está demasiado cerca de nosotros no pertenece á la historia. A corta distancia los juicios se hacen con pasión. Vicuña Mackenna no habría dejado de poner en los objetos de 1851 leyendas dictadas por el



Exposición del Centenario.—"Primitivos", de los señores Irrázaval Larraín y José V. Gandarillas

ardor revolucionario que aún sentía de su juventud. Se le acusa siempre de ser un historiador apasionado y parcial. Lo fué, tuvo que serlo como todo hombre de mucho temperamento. Por eso hay tanta vida en su obra de historiador, tanta justicia póstuma. No creamos que el historiador deba ser como un sabio que desenvuelve momias; mejor es que sea como un juez que dicta sentencias. Vicuña Mackenna era así; ello se veía en las leyendas puestas al pie de los retratos de la era colonial; el del Presidente don Andrés Bello decía: "Fué metalizado y contrabandista; murió de pesadumbre por haber defraudado tanto al fisco". El de don Manuel de Amat: "Aborrecía la gente educada; era de su preferencia mezclarse con la plebe; su crueldad lo llevó en cierta ocasión á hacer colgar, en un mismo día, en la plaza de Santiago, once prisioneros". El de don Luis de Zañartu: "Infinitos son los rasgos de salvaje energía de que dió muestras don Luis, etc., etc." El de doña Catalina de Erauzo (la Monja-alférez): "Mató en duelo á su propio hermano don Miguel de Erauzo. De vuelta al Perú, hizo ocho muertes más"... Y así siguen las inscripciones lapidarias de ese historiador que fué un gran justiciero.

El general Prieto, soldado y gobernante digno de ser retratado por Plutarco, jefe de un Gobierno que le dió acogida al progreso y lanzó al país por sus rieles en medio de las más crueles convulsiones; Portales, el hombre de genio en toda la extensión de la palabra, hasta en lo que el genio encierra de anormal y de trágico; y don Manuel Bulnes, continuador de la obra de Prieto, hasta entregársela á don Manuel Montt, con sus uniformes, sus documentos autógrafos, sus medallas, sus retratos;—Portales con sus navajas de barba y el siniestro birlocho que lo llevó á la quebrada del Barón,—formaban el bagaje de recuerdos de esos primeros 30 años de nuestra vida de país libre. Son los objetos navales de la conquista del Pacífico, las acuarelas de Wood, los cuadros de Rujendas, los retratos de Monvoisin, los panfletos de don José Joaquín de Mora, los trabajos de los sabios que encargaron Prieto y Bulnes, el todo envuelto y dominado por el dramático y transcendental recuerdo del asesinato de Portales, y por los triunfos de Bulnes en el Perú (1839).

Tal fué la Exposición del Coloniaje, organizada por Vicuña Mackenna en 1873: se salió del marco que su nombre parecía indicarle para presentar un vasto cuadro sugestivo de toda nuestra historia.

II

Don Luis Montt, Director de la Biblioteca Nacional, distinguido historiador y bibliógrafo, como se acercaba la fecha del primer centenario de nuestra independencia, pensó que el público chileno volvería á sentir esa curiosidad histórica,—hecha de admiración y gratitud,—ese deseo de mirar hacia atrás y medir la

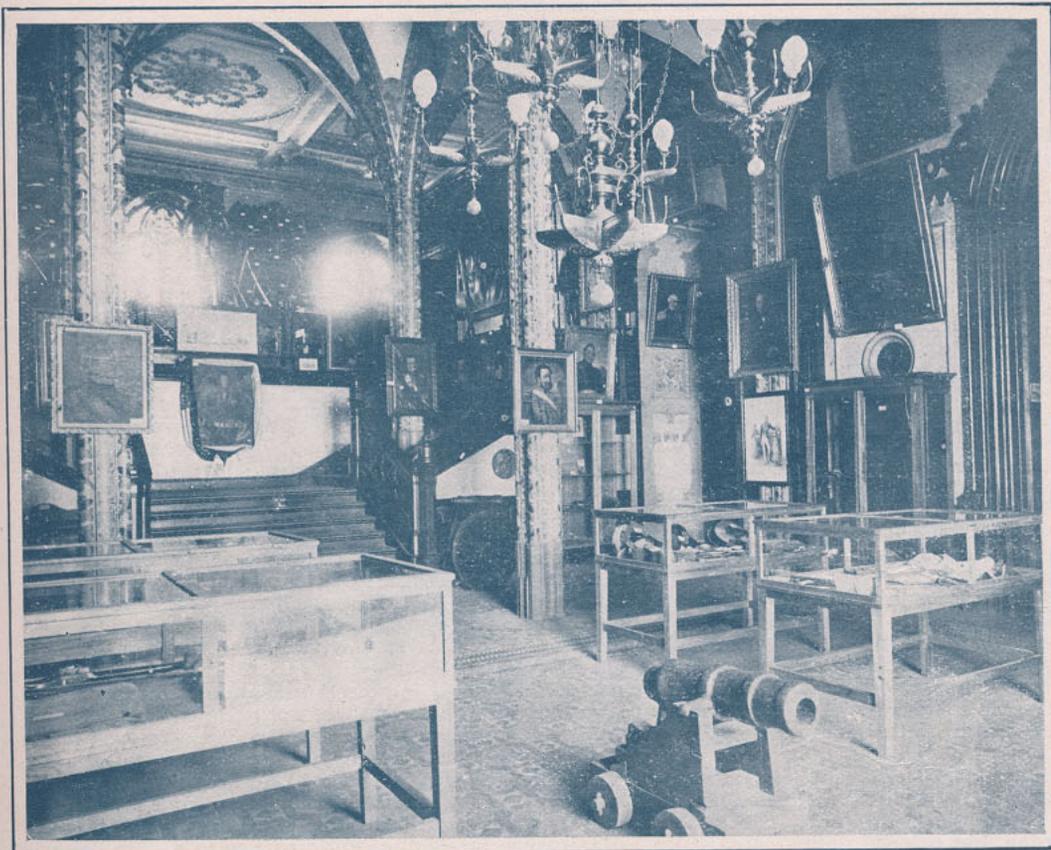


Exposición del Centenario.—Colección Cruz-Montt.

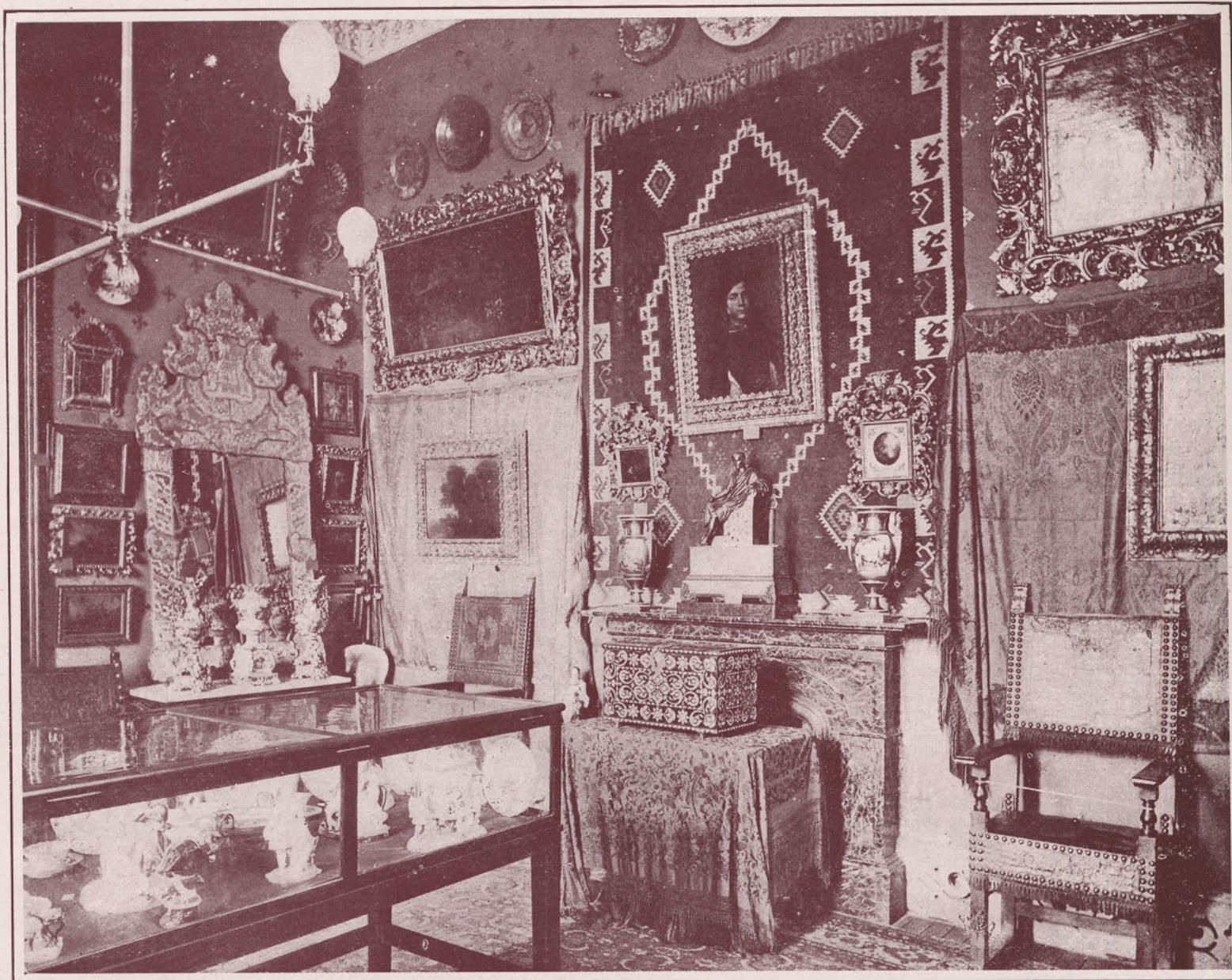
distancia recorrida, que Vicuña Mackenna, tan afortunadamente, había interpretado en 1873. Pensando así, don Luis Montt comenzó, hace poco más de un año, á preparar una exposición histórica. El catálogo de la Exposición del Coloniaje le servía de guía: todo lo que reunió Vicuña Mackenna en 1873 se encuentra en Santiago; había que reunirlo de nuevo, agregándole las cosas posteriores á 1850,—que ya pueden considerarse del dominio de la historia,—los recuerdos de 1866, de la pacificación de la Araucanía y posesión de la región magallánica, y los trofeos de la guerra contra el Perú y Bolivia,—otros treinta años de nuestro desarrollo de nación y de nuestra cosecha de admirables glorias. Don Luis Montt, hombre de método, erudito conocedor de nuestra historia, habría realizado su proyecto, estaba en vías de realizarlo, cuando, por desgracia, sobrevino su muerte (Diciembre de 1909).

La comisión de que el señor Montt se había rodeado para este trabajo, continuó la obra. Su labor ha sido difícil, larga, y su resultado es brillante: la Exposición Retrospectiva instalada en el Palacio Urmeneta (hoy de propiedad de don Ramón Subercaseaux) es una de las partes más significativas é interesantes de la celebración de nuestro centenario; y será aquella de que guardemos más largo recuerdo, habiéndonos causado á la vez vivísima impresión de arte y severa enseñanza del pasado.

Está todo, ó casi todo lo que se vió en la Exposición del Coloniaje: los retratos de Rojas, de Ortiz de Rozas, de Argomedo, de los duques de San Carlos, de don Judas Tadeo Reyes, de don Tomás de Figueroa; O'Higgins y San Martín, pintados por Gil; el primer Marqués de Casa Real y los esposos Xara Quemada,—elegantes de la época,—don Manuel Salas, Ma-



Exposición del Centenario.—Galería histórica



Exposición del Centenario.—Colección Demarco Vergara

rín, Egaña, Infante, los admirables retratos de Borgoño y Lastra por Monvoisin; la casaca y la espada de Freire, la Virgen del Socorro que trajo Pedro de Valdivia, la imprenta de Camilo Henríquez,—venerable como un hueso de santo, primera piedra de la cultura chilena,—el bastón del abate Molina, la levita blanca del Virrey O'Higgins, las condecoraciones, los sombreros y la banda del General Prieto; armas de la conquista y de la independencia, mapas antiguos, colecciones de estampillas y de monedas, reliquias del General Carrera, pinturas quiteñas, objetos indios, momias y tallados prehistóricos, cajuelas, miniaturas; el Almirante Blanco Encalada y los muebles que Napoleón III le obsequió en ocasión del matrimonio de su hija Teresa (de belleza legendaria) con el millonario don Francisco Echeverría (Monte Cristo, por mal nombre); fotografías de Santiago y Valparaíso desde 1840 hasta hoy; títulos nobiliarios, objetos de sacristía etc., etc.

Está todo lo que se presentó en la Exposición del Coloniaje, ó casi todo, y hay mucho más, pues la característica de esta exposición será la de haber sido muy profusa. Pero todo está en desorden, revuelto, como lo he apuntado, pudiéndose ver al lado de un pergamino de la Conquista una carta autógrafa de Portales, y no lejos de una cota de malla de guerrero antiguo encontrada en las ruinas de la Imperial, algún objeto elegante del siglo XVIII.

Este desorden es un grave defecto en una exposición histórica, cuya principal misión es educar, enseñar, como un libro. Se dice que, debido al local, no se ha podido hacer de otro modo. Creo, más bien, que esta falta de sentido histórico, esta falta de orden y de método en la exhibición de objetos que deben presentarse como las ilustraciones de los diversos capítulos de una obra,—ese desarrollo que Vicuña Mackenna supo darle magistralmente á la Exposición del Coloniaje,—se debe, no á los defectos del local y á la gran cantidad de objetos reunidos, pero sí á la ausencia de don Luis Montt, quien representaba en la comisión el sentido histórico, el conocimiento ordenado de las cosas antiguas.

Del mismo modo, falta un catálogo. Ese orden, ese método, que, según se dice, por inconvenientes especiales no se le pudo dar á la Exposición Retrospectiva, se habría obtenido en el catálogo,

haciéndolo por orden cronológico y razonando, como lo hizo Vicuña Mackenna para la Exposición del Coloniaje, de modo que el catálogo es como un texto de historia cuyas ilustraciones, poderosamente objetivas, son los objetos mismos de cada época.

Por el desorden en la exhibición y la falta de catálogo razonado,—lo que no hubiese sucedido sin la pérdida de don Luis Montt,—esta exposición histórica habría superado á la de 1873 y tenido sobre el público una influencia ilustrativa que, tal como está, á pesar de su riqueza, no tiene.

La Exposición Retrospectiva del Centenario, en lo que esta palabra indica,—“retrospectiva”, “histórica”,—tiene los graves defectos ya indicados, los cuales la hacen ser inferior á la del Coloniaje, en 1873. Pero tiene, en cambio, otras fases de gran interés y valor, fases que no tuvo nuestra primera exposición del pasado, fases que, seguramente, ninguna otra exposición organizada en Hispano-América habrá tenido. Ello le hace grande honor á nuestro país, demostrando cuánto se ha desarrollado entre nosotros el espíritu de la ciencia arqueológica y el conocimiento y el amor del arte antiguo. En 1873, el Museo Nacional no habrá podido contribuir á la exposición histórica como contribuye ahora, con gran cantidad de objetos de los aborígenes, momias y manifestaciones artísticas de la América prehistórica. Del mismo modo, en aquella fecha los coleccionistas de arte antiguo del país no habrían podido contribuir como contribuyen hoy los señores Demarco Vergara, Irrázaval Larrain, Rafael Correa, Joaquín Figueroa, Cruz Montt, Eduardo Guzmán, José V. Gandarillas, Guillermo Amunátegui y otros. Ellos, con sus colecciones particulares y con lo que han sabido desenterrar de iglesias y conventos, presentan un conjunto de arte antiguo,—de arte religioso, puede decirse, pues en las épocas pasadas sólo para la religión se inspiraba el genio de los hombres,—verdaderamente admirable y de una abundancia no sospechada en Chile. Esto es de los últimos veinticinco años y se debe al aumento de nuestra riqueza,—esas antigüedades valen un dineral,—y al desarrollo de la cultura intelectual que produce la pasión del arte antiguo.

Nuestros ojos maravillados se deleitan y deslumbran en las

riquezas de arte religioso sacadas de la Catedral y de los conventos: casullas de seda y oro, urnas de plata repujada, cálices como cincelados por Benvenuto Cellini, custodias cuajadas de piedras preciosas, libros corales iluminados por monjes pacientes, de incomparable finura é intenso colorido; tallados en madera que parecen trasudar la fiebre del martirio cristiano; vírgenes góticas, retablos, altares, trípticos, tapicerías, cuadros de la historia del cristianismo atribuidos á Van Dyck, y de los discípulos de Rubens, un Niño Dios atribuido á Montañez,—“el viejo Montañez dulce y severo”, que dice Cavestany,—y otros cuadros de Salvator Rosa, de Velázquez, de Sebastián del Piombo, de Van Ostade, de Andrea Mantegna, de Pedro Orrente, Dick Dalens, aguas fuertes de Rembrandt, gobelinos y muebles de los siglos XVI, XVII y XVIII etc., etc.

Lo que más atrae la mirada de los visitantes, porque es lo más raro, lo más sugestivo del renacimiento del arte en la humanidad, lo más dulce é ingenuamente religioso, son los pintores de los siglos XIII y XIV, anteriores al pleno Renacimiento, pero que eran ya del renacimiento del despertar de la rudeza obscura en que nos sumió la Edad Media, esos que los escritores de arte clasifican con el nombre de “primitivos”.

Hay algunos “primitivos” en la exposición; hay dos principalmente notables, porque son de esos de la segunda mitad del siglo XIV, que ya confinan en la perfección brillante del Renacimiento; pero todavía les queda el sello de la Edad Media en un conjunto indecible y delicioso de amplitud civilizada y de enigmática rudeza. Eran artistas inhábiles; pero tenían ese don supremo de la sinceridad que se va perdiendo en el arte á medida que las escuelas se perfeccionan,—la sinceridad, la fe absoluta, ese algo espontáneo, ajeno á todo amaneramiento, que produce encanto. Esta sinceridad,—que sólo se observa por cortos períodos en la historia del arte,—ese poder de expresión y de realismo ingénuo, no lo tienen los clásicos: en ellos, que son la perfección misma, ya hay algo de refinado y de escéptico, ya hay más habilidad que sentimiento. Esa gracia de la naturaleza en la pintura, esa explosión cándida del sentimiento puro, son el privilegio de los “primitivos”, y en ello está su gran mérito, la enseñanza que dan á los artistas,—siempre en peligro de caer en el amaneramiento de las grandes escuelas,—una enseñanza de expresión natural y de sinceridad.

Mirad, si no, esos dos “primitivos” de la Exposición Retrospectiva que me parecen ser los más notables. Están entrando, á la izquierda, en la pequeña sala de los tallados góticos del señor Cruz Montt. Uno pertenece á don Javier Larraín Irrarrázaval; es una de esas “Madonas”, con el Niño Dios en los brazos, sobre un paisaje profundo, envuelta en ropajes y adornos pintados con dureza; pero con el rostro bañado en cerámica expresión y hondo cariño maternal, una de esas Vírgenes que

luego Baticelli y más tarde Andrea de Sarto elevaron á una perfección sublime. La sublimidad ya se encuentra en esa “Madona” de un “primitivo”; sólo le falta la perfección. Y en esto está su encanto.

El otro primitivo á que me refiero,—obra admirable, tal vez la más interesante y valiosa que hay en la Exposición,—pertenece á don José Víctor Gandarillas; es una Anunciación, el momento poético por excelencia de la maravillosa historia en que se fundó el Cristianismo. En una especie de gruta, sobre la cual pasa una bandada de ángeles perálados entonando un coro sideral, María y José velan al recién nacido, el cual duerme sobre una paja que son rayos de luz dorados á fuego en la madera de cedro que le sirvió á ese artista balbuceante de hace cinco siglos, en el cual, sin embargo, por el ardor de la fe, había un exquisito poeta místico. Sobre el grupo de la Sagrada Familia, la vaca y la mula de la leyenda asoman sus cabezas pensativas y felices. A un lado hay pastores, en medio del ganado, escuchando con caras extasiadas el himno de anunciación que los ángeles van dejando caer sobre la tierra. Es una alegoría, en la cual, haciéndola más conmovedora, se ven, no las columnas de ágata y oro que el Renacimiento introdujo, pero sí, las monturas y otros objetos rústicos de la humilde posada en que nació el Redentor. Es un cuadro que atrae, que hace soñar poéticamente á quien lo mira. Tiene todas las propiedades del arte en el siglo XIV: esa suavidad en la expresión y la manera finísima que el Perugino más tarde supo recoger y conservar en su obra gloriosa; ese encanto, que Bourget llama “Shakespereano”, de la riqueza y la elegancia en lo espontáneo y natural, ese algo muy civilizado y, á la vez, abrupto. En los hermosos ojos de los personajes de ese cuadro flotan pensamientos serios; circula una atmósfera de fe alegre y vital. Las fisonomías de los ángeles son morenas, pues aquellos pintores que vinieron después de las Cruzadas tuvieron una romanescas visión del Oriente. Es un color lleno de juventud,—y se conserva intacto en el primitivo de que vengo hablando,—que ya comienza á sentir esa dulce tristeza que fué más tarde la característica de la escuela de Umbría. Es un procedimiento imperfecto, al parecer infantil, y, sin embargo, poderoso. En suma es el cuadro “primitivo”, la nota incomparable, el producto de esa poesía humana, llena de ensueño y piedad, que medió entre la obscura Edad Media y el renacimiento completo de la cultura.

He pasado largos ratos deliciosos contemplando esa pintura que un desconocido, hace cinco siglos, arrojó sobre una plancha de cedro con el candor de un niño y la emoción de un creyente. Los que no vemos á Europa con frecuencia, pasamos años sin sentir el encanto de las obras de arte de esta naturaleza. Un “primitivo” es raro en Chile; se tiene como un tesoro. Así lo tiene el señor Gandarillas, á quien, por haberlo facilitado á la Exposición del Centenario, le debemos la gratitud de este deleite artístico.

ANTICUARIO



RÚCA DE ARAUCANOS

PAISAJE DE MOCCHI

EL TOPÓN

Estábamos al final de la comida, el mozo servía el café, mientras nosotros nos separábamos un poco de la mesa para extender con libertad las piernas y gozar de ese muelle reposo á que invitan las largas comidas.

Miguel, *el paniso*, como le decíamos, un alegre vividor que derrochaba una fortuna, estiró al mozo un billete colorado, un camarón de á ciento, y pidió puros.

Nos habíamos encontrado aquella tarde en las playas, éramos viejos condiscípulos, nos estrechamos cordialmente al reconocernos después de tantos años, y en alegre comparsa con los amigos veraneantes, nos dirigimos al hotel de la playa para celebrar *el topón*, como él dijo al invitarnos.

Por el topón se destapó champaña, por el topón se comió y bebió al antojo de cada cual, pero en verdad, lo del topón era solo un pretexto, no la causa, pues á no ser ésta, se habría buscado otra no menos aceptable y habría sido acogida con igual entusiasmo. La verdadera razón que nos traía allí congregados era fácil de penetrarla: todos éramos jóvenes, llenos de ansias de vida y de placeres, que después de un año que el trabajo diario nos había retenido en la capital con su mano de acero, nos soltaba, y nosotros, al alegre grito de: ¡á las playas! nos dispersábamos para reunirnos al acaso, sin saber con quiénes de nuestros compañeros, como cartas que se barajan rápidamente y al final quedan hermanadas, conociéndonos y sorprendidos de hallarnos juntos nuevamente. Eramos jóvenes, buscábamos la alegría y estábamos en los baños con la resolución de gozar y de vivir.

El aire fresco y salino de la playa, aún enajado del rocío que levanta la ola, repechaba la cuesta humedeciendo los mantales y refrescando nuestros rostros congestionados.

Quedamos repentinamente en silencio, como meditando en el mejor modo de matar la noche. El café daba su vaho caliente, el cigarro, á cada chupada parpadeaba con su luz rojiza bajo la

ceniza blanca y el humo ascendía, ascendía hasta desvanecerse. Habíamos caído en un dulce letargo.

Allá, distante, las rocas gigantes arañando el cielo; acá la arena oscura y desde nuestros pies hasta el confín, el mar rugiente surcado de amplias cintas luminosas que las olas parecían batir y quebrar en su rodar incesante y mientras unas se undían, cual toro que enarca el cuello y clava en tierra la cabeza, otras se elevaban con sus crestas coronadas de espuma, semejando sirenas voluptuosas que se desprendían del mar y pretendían subir hasta la luna á recibir el beso de luz que desde lo alto les enviaba, y hacía relampaguear fugitivamente sus dorsos desnudos, sus brazos batientes, sus lívidos contornos que desaparecían en el mar arrastrados por el torbellino incesante y siempre nuevo de la marea.

—¡Qué linda noche!—dijo uno de los comensales, mirando románticamente la luna que parecía ir rosando las crestas de las rocas distantes.

—Y contemplada á solas, no la puede sufrir mi corazón!—agregué yo, recordando el verso clásico de Pombo.

—Sí, eso es,—dijo Miguel,—yo tampoco la puedo sufrir á solas, vamos á buscar compañeras y así la cosa cambia, así si que la sufro perfectamente...

—De allí somos ¡á lo de las compañeras!—gritó el que menos estaba para compañías, poniéndose en pié, más alegrado que alegre.

—Nó, déjense de fiestas, vamos al Club á echar una manito de poker, sencillita, sin atravesio ni ilustraciones,—dijo Juan Ramón, un regordete, coloradito y rechoncho que me acababan de presentar en la playa, que solo desplegaba los labios para hablar de fules, colores, cuatro cartas y escalerillas reales.

—¡Qué Club ni qué niño muerto!—dijo Miguel, fastidiado;—ayer me volaron trescientos morlacos en un santi-amén, me voltearon una banca en una tallada y creen que ahora seré tan zorzal como...

—Oye, Miguel,—le interrumpió don Bonifacio, como le decían á un solterón que hacía en re todos de papá por ser á la vez que el más viejo, el que en todo llevaba la delantera.—¡Oye, Miguel, tu sino!—Habló con voz sonora, se puso en pié, lo miró con cómica seriedad y le dijo como quien lanza una excomunión,—¡las cartas te serán fatales! Oyelo bien: ¡las cartas te serán fatales!

—¿Sí?—dijo Juan Ramón,—no sabía que traíamos profeta. Haber don profeta, y las niñas ¿no le serán fatales también?

—¡Las feas ya lo creo!—contestó,—pero las bonitas... Vamos... Que una chiquilla bonita con de aquí y de allí, de esto y de esto otro, y la gloria, yo creo que es una misma cosa... y la gloria no es fatalidad para nadie... Vamos...

—Lo que es yo, soy cosa disponible,—dijo un imberbe de esos que hacen sus primeras armas, con todo el aplomo de un hombre corrido.

—En fin,—dijo Miguel, cogiendo del brazo á José María, hombre que se tenía por gran conocedor del pueblo,—ya he dicho que no voy al Club, adelante y el que quiera me sigue... ¡Alons enfants de la patrie!...

Y todos partieron al son de la Marsellesa.

Yo los miré partir y la algazara y las copas les impidió notar que me quedaba atrás. El último en salir fué Juan Ramón que los seguía de mala gana.

—¿Usted no va?—me dijo.

—Sí, los alcanzo en seguida...

Segundos después los ví desaparecer, al trote, en la pendiente que los arrojó á la playa en loca algarabía, al grito de: ¡Alons enfants de la patrie!...

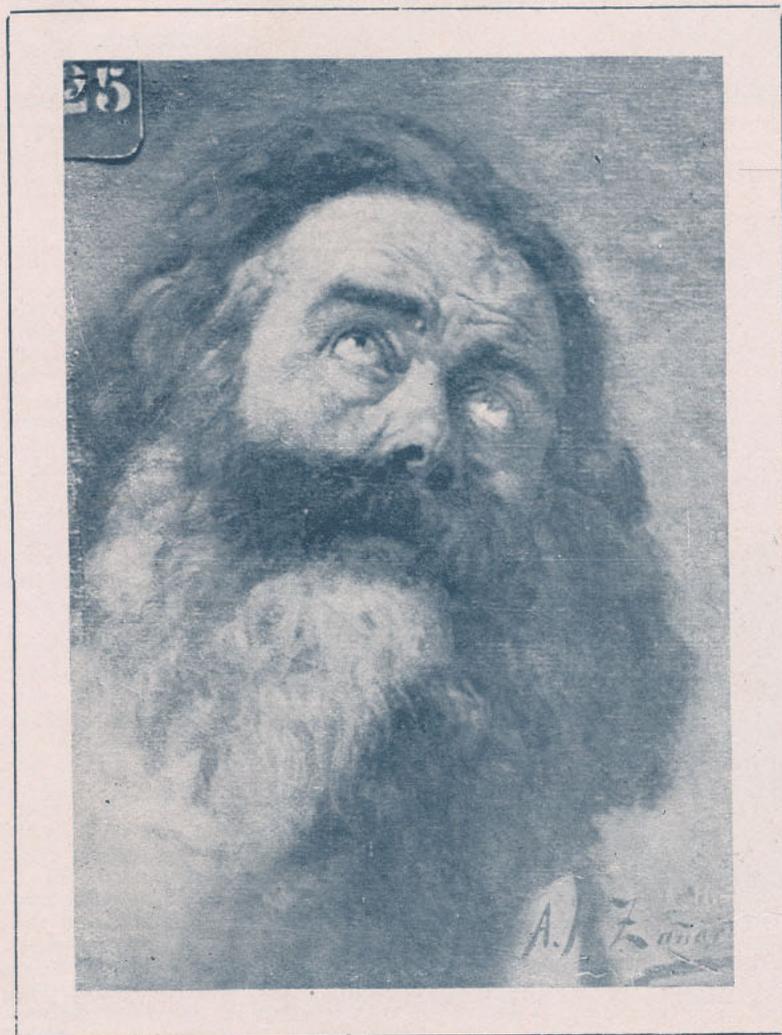


Pronto se hizo el silencio. Llegó el mozo á retirar los mantales, yo apuré la copita de coñac con anisete que aún me esperaba servida, dejé la servilleta sobre la mesa y al retirar mi silla, dí con otra que quedaba á mis espaldas ocupada por un hombre que acusaba por su aspecto ser un obrero acomodado.

—¡Perdón!—le dije.

—No hay de qué, señor...

Saqué de mi bolsillo un libro que traía conmigo como lectura de



CABEZA ORIGINAL

CUADRO DE A. H. ZAÑARTU

viaje: eran tres cuentos de Maupassant. El segundo de ellos se titulaba "Desembarco de lascivia", lo empecé á leer con esa prevención del que teme encontrarse con algo chocante, sentía ese natural desagrado que experimenta al cruzar una calleja sucia, en que se teme pisar algo desagradable á cada paso, y lo terminé con una lágrima en los ojos.

Mi vecino me observaba.

—¡Qué lindos son esos cuentos! ¿verdad, señor?—Me habló.

—Este al menos muy bonito. Tal vez algo inverosímil,—lo respondí.

—¿Inverosímil? ¿Cuál?

Le dije el título.

—¡"Desembarco de lascivia"! qué heréjía traducirlo así... Quitarle ese nombre poético que le dió Guy por este otro inmundo... ¿Sabe cómo se titula ese cuento? Nuestra señora de los vientos... ¡Ah, los libreros, los comerciantes!... Señor, yo me indigno, habló así porque soy admirador incondicional de Maupassant.

—Lo comprendo, es un gran escritor...

—¿Pero usted lo cree inverosímil ese cuento? ¿Por qué? Un marino que después de muchos años de correr el mundo, en un puerto lejano y después de media noche de jolgorio reconoce en la mujer con que se divierte á su propia hermana, sabe que sus padres han muerto, que sus hermanos se han muerto y que de todo lo que quiere en la vida solo resta esa mujer, su hermana y... allí... y pasa la noche llorando sus desventuras con su hermana... Dígame, señor, usted conoce la vida... ¿qué tiene de inverosímil?

—Eso,—le dije un tanto acobardado por su entusiasmo hacia el gran escritor francés,—eso de que un hermano no reconozca á su hermana.

—Entre los ricos no se comprende, señor, ¡cambian tan poco! pero entre los pobres...—Me miró fijamente y después de un momento, cambiando de tono me preguntó:—¿Se acuerda usted de Mr. Slager?

—¿Del rector del liceo? Sí.

—¿Y del inspector Cordovéz?

—También,—le respondí extrañado, sin saber quién me traía esos recuerdos del colegio ni á qué conducían.

—¿Y del Chunchu Acevedo y del Cachaña Prieto y del Sapo Reyes?—me decía exaltándose con los recuerdos.

—Sí, sí,—le respondía.

—¿Y del roto Santana?

—Como si lo estuviera viendo.

—Yo también los he conocido á todos... y á usted también,—me dijo en un momento de desahogo,—y también al paniso Miguel.

—¿A mí?—le dije sorprendido.

—¿Como si lo estuviera viendo!—me respondió moviendo lentamente la cabeza y con una amarga sonrisa que le congelaba los labios.

Lo miré un momento, lo volví á mirar y por último... pregunté dudoso:

—¿Es usted Santana?

—¡El mismo!

Hubo un momento de silencio en que nos miramos uno al otro sorprendidos.

—Los pobres cambiamos,—continuó hablándome,—y los ricos no, ya ve como yo los he reconocido. Tienen razón también... Para ustedes el liceo fué un encierro y al salir han tenido todas las dichas que anhelaban; han gozado tanto que no han tenido tiempo para pensar en lo que dejaban atrás, y lo han olvidado todo... cariños, compañeros... ¡Todo! Para mí, en cambio, el liceo ha sido la época más feliz de mi vida, esos cariños de chiquillo han sido mis únicos cariños y cuando los veo, aunque no se acuerden ustedes de mí, aunque no me miran, parece que se me alegrara el corazón.

—Haber, mozo, ¡champana! compañero,—dije á Santana,—hay que brindar por Slager!

Un momento después teníamos ante nosotros las copas espumantes.

—¡Salud, compañero!—le dije.

—¡Salud, por el topón!—me contestó, y chocaron los cristales.

—¿Qué año se retiró usted del liceo?—le pregunté, evocando esos lejanos tiempos.

—El quinto año ¿no se acuerda, cuando estudiábamos juntos estereometría?

—¡Ah! Sí, ya recuerdo... Slager estaba indignadísimo con usted porque no dió todos sus exámenes y decía: Alzo,.... chiquillo tonto, es el primero de la clase y no dá examen... Alzo, chiquillo tonto!



LA ARCHIDUQUESA MARIA RAINER

CUADRO DE E. M. PETER

—Sí, chiquillo tonto... Si estaría para exámenes... Se murió mi padre, quedé solo con mi madre y mi hermana, sin un centavo y sin saber en qué trabajar. Lo único que sabía,—y lo sabía bien!—era geometría, álgebra, estereometría, física, química, historias, geografía, literatura, biología,—toda la teoría de la evolución, Darwin entero, explicado por un gringo directamente importado de Inglaterra para enseñarnos que todo obedece á las leyes de la adaptación y de la herencia, consecuencias de aquel principio: "The struggle for life" ¡la lucha por la vida! eso sí que es cierto ¡la lucha por la vida!

En teoría y dando examen, qué feliz y seguro de sí mismo se siente de conocerla bien y poderla explicar, pero esta otra... esta verdadera lucha por la vida, cuando se conoce bien, qué poco seguro de sí mismo se siente uno... ¡Qué horrible despertar fué el mío: sin padre con mi hija sola, con mi hermana chiquilla, teniendo que trabajar y sin saber en qué!...

—Pero con sus conocimientos le sería fácil...

—¿Mis conocimientos? ¡Ps! Si se pudieran vender las boletas de examen, habría sido lo único, lo único para lo que pudieran haberme servido,—me dijo con rabia y desaliento.—¡Tanto tiempo perdido y que me costó tanto trabajo!

Oígame usted para que vea: pre endí entrar de cajero en un almacén, necesitaba saber contaduría, y de todas las matemáticas con sus logaritmos y tonerías, era lo único que no me habían enseñado. ¡No pude! Me ofrecieron un empleo en los Ministerios! ¡Cuánto tiempo perdido!... Que hoy, que mañana... Que ya firmó el Ministro... Que ya va á ser... Que necesito un empeño para el Presidente... Qué hay un diputado que se empeña por otro... Que cayó el Ministerio y que hay que esperar el próximo... Que ya se organizó y vueltas á las mismas andadas, para resultar que nombran á otro, que el Presidente no sabía una palabra, que el otro Ministro no me había ni oído nombrar y que el Ministro que entraba ni sabía que yo existía... ¡Y tanta propopeya que gastaba el suchi del Ministerio que me ofreció el empleo! El lo hacía todo... El Ministro, ¡ps! el Ministro era él... ¡el Presidente?... El le llevaba el despacho y le hacía firmar lo que quería... ¡Como se dió facha conmigo! ¡Qué aire de protección el que me dispensaba! ¡Y yo que le creía!

A todo eso habían pasado cinco meses, estábamos en Junio, teníamos todo lo empeñable en el montepío... Yo me despedí de mi vieja, me fui al Puerto y me enganché de piloto en un buque, gracias al padre del Cachaña Prieto que me recomendó al capitán.

Lo que podía juntar se lo mandaba á mi madre, ¡por más que hacía lo posible siempre era poca cosa! Así pasaron muchos años hasta un día en que, al desembarcar en el Callao, de vuelta de Panamá á Valparaíso, recibí una carta. Era de mi hermana que me



LA FUNDACION DE BUENOS AIRES POR JUAN DE GARAY EN FEBRERO DE 1580 CUADRO DE F. MORENO CARBONERO

decía: "Querido hermano: Nuestra pobre viejita querida se murió hace tres días, con tu plata la enterramos, no mandes más plata que yo no la merezco. Olvídame pero no me creas mala, la culpa de todo la tiene la pobreza. Tu hermana que no te olvidará nunca.—Aurelia.

Se quedó un rato pensativo, mirando el mar, la luna y esa playa tan tranquila. Sacó el pañuelo, se sonó con fuerza, se restregó los ojos y me dijo:

—Perdóneme que le haya contado estas intimidades, pero que quiere.... cuando lo veo me parece que es el mismo compañero de entonces y no sé por qué, no podría tener esta confianza con otro.

El mozo nos sirvió el concho del champaña.

—¡Salud!—le dije.

—Salud,—y bebimos en silencio.

—Con que, en qué quedamos,—me dijo cambiando de tono y mirando el libro,—¿es ó no inverosímil el cuento? ¡Ah! para mí es tan cierto que cuando paso por esas calles donde hay faroles con número en las puertas, me da miedo mirar para adentro, sí, señor, me da miedo y angustia...

La mar en coche
y en carricoche
bien á obscuritas
en una noche

con mi chíquilla
qué maravilla
adentro el horno
se hacen tortillas.

Oí que gritaba Miguel trepando la cuesta. Eran ellos que regresaban.

—Adiós, compañero, que lo pase bien,—me dijo—estrechándome la mía entre sus dos manos convulsivamente.

Quise detenerlo pero él anticipándose á mi deseo me dijo:

—¡No, no, yo los molestaría y me sentiría mal entre ellos..., hasta luego! ¡Que lo pase bien, que se divierta bastante!—Y se hundió en la sombra del camino que cae á la playa.

Miguel fué el primero en llegar, venía con la respiración anhelante á causa de la carrera y de la repechada; tras él llegaron todos á la desbandada, como una jauría de perros rastreadores.

—¡Te volaste, te volaste por tonto!—me dijo uno.

—¡Si ha sido de primer orden, de primer orden!—me gritaba otro al oído.

Por fin Miguel, imponiendo silencio me habló:

—Imagínate que fuimos al Club... ¡Transamos! Yo iba pero no jugaba... Juan Ramón inimitable... Se abrió con cuatro aces, hizo no sé que tantos fules ¡hasta una escalerilla real! ¡Aquello fué el acabóse! A ese guasote frescachón que decía anoche con cara plácida y el gorro en la nuca: "¡Ponerse, hermanos, ponerse, hermanos!" le volteó una banca de á mil ¡imagínatelo! Ese hombre estaba que no hablaba de rabia y decía con el gorro á los ojos y la cara como palo: "No hay que agitarse, no hay que agitarse, poner con calma, dejar á las cartitas que hablen"... ¡Si era divino! En cuanto perdió la primera Juan Ramón, lo sacamos á tirones. ¡Quedó la gritería! y nos vinimos. ¡Qué te parece!

—¡La perdistes, tonto, la perdistes!—me gritaban en coro.

—¡Mamita, qué noche aquella!—cantaba don Bonifacio.

Miguel continuó:

—Y á todo ésto no, te he preguntado ¿quién es ese tío paniso que te estaba lateando cuando llegamos?

ANTONIO ORREGO BARROS



IDILIO ROTO

—¿Mañana á las cinco?

—Sí, á las cinco.

—Adiós, monísima.

—Adiós, Ricardo.

Se estrecharon las manos, y por lado opuesto siguió cada cual su camino. La silueta de mujer, airosa y elegante, se perdió pronto por la angosta y tortuosa callejuela, envuelta entre las sombras de la tarde.

Ricardo, sin poder resistir el deseo de verla hasta el último momento, á medida que andaba iba volviendo la cabeza, parándose á ratos, contemplando embebecido cómo se alejaba aquella mujer que tantos recuerdos hacía revivir en su corazón.

Inútil ya para hacer otra cosa que no fuese pensar en Elisa, se dirigió á su pisito de soltero, á aquella habitación que en pocos días modificó radicalmente al creer que Elisa entraría en ella, llenándola de confort, de artísticos tapices, mármoles, flores exóticas; transformándola en un nido de amor tibio y voluptuoso.

Le parecía un sueño considerar que dentro de pocos minutos tendría allí á su lado, á aquella mujer que conoció niña, en los años de infantil inocencia; le extrañaba que Elisa fuese aquella con la que tuvo amores que, de puro ideales, eran tontos; aquella niña que respetó siempre como cosa sagrada, que por primera vez, juntos, conocieron lo que era amor, amándose... Y hacía desfilar por su memoria los años de su niñez, todos los hechos que con Elisa se relacionaban; el dolor que ambos sintieron cuando se la llevaron á París, á una pensión de demoiselles, y, después de mucho años de ausencia, el disgusto que le produjo el saber su casamiento.

En el reloj del gabinete sonaron las tres. Sólo faltaban dos horas... ¿Sería puntual?... ¿Se arrepentiría del atrevido paso que iba á dar?

Le desesperaba la idea de que la joven no acudiese á la cita... Y después, reflexionando, deseaba que faltase; temía convertirla en una adúltera vulgar.

Vea transcurrir el tiempo con miedo; quería despejar su cabeza, para tener claro juicio de lo que iba á hacer.

El ingénito fondo de honradez de su alma hacía que, en vez de gozar pensando en la proximidad de la posesión de su amada, sufriese horriblemente.

—No—se decía;—no debo mancharla, mancillarla para hacerla mía.

El reloj marcó las cinco... las cinco y un minuto... el timbre de la puerta sonó.

Olvidándolo todo, alegre, ansioso, Ricardo acudió á la puerta, como si un huracán hubiese barrido todos los escrúpulos... Abrió,

volvió á cerrar y el estrecho pasillo quedó en silencio, como si en vez de haber entrado una persona más, hubiese salido la que había. Era que el amor, la pasión de los dos jóvenes, comprimida desde la infancia, había roto sus ligaduras, y allí, junto á la puerta, por primera vez, apasionados, mudos, sus brazos formaron un fuerte lazo.

Con las mejillas encendidas, rojas de amor y vergüenza, Elisa estaba sentada al lado de Ricardo. Después de los primeros momentos de pasión, en los que se desbordaron sus corazones diciéndose todo lo que tantos años callaron, se contemplaban mudos, impasibles, con las manos juntas, mirándose fijamente unas veces, á hurtadillas otras, procurando cada uno leer en el fondo del alma del otro.

Los dos hacían examen de conciencia.

Elisa pensaba:

“¿Qué dirá de mí? ¡Dios mío! Me avergüenzo. No me excusa nada...; sólo al ser fiel á mi primer amor, al amor verdadero de mi vida, pues aunque no quiera, soy de él, le pertenezco en el alma, soy suya, en mi pensamiento le tengo á todas horas, porque él me enseñó á amar, él fué el primero que me hizo sentir... Los recuerdos pasados no pueden borrarse. ¡Dichosa edad, dichosa inocencia! El pecado no nos era conocido. Los dos íbamos al colegio, y ahora hasta me impone respeto con esas barbas... antes parecía un angelote de retablo... á ratos creo que es otro”.

Ricardo se decía:

“Esta no me parece Elisa. Elisa era una niña inocente, vestida de corto, risueña, alegre. ¿Dónde está aquella niña de ojos picaruelos, de afilada y graciosa nariz?... Es ella, sí, aquí está; pero esclava de otro, tiene otro dueño”.

Y ella volvió á reflexionar:

“¿Qué hago aquí, si no es esta mi casa, si no soy libre, si no me pertenezco?” Y el sollozo que iba á escapar de la garganta fué reprimido por una caricia de Ricardo.

A pesar de los reproches de su conciencia, durante algunos minutos estuvieron alegres, locuaces; se contaron todas sus penas, todos sus amores.

—Soy feliz;—pero si esto es un sueño—le dijo la joven;—no quiero despertar... más vale morir...

—No—contestó Ricardo,—morir ahora que sabemos lo que vale la vida, esta vida mil veces venturosa que nos permite estar así, tan unidos, unidos para siempre...

—¿Para siempre, Ricardo? ¡Oh, no; para siempre ya no es posible!

Callaron. Las palabras de Elisa volviéronles á la realidad. Anochece, y la triste luz de la tarde hacía más sombrías y te-

CASA MOZARD

Amoblados

DECORACIONES Y TAPICES

*Mandamos presupuestos
por instalaciones com-
pletas de casa*

naces sus reflexiones, mientras que el reloj, como si hubiese acelerado su marcha, indicaba la proximidad de su separación. Todo tenía un tinte gris en aquel saloncito, desde los muebles y las paredes hasta las almas de los dos enamorados.

Y cada cual volvió á sus monólogos preñados de tormentos flageladores de su espíritu.

Elisa se veía arrastrada, dominada por aquel amor; hubiera querido huir y no tenía suficiente voluntad para ello... Le quería á su pesar, protestando, indignándose contra sí misma.

En Ricardo iba acentuándose la tristeza que sintió antes de la entrevista. Veía desmoronarse el más puro ideal de su vida, caer de una manera vulgar. Elisa era la verdadera esposa de su alma, y junto á ella se sentía con dos personalidades: la de marido y la de amante; una se revelaba contra la otra, las dos luchaban. Si aquella no era Elisa, no tenía ningún interés para él; y sí, efectivamente, era ella, no era él el que estaba allí, pues él no podía ser el amante de su esposa, ni quería que esta le fuese infiel.

Los ojos de los dos se humedecieron. Por afinidad de pensamientos, sugeridos, hacíanse las mismas reflexiones. Elisa cada vez estaba más avergonzada, temiendo aparecer impura ante Ricardo, al que tanto amaba.

El silencio se prolongaba demasiado, sus pensamientos se perdían en un laberinto de metafísica superior á ellos, hasta que, por fin, renació el sentimiento de sus deberes, y conmovido, dijo Ricardo:

—Tú eres mi mujer ideal; hasta ahora tu recuerdo, el recuerdo de nuestro amor ha sido lo único que ha alegrado mi corazón. Amémosnos siempre, sí; pero que nuestro amor no pueda nunca avergonzarnos... Es la felicidad...

Los sollozos de Elisa no le dejaron concluir. Desesperada, acongojada, arrepentida, como si Ricardo fuese el esposo que intentara engañar, se arrojó á sus pies, y besándole las manos, le dijo:

—Perdónare, Ricardo, soy buena, soy digna de tí, muy digna... ¿oyes?

No pudo contestar. Aquella lucha era superior á sus fuerzas; le desgarraba el alma. Levantó á Elisa del suelo, la miró amoroso, con honda pena, le secó las lágrimas, y cuando la vió tranquila, como notase que ella buscaba la puerta, haciendo un esfuerzo, la acompañó hasta el umbral, y allí, antes de partir, como último adiós, la besó en la frente...

E. RODRIGUEZ SERRA



Mczo??

Una BENEDICTINE

Los Perfumes Concentrados

"STILLI FLORE"

de la Perfumería Oriza

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para perfumarse durante varios días

Probarlos es adoptarlos

Se encuentran en venta en las siguientes casas del centro:

Sauveur Brun
Moutier y Cía.
Peluquería Jardel
Houssaye
Arm. Dumas

SEDLITZ
Charles CHANTEAUD
de PARIS
El Mejor de los Purgantes
Depósito en todas las Buenas Boticas

CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

AGENTES DE LA EMPRESA ZIG-ZAG EN BUENOS AIRES: OSCAR ZAEFFERER SILVA ANTONIO TORO ZELAYA SANTA FE 2615

